



AVISO LEGAL

Título: *El populismo en América Latina*

Autores: Altman, Werner; Miranda Pacheco, Mario; Sala de Tourón, Lucía; Winocur, Marcos

Colaborador: Bostelmann, Enrique (fotógrafo de portada)

ISBN: 968-58-0580-0

Forma sugerida de citar: Altman, W., Miranda, M., Sala, L., y Winocur, M.(1983). *El populismo en América Latina*. Universidad Nacional Autónoma de México, Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos. <https://rilzea.cialc.unam.mx/jspui/>

D.R. © 1983 Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad Universitaria, Coyoacán, C.P. 04510
Ciudad de México, México.

- © Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, Coyoacán, C.P. 04510
Ciudad de México, México.
<https://cialc.unam.mx>
Correo electrónico: cialc-sibiunam@dgb.unam.mx

Los derechos patrimoniales pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este contenido en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Compartir igual 4.0 Internacional (CC-BY-NC-SA 4.0 Internacional).
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es>



Usted es libre de:

- > Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
- > Adaptar: remezclar, transformar y construir a partir del material.

Bajo los siguientes términos:

- > Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia e indicar si se han realizado cambios. Pueden hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- > No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- > Compartir igual: si remezcla, transforma o crea a partir del material, debe distribuir su contribución bajo la misma licencia del original.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

EL POPULISMO EN AMÉRICA LATINA

WERNER ALTMAN, LUCÍA SALA DE TOURÓN,
MARIO MIRANDA PACHECO, MARCOS WINOCUR



7

NUESTRA AMÉRICA

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

**EL POPULISMO
EN AMÉRICA LATINA**

**COORDINACIÓN DE HUMANIDADES
CENTRO COORDINADOR Y DIFUSOR
DE ESTUDIOS LATINOAMERICANOS**

EL POPULISMO EN AMÉRICA LATINA

Werner Altman, Mario Miranda Pacheco,
Lucía Sala de Tourón, Marcos Winocur



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
MÉXICO 1983

Primera edición: 1983

Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad Universitaria, 04510 México, D.F.

 DIRECCIÓN GENERAL DE PUBLICACIONES

Impreso y hecho en México

ISBN 968-58-0580-0

INTRODUCCIÓN

De los fenómenos socio-políticos más estudiados y discutidos entre los científicos sociales se encuentra, sin lugar a duda, el populismo, al que se ha etiquetado de muchas y muy variadas maneras, que van desde el análisis meramente descriptivo hasta la más elaborada concepción teórica, que crea categorías e intenta universalizarlas.

Será tal vez por las diferencias, abismales muchas veces, que se presentan entre cada uno de los casos, que la teoría social no ha podido, hasta hoy, ponerse de acuerdo sobre los elementos, referencias y características sustanciales que conforman el fenómeno populista.

Lo que sí es seguro es que antes de poder decir con fundamento *cómo* es el populismo debemos saber *qué es* y *cómo* es posible. ¿Es un trágico y absurdo fenómeno social?; ¿se realiza mediante plan providencial o está sujeto a leyes inmanentes?; ¿es escenario de la arbitrariedad, o campo del determinismo? A cada una de estas preguntas, y a todas ellas en conjunto, sólo podemos responder satisfactoriamente si sabemos *qué es* el populismo. A ello han de cooperar, conjuntamente, en un esfuerzo común, historiadores y sociólogos.

Entre los fenómenos populistas globalmente conocidos y mejor identificados, se señala el populismo ruso de la segunda mitad del siglo XIX, también conocido como *naródniki*; del mismo periodo es el populismo norteamericano que se desarrolla, particularmente, entre pequeños propietarios y trabajadores agrícolas. En el segundo tercio de este siglo, el populismo aparece en América Latina: el peronismo argentino, el cardenismo mexicano y el varguismo brasileño, amén de una serie de movimientos, partidos y gobiernos de corte populista surgidos, más o menos en el mismo lapso, en otras naciones del continente.

Al analizar este periodo del proceso histórico latinoamericano, haciendo necesaria referencia al desarrollo del sistema capitalista mundial, en el cual se encuentra inserto, encontramos que las economías regionales se encuentran en un proceso de transición: de una economía agro-exportadora a una industrializadora, sustitutiva de importaciones. No por lo cual el populismo pasa a ser una especie de superestructura transitoria, sino que, precisamente, al variar las condiciones del patrón de acumulación establecido aparece una particular crisis en el seno de las diferentes fracciones del bloque dominante, que hace que una de ellas intente establecer su hegemonía mediante la movilización de masas utilizando, para ello, las muy legítimas aspiraciones de las capas medias y de las clases tradicionalmente explotadas.

Ahora bien, esta incorporación se logra, básicamente, a través de dos caminos. Primero, la introducción de una política económica distributiva que posibilite el acceso de las clases subordinadas a los artículos de consumo necesario y, en algunos casos, hasta de artículos de lujo, pero que de ninguna forma afecte las relaciones de producción. Y, segundo, mediante la incorporación y articulación de las demandas populares al discurso ideológico de las clases dominantes. Al lograr esta articulación de las ideologías popular-democráticas al discurso dominante, como señalan los especialistas, se absorbe todo lo que en ellas es simple particularidad diferencial y se reprime aquellos elementos que tienden a transformar la particularidad en símbolos de antagonismo.

En lo que toca al movimiento obrero, particularmente, corresponde su consolidación definitiva como clase social, y por tanto, su renuncia a patrones socio-culturales relacionados con las oligarquías y al amparo de formas derivadas de un sistema abiertamente contractual, y, según las razones del Estado durante el populismo, a una burocratización del sindicalismo que lo politiza según sus propios intereses, límites y directrices.

Como última consideración introductiva al tema, se hace necesario señalar el papel que desempeña el Estado, y ello va en el sentido de que en la coyuntura populista la acción del Estado organiza y orienta las actividades económicas e intensifica el proceso de transformación del excedente económico potencial, en efectivo.

Son estas algunas de las consideraciones que presentan y analizan los autores de los cuatro ensayos que componen este libro. En el primero de ellos, "Algunas reflexiones sobre el populismo en América Latina", Lucía Sala, partiendo de las propuestas planteadas por Ernesto Laclau, hace un recuento crítico sobre las diferentes corrientes que interpretan el fenómeno, en la que se incluye a Laclau mismo. Ensayo que finaliza con una llamada que conduzca a los interesados en el tema a volver sobre el análisis concreto.

En sendos artículos, Marcos Winocur, "El populismo en América Latina", y Werner Altman, "Cárdenas, Vargas y Perón: una confluencia populista", se estudia el fenómeno, a nivel latinoamericano, intentando una visión de conjunto que sirve, al analizar sus particularidades, para ampliar la comprensión del populismo, y reflejar críticamente sus similitudes y especificidades.

Presentando un análisis particular, concreto, Mario Miranda Pachecho, en su artículo "El populismo en Bolivia", rastrea los orígenes del populismo boliviano, que encuentra al mediar el siglo XIX, en la figura de Manuel Isidoro Belzu que defendió "una ideología igualitaria, fundada en el anarquismo y dirigida a una redistribución de la riqueza".

Juan M. de la Serna H.

ALGUNAS REFLEXIONES SOBRE EL POPULISMO EN AMÉRICA LATINA

LUCÍA SALA DE TOURON

Quienquiera que estudie el proceso histórico de América Latina, sobre todo a partir de la crisis del 30, tropezará de inmediato con el término “populismo”, uno de los más usados por los “cientistas” sociales en las últimas décadas, pero también término que carece de sentido unívoco.

“Populismo” ha sido utilizado, por lo menos, para aludir a fenómenos aprehensibles intuitivamente, seguido de una enumeración de los que cada autor considera sus caracteres relevantes, para referirse a ideologías, partidos, movimientos y formas de gobierno, que en algunos casos son ubicados en una determinada correlación de clase y en un nivel de desarrollo de las fuerzas productivas.

Ernesto Laclau, estudioso que ha abordado el tema en su artículo “Hacia una teoría del populismo”, expresa:

Populismo es un concepto a la vez elusivo y recurrente. Pocos conceptos han sido más ampliamente usados en el análisis político contemporáneo, y, sin embargo, pocos han sido definidos con menos precisión. Sabemos intuitivamente a qué nos referimos cuando calificamos de populista a un movimiento o a una ideología, pero encontramos las mayores dificultades en traducir dicha intuición en conceptos. Esto ha conducido con frecuencia a una práctica *ad hoc*: continuar utilizando el término en forma puramente alusiva o intuitiva y renunciar a cualquier esfuerzo por desentrañar su contenido.

Y añade luego: “A la oscuridad del concepto empleado se une la indeterminación de fenómeno al que alude. ¿Es el populismo un tipo de movimiento o un tipo de ideología? ¿Y cuáles son sus fronteras?” Para algunas concepciones debe limitársele a ciertas bases sociales precisas; para otras, “populismo apunta a un rasgo común a fenómenos políticos tan dispares como el maoísmo, el nazismo, el peronismo, el nasserismo y el narodnichestvo ruso”.

Veremos que Laclau ubica los anteriores regímenes entre los “populistas”.

Un somero recuento, entre los mencionados, por los autores más conocidos que han escrito sobre el punto, registra entre regímenes de este tipo al populismo ruso y a los movimientos y partidos de distintos países de Europa Oriental de la misma época, al “partido populista” de Estados

Unidos, a la Revolución China de 1911 y al Kuomintang de la primera etapa, a los gobiernos y partidos surgidos de las excolonias europeas de Asia y Africa. En América Latina son incluidos el peronismo, el varguismo, y algunos de los gobiernos posteriores, a 1964, en Brasil; la fracción liberal de Eliecer Gaitán en Colombia; al velazquismo, pero también al Movimiento Concentración de Fuerzas Populares, especialmente bajo el liderazgo de Carlos Guevara Moreno (1949-60) y al Partido Nacionalista Revolucionario, fundado en 1966 por Carlos Julio Arosemena en Ecuador; tendrían un programa populista: Arturo Alessandri Palma, en 1920, y Carlos Ibáñez, entre 1950 y 1953 y en algún grado el Frente Popular y aun la Unidad Popular, en Chile; sería populista Luis Batlle Berres, presidente uruguayo entre 1947 y 1959; los gobiernos del MNR, entre 1952 y 64, y también el de Juan José Torres, en Bolivia; el Partido Auténtico durante los gobiernos de Grau San Martín y Prío Socarrás en Cuba, e incluso el 26 de julio, antes de 1959, y para algunos autores aún después; no sólo el gobierno de Cárdenas, sino el Partido Revolucionario Institucional de México; el APRA, pero también Acción Popular, de Belaúnde Terry y la Unión Nacional Odríista, en Perú; el Partido Democrático de la República Dominicana; el Partido Nacional, de Figueres en Costa Rica; el Partido Revolucionario, de Arévalo, así como el Partido y Gobierno de Arbenz, en Guatemala; Acción Democrática, en Venezuela, etcétera.

Ante la enumeración anterior resulta evidente que el término populismo ha sido empleado con generosidad, sin duda en desmedro del rigor.

Dos concepciones sobre el populismo

En la vastísima producción de los “cientistas” sociales sobre el punto, no existe concordancia sobre el sentido del término. Por vía de ejemplo, analizaremos dos de las que resultan representativas de distintos enfoques.

- I) *Una versión que relaciona el populismo con determinadas contradicciones de clase.* “La formación del Estado populista en América Latina” y “Populismo y contradicciones de clase”. Octavio Ianni.

“La urbanización, la industrialización, las transformaciones tecnológicas y sociales en el mundo agrario, la revolución de las expectativas y la explosión demográfica”, son algunas de las causas que Ianni indica para la actuación política de las masas.

Esta irrupción de las masas corresponde, para Ianni, a la época en que se conforma la sociedad de clases, en medio del proceso de acumulación originaria, cuando quedan superadas las relaciones estamentales y de casta.

Para Ianni, el populismo latinoamericano irrumpe en determinada etapa de la relación entre la sociedad nacional y la economía dependiente. En el momento del colapso de las oligarquías tradicionales que habían organizado un tipo de Estado relativamente sólido a fines del siglo XIX y en el seno

de las cuales crecen clases medias, que en países relativamente más desarrollados logran articular partidos (junto a los cuales surgen organizaciones obreras) que incluso acceden al gobierno, pero que sin embargo no logran provocar el colapso del Estado oligárquico. Este se producirá cuando se configure una estructura de clases más desarrollada, con amplios sectores medios, empresarios industriales y obreros. En la implantación de gobiernos populistas desempeñan, para Ianni, un papel muy importante las “rupturas estructurales”, las crisis del capitalismo, en particular las que se manifiestan en las décadas del 30 y el 40. Recoge la conocida tesis sobre correspondencia entre crisis de los países “centrales” y desarrollo industrial, y a la vez el crecimiento del sector comercial y de servicios y la demanda de productos agropecuarios. Enfatiza el papel que las transformaciones económicas, en particular el desarrollo industrial, tienen en el cambio de la estructura poblacional, el crecimiento del proletariado, el fortalecimiento de la burguesía industrial, de diferentes sectores medios y, en general, de todas las clases no ligadas a la producción agraria, en un proceso en que, sin embargo, la urbanización es superior a la capacidad de industrialización.

En estas condiciones, la burguesía —en su opinión— encabeza un “pacto” de dichas fuerzas. El partido político, el movimiento sindical y otros de presión, la burocracia ministerial, etcétera, constituyen la máquina política del populismo. Se imponen nuevos estilos de liderazgo, domina una ideología de “paz social” y “armonía de clases”, se levantan banderas nacionalistas (en el plano político, económico y cultural) de reformas institucionales y desarrollismo. La burguesía desarrollista procura reservar y ampliar el mercado interno para la industria; los militares preconizan la nacionalización de los recursos naturales y la creación de empresas estatales en los sectores estratégicos de la economía, los intelectuales procuran extraer las consecuencias nacionalistas y antiimperialistas. Las clases asalariadas están interesadas en incrementar su participación en el producto del trabajo.

La intensa organización ha incorporado a las ciudades a grandes masas desplazadas del campo y en general la oferta de mano de obra supera a su demanda. La posibilidad de que los partidos y movimientos populistas, a partir de 1930, hegemonicen a las grandes masas, *proviene de la inexistencia previa de partidos políticos y organizaciones sindicales, en condiciones de canalizarlas*. En síntesis, expresa, “si tomamos el movimiento obrero en conjunto, en el siglo XX, verificamos que estaba organizado conforme a los países y las ocasiones, en las siguientes tendencias: anarcosindicalistas, socialistas, católicos, democráticos y “apolíticos”. El sindicalismo tenía importancia política, más allá de que predominaran las reivindicaciones económicas.

Ianni se pregunta: ¿por qué en estas condiciones, el populismo superó a las demás corrientes políticas en conjunto? En su interpretación el populismo surge en la época en que se transforma de manera radical la composición de la sociedad, se recrea la estructura de clases, cuando no existen las

condiciones para posiciones radicales. La burguesía puede tomar el liderazgo de las luchas reivindicativas. Considera que había puntos en “los programas anarcosindicalistas, socialistas y comunistas” que carecían de adecuación histórica. Anarquistas, comunistas y socialistas tenían enfoques erróneos, pero además era la transformación misma de la configuración de clases, con el proceso de urbanización, de la industrialización, la que creaba “masas disponibles” fuera de las organizaciones sindicales que serían captadas por el partido populista a través de sus sindicatos o de la labor de la burocracia y los ministerios. Las nuevas organizaciones se crearon al margen de la izquierda y la derecha, con un estilo de liderazgo particularmente demagógico. La radicalización de masas fue siempre evitada con una cierta dosis de autoritarismo.

Ianni distingue entre el populismo de los gobernantes, de las cimas del sistema político administrativo, de los políticos tradicionales de la burguesía, de los demagogos, de los “pelegos” y que abarca también sectores de clases medias. Es industrialista, desarrollista, defensor de la armonía de clases entre el capital y el trabajo. Ha cumplido el papel de liberar a las masas de los lazos patriarcales o comunitarios de la etapa anterior, cuando los países transitan la etapa de disociación del trabajador de los medios de producción. Pero a la vez se aplica un determinado tipo de política que crea ciertos mecanismos de bienestar social, para la formalización de las relaciones de producción por intermedio de una legislación social, que por otra parte conlleva cierta confiscación salarial.

Pero en situaciones críticas los “liderazgos burgueses” abandonan a las masas y las fuerzas armadas, el clero y la mayoría de las clases medias resurgen como fuerzas preeminentes, contrarias al cambio. La burguesía comparte su poder con otras fuerzas dominantes y rompe los compromisos tácticos con el proletariado.

Es a la vez en los momentos críticos en los que se desarrolla la politización de las masas obreras, que conquistan la condición de clase política. Se revelan entonces las ambigüedades del populismo. A veces de modo inmediato, las contradicciones se imponen a las masas provocando una reelaboración de la situación, puede surgir una conciencia obrera más clara, “puede dejar de luchar contra los enemigos de su enemigo, como la oligarquía latifundista y el imperialismo, al descubrir que unos y otros pueden estar aliados en la defensa de las relaciones de producción específicas del capitalismo”.

II) *Un intento de elaboración de una teoría del populismo. Su ubicación en el plano de las ideologías: Ernesto Laclau: “Hacia una teoría del populismo”.*

Laclau se propone adelantar algunas propuestas que contribuyan a la superación de lo que considera “imprecisión desafortunada” de fenómenos políticos con rasgos comunes: el populismo.

Los enfoques básicos del populismo. Distingue cuatro enfoques básicos:

tres de ellos lo consideran una ideología y un movimiento, el cuarto sólo una ideología.

- 1) El populismo es la expresión típica de una clase social que caracteriza el movimiento y la ideología. Según el concepto del populismo del autor, se atribuirá a una u otra clase. Sostiene que se elude el concepto que se busca explicar: si se quiere hallar el rasgo común es evidente que éste debe buscarse fuera y no dentro de las clases.
- 2) El nihilismo populista. El concepto está vacío de contenido y debe ser sustituido por un análisis directo de los movimientos de clase. Considera que no es posible eliminar al “populismo” porque constituye un dato de la experiencia, un algo común que se percibe en movimientos de base social divergente y que puede considerarse al populismo insuficiente para definir la especificidad concreta de un movimiento político, pero no que constituye un elemento abstracto del mismo.
- 3) Una concepción del populismo lo confina a la esfera de lo ideológico, el “populismo” no sería un movimiento. Laclau discrepa con el carácter de clase que se atribuye a la ideología populista, cuyos rasgos serían: “su carácter anti *statu quo*, la desconfianza en los partidos tradicionales, la apelación al pueblo y no a las clases, el antiintelectualismo, etcétera”. El antedicho complejo ideológico podría ser adoptado por movimientos de bases sociales distintas. Estima que ha enriquecido el estudio de las formas del populismo, pero presenta dos insuficiencias: los rasgos característicos son presentados en forma puramente descriptiva y no establece el papel que el elemento estrictamente populista desempeña en una movilidad social determinada.
- 4) Es el funcionalismo al que estima el más refinado conceptualmente. Critica a los funcionalistas la adjudicación del populismo a una etapa transicional del desarrollo, sosteniendo que experiencias populistas se han producido, aunque en grado menor, en países desarrollados, incluyendo al nazismo alemán.

Critica también la falta de construcción teórica del concepto “sociedad industrial” y el que “sociedad tradicional” comporte, en verdad la antítesis de los rasgos de la anterior. En su opinión las etapas de transición en los procesos “populistas” son mostradas como una abigarrada y confusa mezcla de conceptos “tradicionales” y “modernos”, no es explicada la aparición de las “élites modernizantes”, y se abusa de la explicación de la manipulación de las masas. Considera que no puede entenderse el fenómeno populista en virtud de la “progresividad” de los elementos “tradicionales” y “modernos”, y que es necesario conocer la transición como una serie discontinua de estructuras, lo que determina que los elementos en sí mismos han perdido significación, validez; en consecuencia, los conceptos de mo-

dermización y asincronía y todos los que contienen una perspectiva teleológica. Expresa que “la significación de los elementos ideológicos identificados con el populismo, debe buscarse en la estructura de la que son un simple momento y no en paradigmas ideales”, lo que conlleva, inevitablemente, volver a las raíces de los modos de producción y a la articulación de los mismos. Concluye que su planteamiento parecería recaer en un círculo vicioso: el elemento populista sólo encuentra su especificidad fuera de la naturaleza de clase y, por otra parte, debe reconocerse la naturaleza de clase como momento estructural decisivo para encontrar el principio de unidad de los rasgos políticos e ideológicos. Estima que su teoría puede escapar a dicho círculo vicioso.

Comienza Laclau por explicar que en su opinión en el marxismo “tradicional” existe una confusión entre el problema de la determinación de clase de las estructuras políticas e ideológicas y las formas de existencia de las clases a dichos niveles, lo que califica de un “reduccionismo”, que incluso conduce a confundir “clase” con grupo empíricamente observable. En su opinión, por el contrario, las ideologías no tienen carácter de clase y su connotación de clase es el resultado de la articulación de diversos elementos en un discurso ideológico (cuya unidad, por otra parte, es compatible con un amplio margen de incoherencia lógica y depende de la capacidad de cada elemento interpelativo para jugar un papel de condensación respecto a los otros), y que el principio unificador de dicho discurso es el sujeto interpelado. Laclau adopta la que considera “la contribución más importante y específica de Althusser al estudio de las ideologías: la concepción según la cual la función fundamental de toda ideología consiste en interpelar/constituir a los individuos como sujetos”. . . , que a través de la interpelación “viven sus condiciones de existencia como si ellos constituyeran el principio autónomo de las mismas —como si, en consecuencia, ellos, lo determinado, constituyeran el determinante—”. . . , lo que hace que la unidad de “los distintos aspectos de un sistema ideológico esté dada por la interpelación específica que constituye el eje y el principio organizador de toda ideología”.

Planteándose la relación entre ideología y lucha de clases, a ésta la define a nivel de modo de producción, como “la relación de producción que constituye a los polos como clases” y a las clases, “como los polos de relaciones de producción antagónicas”. Afirma que las clases no tienen forma de existencia necesaria a nivel político e ideológico. En su opinión, el carácter de clase a nivel ideológico está dado no por el contenido (interpelaciones y contradicciones) sino por la forma, es decir, por el principio articulatorio específico de las interpelaciones. Presenta diversos ejemplos de sus afirmaciones. El nacionalismo puede ser feudal, capitalista o socialista; el liberalismo que corresponde en Europa a la ideología burguesa y en América Latina a la ideología de los terratenientes feudales; el militarismo de la ideología terrateniente o feudal, en España fue expresión de los señores burgueses incipientes y después de la Segunda Guerra Mundial

fue, en el Tercer Mundo, ingrediente esencial de los movimientos antiimperialistas y antifeudales, etcétera. Refutando a Poulantzas, sostiene que “todos los elementos ideológicos”, a los que éste se refiere al caracterizar la ideología del fascismo, no tienen carácter de clase.

Al aludir concretamente al populismo, señala que según “una teoría muy difundida” lo característico sería la “apelación al pueblo por encima de las clases” y considera que ésta peca por exceso, pues un discurso populista puede a la vez referirse al pueblo y a las clases, y no toda referencia al pueblo hace un discurso “populista”. Primero, procura establecer el estatuto teórico del término “pueblo”, y lo ubica como el polo en la contradicción de una determinada formación social, opuesto a bloque de poder, a diferencia de la contradicción que en el modo de producción opone a las clases antagonicas. Así, la contradicción pueblo-bloque de poder sería el campo específico de la lucha popular democrática que se libra a nivel político e ideológico, pero que, a la vez, sólo se da articulada a proyectos de clase. Las “tradiciones populares” (plasmadas en un conjunto de valores, símbolos, etcétera), por consiguiente, constituyen un “conjunto de interpelaciones que expresan la contradicción pueblo-bloque de poder, como distinta a las de una contradicción de clases” y representan “la cristalización ideológica de la resistencia a la opresión en general, es decir, a la forma misma de Estado”, perduran más que las ideologías de clase y no constituyen “discursos coherentes y organizados, sino puramente *elementos* que sólo existen articulados a discursos de clase”. El populismo para Laclau, no puede caracterizarse por la mera presencia en el discurso de manera predominante de las interpelaciones popular-democráticas, aunque esté ligado a la presencia del “pueblo”. Lo que en su opinión transforma en populista dicho discurso “es una peculiar forma de articulación de las interpelaciones popular-democráticas”, en que éstas son presentadas “como conjunto sintético-antagónico respecto a la ideología dominante”, lo que no supone que sea siempre revolucionario. Existe un populismo de las clases dominantes que se desarrolla cuando una fracción que intenta imponer su hegemonía no puede hacerlo y realiza un llamamiento a las masas para desarrollar su antagonismo frente al Estado; este populismo es siempre más represivo que un régimen parlamentario. La lucha de la clase obrera, por su hegemonía, consiste en lograr al máximo posible la fusión entre la ideología popular-democrática y la ideología socialista. Considera que el populismo democrático es el momento “en que la clase obrera ha logrado condensar en su ideología el conjunto de la ideología democrática de una formación social determinada”.

“El avance hacia el socialismo —añade— sólo puede consistir. . . en una larga serie de luchas a través de las cuales el socialismo afirme su entidad popular y el ‘pueblo’ sus objetivos socialistas”.

Para Laclau, buscar una terminología diferente a populismo para aquellas experiencias en que “las interpelaciones populares radicalizadas han sido articuladas al socialismo, oscurecería la premisa básica de la doble ar-

articulación del discurso, y podrían conducir a la ilusión de que las interpelaciones populares en el discurso socialista han sido creadas por este discurso y están ausentes de la ideología de las clases dominantes”, lo que llevaría a recaer en el reduccionismo de clase. “Por el contrario —concluye— afirmar la relativa continuidad de las interpelaciones populares frente a las articulaciones discontinuas de los discursos de clase, es el único punto de partida válido para un estudio científico de las ideologías políticas.”

Puntos de convergencia y divergencia de los autores analizados

I) De la muy sucinta exposición de algunos de los puntos que sirven a los autores citados para caracterizar al populismo, surge la existencia de algunas convergencias y no pocas divergencias. Un elemento común es, en primer lugar, la aceptación de la pertinencia del término populismo, para caracterizar a un fenómeno que para los autores se desarrolla en un ámbito espacial muy amplio —por lo menos cuatro continentes— y en un lapso de aproximadamente un siglo. Aunque es verdad que, por ejemplo, no hay coincidencia en caracterizar al nazismo como populista.

Ianni ubica el ciclo del populismo latinoamericano entre la crisis del Estado oligárquico y un tipo de dependencia del imperialismo, y el fin de un proceso paralelo a determinado tipo de desarrollo industrial, mientras prosigue la acumulación originaria, y durante el cual es posible la existencia de un “pacto entre las clases no vinculadas a la producción agropecuaria”. En dicha etapa desempeña un papel hegemónico la burguesía industrial, que a través de distintos aparatos controla a las masas populares, a la vez que atiende algunas de sus reivindicaciones. Francisco C. Wefortt pondrá mayor énfasis en cierto “empate” de las clases dominantes, que exigirá para practicar la política, en definitiva, correspondiente a la burguesía industrial, imponer cierto tipo de participación controlada de las masas, que marchan tras un líder carismático y su política demagógica.

En esta concepción los niveles superestructurales aparecen condicionados por el carácter de las clases y sus luchas y por el desarrollo de las fuerzas productivas. También el populismo es visto como una etapa que será superada por nuevas formas políticas e ideológicas ligadas a la toma de conciencia del proletariado, de sus contradicciones antagónicas con la burguesía.

Un enfoque sustancialmente diferente es el que realiza Laclau, para el cual el “populismo”, forma de contradicción de una formación social concreta, no consiste en un movimiento sino a nivel ideológico, no comporta una ideología de clase, y sus interpelaciones popular-democráticas tendrán el carácter de clase que le imponga la articulación de elementos ideológicos no clasistas, en virtud del sujeto interpelado de la clase que se convierta en hegemónica, considerando la forma superior el populismo socialista.

II) Para los autores el estudio del populismo responde a inquietudes de tipo político.

Para Ianni el populismo ha sido una experiencia política importante para la mayoría de los países de América Latina y para algunos la más importante en los últimos cuarenta años. “Son muchos los acontecimientos que indican que el populismo, la política de masas o el movimiento nacional, no son cosas del pasado”, nos dice. “Y no sólo fueron importantes en el pasado, sino que a veces siguen siendo un aspecto crucial del presente.” No queda claro si Ianni estima que no son cosas del pasado el populismo “de arriba”, de los dirigentes, que fue instrumento de subordinación de las masas a los intereses de la burguesía nacional industrial, o el de las masas, cuyo desarrollo en contradicción con el anterior comprueba en la parte final de su libro. Pareciera deducirse que la ruptura del pacto populista apunta a la acentuación de la lucha de clases, y que éste es el camino que prevee para el futuro inmediato. Si por estas afirmaciones parece ubicarse entre quienes se plantearon como alternativa “socialismo o fascismo”, no surge claro qué papel desempeñará el populismo en la disyuntiva política latinoamericana.

En cuanto a Laclau, parece acertada la apreciación de Emilio de Ipola sobre los fines políticos de sus trabajos teóricos. En su opinión.

son ante todo razones políticas las que inducen al autor a ese minucioso rodeo por la teoría que efectúa en su libro. Ceguera o miopía de la II y III Internacionales y modernas latinoamericanas; en base a esas desviaciones no sólo se escribieron libros deficientes: se implementaron estrategias y tácticas que tuvieron como resultado graves e incluso catastróficas derrotas. Si es necesario aún hoy repensar conceptos tales como los de “capitalismo” y “feudalismo” —y por esa vía examinar categorías más abstractas como las de “modo de producción” o “sistema económico”— si es preciso, asimismo, replantear la problemática del fascismo y el populismo —y por esa vía internarse en la especificidad de lo político y de la ideología— es ante todo porque, en la práctica, una cierta manera de concebir y aplicar esas categorías y de pensar esos problemas ha contribuido a la configuración de líneas políticas cuyas negativas consecuencias, y cuyas causas, están lejos de haber desaparecido.

Laclau, según de Ipola, buscaría entonces con su teoría superar los errores que en su momento cometieron la II y III Internacionales. El populismo socialista contendría la fórmula de evitar “catastróficas derrotas” en la gran pugna de nuestro tiempo. Su loable propósito, en su opinión, puede ser logrado fundamentalmente, eliminando el “reduccionismo” que define a los elementos ideológicos como de clase, lo que determina que la clase obrera sea incapaz de convertirse en alternativa popular hegemónica para el pueblo.

Algunas observaciones sobre los trabajos de O. Ianni

El esfuerzo de Ianni por ligar el análisis de fenómenos que ubica en nivel superestructural con los de base, y por situarlos en un determinado perio-

do histórico, ayudó en cierto modo a la comprensión de una etapa del desarrollo de las formaciones latinoamericanas.

Aporta observaciones agudas sobre diversos aspectos de la conformación y características de movimientos, partidos y formas que asume el Estado.

Nos limitaremos, sin embargo, a mostrar lo que consideramos errores de magnitud:

1) La maximización de los considerados aspectos comunes y la minimización de diferencias sustanciales, lo que distorsiona la realidad. Existieron incluso diferencias sustanciales entre el “varguismo” y el “peronismo” en su etapa clásica, y desde luego entre el primero y los ubicados como gobiernos populistas posteriores en Brasil, y obviamente entre los dos peronismos. Por lo menos, no obstante, tienen en común el haber abierto el camino para una determinada modalidad de desarrollo capitalista que supone cierto tipo de industrialización, sin afectar el sistema latifundista de tenencia de la tierra y, en definitiva, sin ruptura con el imperialismo, las iniciales simpatías por el fascismo, la forma de utilización del aparato estatal, de control sobre los sindicatos, merced a una política fuertemente represiva para corrientes no oficialistas y de concesiones, el sistema de partido o partidos, la ideología de conciliación de clases, etcétera. Pero entre ambos existen diferencias muy notables en relación a las características de cada una de las formaciones sociales, incluso en el tiempo en que se desarrollan, de la tradición política, etcétera. Edelberto Torres Rivas considera con razón que el uso que se ha hecho del término “populismo” lo ha vaciado de sus referencias “histórico-culturales”, y que por extensión se transfieren rasgos del peronismo y el varguismo a otros contextos. Estima “un exceso de simplificación asociar los procesos de industrialización de América Latina con la evolución política que expresa el llamado “populismo”, que resume como una apertura política y señala que para otras sociedades “que los buenos modales de la burocracia internacional califican como de menor desarrollo relativo” el crecimiento industrial y la ofensiva antioligárquica toma “ropajes distintos”, y “aunque los ejecutantes sean los mismos los resultados son desiguales”.

Desde luego esto es así para la mayoría de los países de América Central, el Caribe y no pocos de América del Sur. Por otra parte, es común incluir entre los partidos “populistas” el velasquismo ecuatoriano, no relacionado con un proceso de industrialización.

Pero aún sin aludir a procesos como los mencionados por Torres Rivas y ateniéndonos a aquellos con los que ejemplifica o a los que cita como populistas Ianni, son sustanciales las diferencias de éstos con el peronismo o varguismo. El cardenismo, por ejemplo, es etapa de una revolución democrático-burquesa, con decisiva participación campesina. Es precisamente bajo el gobierno de Cárdenas cuando se extiende la reforma agraria, lo que elimina la gravitación política de los grandes terratenientes y provoca un proceso de recampenización, que no existe en los países del sur. El nacio-

nalismo plasma en realizaciones tan importantes como la estatización del petróleo, que tampoco tienen parangón. Sin que esto modifique sustancialmente el carácter que asumirá el desarrollo del capitalismo en México y su inserción como país dependiente del imperialismo norteamericano, le proporciona a la burguesía mexicana, y particularmente a algunos de sus segmentos, una capacidad de maniobra inexistente en Argentina y Brasil. Por otra parte, es imposible aquí hablar de una alianza de clases urbanas bajo el cardenismo con el sentido que se le da en los países del sur, ni de una especie de “pacto” tácito con los terratenientes.

Tampoco es acertado confinar en el populismo la Revolución Guatemalteca, finalmente derrotada por los procedimientos conocidos. Movimiento contra una larga dictadura, inicialmente, se transforma en una revolución democrático-burguesa y antiimperialista en su desarrollo. En su evolución desempeñan un papel importante los obreros con sus organizaciones propias, sectores campesinos y de capas medias civiles y militares, que tienen la dirección del gobierno. Como acertadamente expresa Agustín Cueva: “. . . toda revolución consecuentemente anticapitalista, posee, por el solo hecho de serlo, claros perfiles antiimperialistas”. Desde luego aquí no se trata de un movimiento populista, ni de un gobierno populista, sino de una revolución que fue derrotada. Cosa distinta es analizar las causas de su derrota, que no pueden ser limitadas a errores de conducción, por otra parte inseparables de la propia inmadurez del proceso, sino que también hay que rastrear en la correlación de fuerzas del momento.

Tampoco es acertada la calificación de populista para la Revolución Boliviana de 1952. René Zavaleta define en forma adecuada el carácter de una revolución, por “el curso objetivo o las tareas que se ejecutan, que son lo comprobable dentro del proceso revolucionario, su resultante como suma de las coordenadas impuestas por las influencias clasistas”, y a la boliviana la califica de auténtica revolución democrático-burguesa. Resultados de la misma fueron la estatización de la gran minería y la liquidación de la clase de los terratenientes señoriales con la reforma agraria. En su muy interesante estudio titulado “Consideraciones generales sobre la historia de Bolivia”, publicado en *América Latina: Historia de medio siglo*, el mismo autor analiza con lucidez el carácter y el comportamiento de las clases: los obreros, decisivos para la destrucción del anterior aparato estatal oligárquico, pero que no están en condiciones “de utilizar el mayor fruto del proletariado en el capitalismo en general, que es el socialismo científico”, los campesinos que dejan de ser “objeto inerte de la historia”, pero cuya organización los vincula al nuevo Estado burgués y las capas medias, protagonistas de la reconstrucción de “la misma vieja casta”, pero como burguesía y no como oligarquía. En resumen, la revolución congelada acaba en una nueva etapa de conciliación con el imperialismo, la dependencia con el cual en todo caso se redefine, y la imposición de una nueva política represiva contra el pueblo, ahora por la “nueva burguesía”.

Es que en último término para los movimientos revolucionarios de

América Latina se abrían sólo dos caminos: el que conducía al desarrollo del capitalismo, que sólo podía ser crecientemente dependiente del imperialismo o cumplidas las fases iniciales, desembocar en el socialismo. Eso dependía por lo menos de dos factores: la capacidad del proletariado y de otros sectores populares, en particular de capas medias radicalizadas que en el caso de América Latina desempeñan un importantísimo papel y de una correlación de fuerzas a nivel mundial que hiciera viable el socialismo en América Latina.

Desde luego, resulta todavía mucho más inaceptable atribuir “corte populista” al “movimiento de Fidel Castro antes de su transición al socialismo”.

Entre los muchos y valiosos trabajos que se han escrito sobre la Revolución Cubana, el de Carlos Rafael Rodríguez, “Cuba en el tránsito al socialismo”, es particularmente ilustrativo sobre las condiciones en que una revolución que inicialmente cumple tareas democrático-burguesas, rápidamente se enfrenta al imperialismo y desde 1962 se transforma ya en una Revolución Socialista. El autor desentraña la importancia en la conformación de partidos, movimientos y líderes, de toda la historia de luchas de la clase obrera y otras clases populares cubanas, analiza con sutileza la interacción entre clases y dirigentes y elucida cómo se conforma una vanguardia que incluye sectores estudiantiles de larga trayectoria de lucha, pero ante quienes está muy presente la lucha de los obreros y campesinos, y la coyuntura internacional, decisiva para permitir la subsistencia de Cuba ante los ataques de todo tipo del imperialismo norteamericano.

En realidad en Ianni hay un error básico de enfoque que consiste en atribuir carácter populista o reformista a toda lucha que no tenga desde el principio un programa socialista, o que plantee etapas en un proceso revolucionario. Parecería que la experiencia cubana mejor analizada y la actual nicaragüense deberían llevar a conclusiones diferentes. Porque es evidente que ningún proceso revolucionario salta etapas, y que sus resultados finales dependerán de la capacidad de la clase o clases que conformen una alianza revolucionaria para llevar adelante su programa, más que de consignas radicales.

II) En el trabajo de Ianni la lucha de clases resulta minimizada y no sólo para el periodo en que “las relaciones antagónicas aparecen opacadas”; e incluso su definición de las clases es imprecisa. Hace un esfuerzo en parte exitoso por distinguir sectores de la clase obrera en el periodo de gran aflujo de masas rurales pauperizadas, pero no estudia la experiencia histórica de la clase. Se limita a enfatizar errores de anarquistas, socialistas y comunistas, pero no cuál es su relación con la maduración de la clase obrera y de otras clases o segmentos de clase revolucionarias. Con relación a la trayectoria del movimiento obrero anterior al populismo, y aún aludiendo a conductas posteriores de partidos obreros, sus breves alusiones se refieren casi exclusivamente a “errores”, sin explicar en todo caso la causa de esos “errores”.

De esta manera resulta minimizada tanto la trayectoria anterior de lucha de clases, como la significación que la durísima represión de gobiernos populistas y no populistas, para el logro de la hegemonía burguesa. No es preciso en la definición de la burguesía nacional a la que confiere papel decisivo, como lo tiene, en los gobiernos populistas y tampoco de las capas medias. ¿Cuáles son las capas o fracciones que la componen? ¿Qué transformaciones experimenta en el periodo o los periodos que analiza? ¿Por qué y cómo gobiernos liderados por sectores de capas medias, o que comportan alianzas de éstos con oligarquías marginales, acaban haciendo una política que corresponde a los intereses de la burguesía —particularmente industrial— con las características que su limitado “proyecto” tiene para América Latina?

¿El “proyecto burgués” estaba agotado cuando se desarrolla el llamado populismo, o su existencia es prueba de la capacidad de determinadas capas burguesas, o de las que realizan su política para llevarlo adelante durante una etapa histórica?

De la falta de un adecuado análisis de las etapas del desarrollo del capitalismo en América Latina, de las clases y las modalidades que asume la lucha de clases, etcétera, surgen sin duda lo que se nos aparece como conclusiones ambiguas. “El populismo puede seguir siendo una fuerza importante”, dice Ianni, y añade que en la etapa de crisis que condiciona la caída de los gobiernos populistas, en último término “el proletariado puede verificar, con mayor claridad que en tiempos ‘normales’, cuáles son las relaciones económicas y los compromisos reales, que armonizan o concilian los intereses de la burguesía nacional con los de la extranjera” y es cuando las masas populares “pueden comprender más claramente cuál es la escala verdadera de sus adversarios y sus aliados”. Es decir, que aunque el populismo pueda seguir siendo una fuerza importante, la experiencia de las masas populares llevará a éstas a no caer nuevamente bajo la hegemonía de la burguesía nacional. No aparece claro si Ianni se ubicaría entonces en la posición de contribuir a la conformación de una fuerza política del proletariado.

III) Ianni obvia la ubicación de los grandes fenómenos populistas en el contexto de la época en que se desarrollaron. Alude a los efectos de la crisis del 29 en su incidencia en la industrialización, que trata de manera un poco mecánica. Pero no menciona el contexto político, particularmente complejo en un continente que ha vivido el tránsito de la hegemonía del imperialismo británico al norteamericano, en el lapso del avance del fascismo y la lucha antifascista, de la Segunda Guerra Mundial y la Guerra Fría. Merecería un análisis no realizado aún, la complejidad y experiencia que aporta al proceso latinoamericano, la imprescindible lucha antifascista. Porque debemos convenir que otra había sido la historia si el nazi-fascismo no hubiera sido derrotado. Esto no excluye, sino que supone, el evaluar errores y aciertos y sobre todo explicarlos. También requiere un análisis más cuidadoso de los movimientos y partidos de corte nacionalista y co-

múnmente definidos como populistas, de evidentes simpatías y en muchos casos inspiración fascista, aunque en definitiva respondiendo a otras clases que aquellas cuya política realizó el fascismo, y que ante la derrota del fascismo a nivel mundial tuvieron trayectorias distintas. También requeriría un estudio cuidadoso, como el que realiza Carlos Rafael Rodríguez, para Cuba, por ejemplo, sobre los efectos de la Guerra Fría sobre el movimiento sindical y político de la clase obrera, tan a menudo minimizado.

En definitiva, aún con aciertos muy importantes, creemos que es el planteo mismo que fuerza la realidad, que de ella enfatiza algunos aspectos y minimiza otros, lo que acaba determinando que el análisis de Ianni es una versión distorsionada de la realidad latinoamericana.

Laclau: Hacia una teoría del populismo

A diferencia de Ianni, Laclau declara expresamente su propósito de construir una teoría del populismo. Es prácticamente imposible expresar nuestra opinión de manera exhaustiva en una parte de un artículo, y probablemente le dediquemos uno entero a sus trabajos. Sin duda los cuatro artículos contenidos en su libro, *Política e ideología en la teoría marxista* (de los cuales ha tenido amplia difusión en nuestro continente “Feudalismo y capitalismo en América Latina”), son muy ricos, e incitantes para la reflexión y discusión. Están dirigidos, sobre todo el último, a fundamentar una posición que ideológicamente podría definirse como populismo-socialista y que nos sentimos tentados de caracterizar como europopulista.

Es evidente su filiación que supone divergencias y extensiones con el althusserismo, la versión poulantziana y con corrientes italianas que se definen como gramscianas. Al considerar algunos grupos de un refinado aparato conceptual, como el que aquí se utiliza, al servicio de una modalidad para superar mecanicismos, economismos y reduccionismos y salvar imprecisiones de la teoría marxista, lo que por cierto es muy necesario, nos viene a la memoria, sin embargo, una apreciación de René Zavaleta al aludir a un tipo de tratamiento de Marx. Alerta ante una deslealtad posible “. . . que consiste en apoderarse de estas poderosas citas, faltando, sin embargo, a la cifra de un tiempo completo, al espíritu general de un pensamiento”. No nos proponemos en este artículo aludir a producción de conocimiento y criterio de la verdad de Laclau. Señalamos simplemente que cuando Laclau, siguiendo formulaciones que luego rectificará Althousser, expresa: “. . . una teoría es sólo falsa en la medida en que es internamente incoherente, es decir, si en el proceso de construcción de sus conceptos ha entrado en contradicción con sus postulados”, lisa y llanamente se ubica en el idealismo. Esto no invalida sus elaboraciones, que obligan a pensar y repensar muchos grandes temas, pero de alguna manera los signa.

Compartimos íntegramente su preocupación porque la clase obrera asuma plenamente su condición de heredera de todas las luchas populares y porque el socialismo sea su síntesis superadora. Por las razones tantas veces

repetidas, es la única clase capaz de realizar las milenarias aspiraciones de los opimidos; no de implantar, por el acto de su acceso al poder, una especie de “cielo en la tierra”, pero sí de crear las condiciones para la resolución de los más grandes problemas de la humanidad, incluso tal vez el de su supervivencia, aun en medio de inmensas dificultades y hasta cometiendo a veces gruesos errores.

En el artículo “Fascismo e ideología”, en el que sigue y refuta a la vez a Poulantzas y donde desarrolla ampliamente su idea sobre el carácter no clasiista de los elementos ideológicos, realiza sin duda aportes en relación al papel de las ideologías, a la reordenación que realiza el fascismo de la ideología, que se compartan o no sus fundamentos, es importante tener en cuenta. Sin duda por la vía de un verdadero “reduccionismo político-ideológico” en que desemboca su preocupación por la especificidad de lo político y las ideologías, acaba sin embargo excluyendo la consideración de las condiciones materiales en las que nace el nazifascismo. Porque, por ejemplo, si bien es verdad la significación de determinados elementos ideológicos para la pequeñoburguesía, sin duda su capacidad de movilización se acentúa con la crisis económica y política que no se analiza. Es sabido que, a pesar de la fractura entre segmentos, la mayoría ha tendido, en sociedades donde la lucha de clases alcanza niveles muy elevados, a ubicarse por el “orden” y en la contrarrevolución. Es justa su preocupación porque el proletariado acabe hegemonizando el “momento jacobino”. Pero es erróneo atribuir el fracaso del proletariado alemán, por ejemplo, sólo a la mala articulación de las interpelaciones socialistas-popular democráticas, aunque efectivamente haya habido errores muy importantes en este plano en Italia y Alemania. “Nuestra tesis —nos dice— es que si el fascismo fue posible fue porque la clase obrera, tanto en su sector reformista como en su sector revolucionario, había abandonado el campo de la lucha popular democrática.” Así formulada, su conclusión es falsa; por ejemplo, olvida que frente a la oleada revolucionaria de la inmediata postguerra sólo un sector minoritario fue revolucionario, y su brutal represión. También que la dirección reformista no quería una revolución, contribuyó a la represión y, en definitiva, a la reimplantación del sistema burgués de dominación. Son bien conocidos los errores “izquierdistas” como contracara del reformismo, ambos expresión de falta de maduración de las direcciones de la clase obrera, que no puede dejar de expresar la de la clase. Pero no es posible olvidar ni minimizar la capacidad de reacción del capitalismo mundial, apoyando de todas maneras a las clases dominantes alemanas, y la creación en estas condiciones de una coyuntura ya favorable para la contrarrevolución. Es verdad que el gran capital financiero alemán opta por el nazismo como mal menor, y que en su interior existen corrientes divergentes. Pero lo fundamental es que, en definitiva, el nazismo acaba realizando la política del gran capital financiero alemán por medio de su dictadura terrorista.

En la medida en que, como fruto del proceso histórico, se han constituido los Estados nacionales, lo que, por otra parte, no ha eliminado la depen-

dencia y aun el mantenimiento de formas de subordinación colonial que signan la lucha de gran parte de los pueblos de la tierra, entrelazándola con la lucha de clases al interior de los países (en algunos casos opacándola), y que se mantiene el desarrollo desigual, generando contradicciones que exasperan el nacionalismo, la lucha actual por el socialismo, que supone etapas muy diferentes según las distintas formaciones sociales, tiene un marco nacional. En este sentido, parece compartible la formulación de Laclau: “La lucha de la clase obrera por su hegemonía consiste en lograr el máximo posible de fusión ente ideología popular-democrática e ideología socialista.” Recordemos que para Laclau las interpelaciones popular-democráticas consisten en las tradiciones plasmadas en símbolos, valores, etcétera, interpelaciones no clasistas, posibles de ser articuladas por principios articulatorios de clase. Pero, sin duda, no estamos de acuerdo con aspectos sustanciales de los enfoques que Laclau deduce de lo anterior. Establece como corolario: “En este sentido, el populismo socialista no sería la forma más atrasada de la ideología obrera, sino su forma más avanzada: el momento en que la clase obrera ha logrado condensar en su ideología el conjunto de la ideología democrática en una formación dada.” El autor no explica qué socialismo quiere, ni siquiera qué entiende por socialismo. Expresa que el populismo socialista significaría no ya la supresión de una forma de Estado, sino del Estado mismo. Pero cuando se refiere a las Internacionales, que por cierto algo tuvieron que ver con el socialismo, lo hace exclusivamente para señalar sus reales o presuntos errores. Ni una palabra de la obra titánica de creación de la base material y espiritual del socialismo existente, ni para la gesta increíble que significó la derrota del fascismo, con sus millones de muertos.

Laclau analiza los efectos de la línea que emana del VII Congreso de la III Internacional, y en esas notas de pie de página, donde suele aparecer de manera menos sofisticado su pensamiento, expresa que al “sostener la necesidad de un frente democrático y afirmar al mismo tiempo el carácter burgués de las banderas democráticas, sólo puede conducir a una desviación de derecha”. Aquí recurre una vez más a un procedimiento muy socorrido en sus trabajos: deformar la opinión de aquellos con los que quiere polemizar para refutarlos. Porque lo que entonces afirmaron la III Internacional y sus secciones, fue que existían contradicciones al interior de la burguesía y que éstas se expresaban, entre otras cosas, en que importantes sectores estaban dispuestos a defender la democracia, obviamente burguesa. Pero nunca afirmó que al proletariado le fuera indiferente la democracia, que por otra parte no es un concepto abstracto. Laclau aclara su idea de democracia, que explicita más que la de socialismo, indicando que por tal no entiende nada que tenga “una relación necesaria con las instituciones parlamentarias liberales”, y ejemplifica con las formas que hoy revisten los nuevos Estados africanos y asiáticos. Inventa un “cinismo revolucionario”, para polemizar luego con él, que considera “al sujeto clase obrera como constituido previamente a su participación en las instituciones democráti-

cas y en una simple relación pragmática de utilización de las mismas”. Añade: “El avance hacia una democracia real es una larga marcha que sólo será completada con la eliminación de la explotación de clase”; y más adelante: “Pero dicha eliminación de la explotación de clase debe ir acompañada por el rechazo de dicha explotación por parte de la mayoría de la población, es decir, por la creación de un sujeto histórico en el que se condensen el socialismo y la democracia. La única alternativa a este proceso la constituyen los regímenes “socialistas” burocráticos del este de Europa.”

Vayamos por partes. Laclau habla de un “cinismo revolucionario”, oponiendo dictadura del proletariado a democracia. No se sabe por qué luego rescata al marxismo-leninismo, al menos como un “costado”, de la ideología proletaria. El que el proletariado como sujeto histórico, hegemonizando a otras clases y fracciones de clases, aspire a una mucho más amplia democracia, que incluye en una etapa la eliminación del Estado, diferente si ha de luchar bajo la democracia burguesa o el fascismo. Y en esto no hay ningún cinismo. El que para derrotar al fascismo sea preciso la más amplia unión de las fuerzas que estén dispuestas a enfrentarlo, no implica subordinar al proletariado a la burguesía. Convengamos en que se produjeron deformaciones de este tipo, aunque a todas luces por lo menos constituye una ligereza la atribución al estalinismo, sujeto satanizado de todos los errores, la preferencia por gobiernos burgueses, a gobiernos obreros. Debemos estar de acuerdo en que las posibilidades de hegemonizar el movimiento antifascista dependían, entre otras cosas, de la real correlación de fuerzas a nivel nacional, aunque indudablemente desempeñó un papel importantísimo su correcto enfoque. Y esto no es hoy irrelevante, porque aunque Laclau con su “reduccionismo ideológico y político” niegue el carácter fascista de las dictaduras de América del Sur, la experiencia está mostrando en América Latina, incluso frente a otras más tradicionales como la nicaragüense, que la caída del somocismo fue el fruto de la heroica lucha del sandinismo, pero también de su capacidad política para unir a todas las fuerzas antisomocistas, incluyendo fracciones importantes de la burguesía y, por cierto, para concitar el apoyo de gobiernos que no puede decirse que sean prosocialistas, siquiera en su vertiente populista. El destino de la revolución, que por cierto busca mantener la mejor situación posible incluso en sus relaciones con Estados Unidos, dependerá en gran medida de la correlación interna de fuerzas, que incluye el monopolio de la fuerza pública en este caso.

En ninguna parte, señalábamos, explicita Laclau cómo concibe el socialismo. Al parecer, su idea de la democracia implica en un grado mayor una larga marcha hacia una democracia real que sólo será completada con la eliminación de la explotación. No dice cómo se eliminará la explotación. Pero sucede que hay en el mundo millones de hombres que no pueden esperar la larga marcha, que están impacientes por eliminar la explotación, lo que no parece ser la preocupación fundamental de Laclau, y que se insurreccionan y construyen socialismos con defectos.

No se sabe por otra parte si los socialismos o regímenes que construyen el socialismo, fuera del este de Europa, constituyen también regímenes socialistas –entre comillas. Tampoco si considera o no socialista a Cuba, o si esto es irrelevante para nuestro continente.

Porque, por otra parte, el único socialismo existente es el que con aciertos y errores, por cierto muy dolorosos, y en medio de dificultades increíbles se ha logrado plasmar. Y cuya existencia, pese a sus errores que resalta y por sus aciertos que ignora, permite que con la lucha durísima de nuestros pueblos podamos pensar en esta América nuestra, en liberarnos de la explotación del imperialismo y de las clases dominantes nativas.

Cuando explícita por otra parte, en un ejemplo concreto, la posibilidad de transmutar un populismo burgués en uno socialista, como lo hace con el peronismo, el enfoque histórico que basamenta todo su corto análisis de la historia argentina está plagado de tajantes definiciones, escasamente compatibles por un mediano estudioso de dicha historia. Se tiene la impresión de que, para hacer entrar la realidad en su “corset”, adopta sin reflexionar mucho algunas difundidas ideas muy chatas de cierto revisionismo histórico. Extiende la vigencia del Estado oligárquico hasta 1930, incluyendo en el caso argentino al irigoyenismo, y en el del Uruguay al batllismo, lo que es falso. Son muy ambiguas sus cortas frases sobre la Revolución Mexicana y sobre Chile en el periodo de Allende. Atribuye a la oligarquía la posibilidad de asociar, merced a su capacidad distributiva, a las clases medias y también a la clase obrera, ignorando las durísimas luchas de las primeras décadas del siglo XX y repitiendo a propósito de la ideología de la clase obrera argentina, anterior al peronismo, algunas estimaciones despectivas, en gran medida extraídas del arsenal del nacionalismo de derecha, por más que fueran repetidas por corrientes de izquierda, de donde tal vez las recoge. También son extremadamente indigentes sus alusiones a los elementos ideológicos-democrático-populares. En realidad utiliza mecánicamente el método de simple contraposición, con los que define como característicos de la oligarquía liberal. Elude toda connotación de clase para la oligarquía conservadora, etcétera.

Pero si se mira con un poco más de cuidado, uno advierte que toda su “política e ideología en la teoría marxista” excluye absolutamente un elemento definitorio: el concepto de internacionalismo. Convenimos en que el tema es complejo, que la práctica del internacionalismo ha presentado y presenta no pocas dificultades. Pero no puede ser borrado de un análisis de la ideología marxista.

Laclau considera posible en el momento actual el populismo-socialista, que llevaría a enfrentar no una forma de Estado sino al Estado mismo. Estima posible su éxito en la medida en que los bloques de poder, en las distintas formaciones sociales y bajo la hegemonía del capital monopolista, no contienen en su seno contradicciones tales como para permitir que una fracción de la burguesía sustente un proyecto populista. Esto abriría a las masas una nueva perspectiva para la radicalización de la ideología popular-

democrática y su fusión con la ideología socialista, en una etapa en que la burguesía en su conjunto “se confunda cada vez más con la represión y la barbarie”.

Sin duda el capitalismo tiende cada vez más al autoritarismo y, cuando no le queda otro camino, a la imposición del fascismo. Sin duda también, a través de procesos complejos, que suponen etapas y distintas modalidades, avances y retrocesos y luchas dolorosísimas, el socialismo se presenta en perspectiva, como única salida. Pero no es tan sencillo que el conjunto de clases y fracciones de clases que componen el pueblo, opten por el socialismo, y aunque esto se verá indudablemente facilitado por una “correcta articulación de interpelaciones”, dependerá fundamentalmente de la correlación de fuerzas a nivel mundial, y de la propia experiencia de lucha de la clase obrera y otros sectores populares. Y hoy, como hace medio siglo, no todas las fracciones burguesas, ni simultáneamente todas las burguesías “se confunden cada vez más con la represión y la barbarie”. Afortunadamente, sin abdicar de ningún principio, la clase obrera y otros sectores populares pueden impulsar hoy en América Latina una alianza de pueblos y gobiernos contra todos los regímenes fascistas, importantísima también para aislar a otros tipos de dictaduras más tradicionales. Sobre el destino de América Latina juegan hoy otras fuerzas externas, desde luego Estados Unidos, pero también el peso del mundo socialista, la política de la Internacional Socialista, etcétera. Y que cuando no se trata de elaborar una teoría más o menos brillante, sino de incidir en el destino de millones de hombres, una fuerza auténticamente revolucionaria sabe que es esencial una perspectiva definida y el trazado de una estrategia, pero también la aplicación de tácticas que contribuyan a sumar fuerzas.

Resortes fundamentales de la teoría laclausiana son la diferenciación entre la contradicción que emerge de la lucha de clases y la que opone pueblo-bloque de poder y su concepción sobre el carácter no clasista de los elementos ideológicos, que sólo toman carácter de tal por su articulación con elementos articuladores clasistas.

No explicita bien el nivel en que ubica la lucha de clases. Su propio concepto sobre lucha de clases y clase social, althousseriano-poulantziano, es harto discutible. Es categórico: no hay clases sino en una relación de lucha (eludiendo así todo el complejo proceso de conformación de la conciencia de clase, que a su vez incluye niveles de lucha de clases) y sólo existe lucha de clases entre clases antagónicas. Pasa rápidamente sobre temas que presentan complejidades que se traducen en la práctica de la lucha de clases. Concluye que ésta se libra entre clases antagónicas, se da a nivel de modo de producción, y ubica las demás contradicciones entre pueblo-bloque de poder. Pero el concepto mismo de pueblo, que pretende constituir teóricamente, está muy poco trabajado. Aparentemente sus contradicciones con el bloque de poder se darían a nivel político-ideológico, aunque si leemos cuidadosamente todos sus trabajos vemos que, en realidad, maneja el concepto con ambigüedad. En realidad, cuando ubica la contradicción pueblo-

bloque de poder a nivel político-ideológico, en cierto modo adhiere al mecanismo de alienación característico de la ideología capitalista, que segrega en el sujeto su condición de “hombre productor” y “hombre político”. Distingue poco el conjunto de clases y fracciones de clases que compondrían el pueblo en una formación social concreta, incluso en la única que analiza aunque someramente en América Latina, que es la Argentina. Y no se preocupa por analizar, en concreto, el comportamiento político de las clases. Es verdad que en América Latina sólo excepcionalmente las clases que componen el pueblo se han expresado políticamente por medio de partidos clasistas. Incluso partidos con gran participación obrera en los niveles en que los obreros han sido confinados como el peronismo, él mismo reconoce que han empleado las interpelaciones popular-democráticas articuladas a las de la burguesía. Sería interesante, sin embargo, estudiar en qué condiciones, por ejemplo en Chile, el comportamiento ha sido distinto. O cómo en Uruguay, a lo largo de un difícil proceso, un movimiento sindical clasista y un movimiento popular nucleado en su torno rompieron, en 1971, el eficiente sistema de dominación bipartidista. Pero no se puede obviar el hecho de que al interior de partidos policlasistas, como el peronismo, las contradicciones existentes condujeron al terrible enfrentamiento que tiene episodios como el de Ezeiza y un desmoronamiento en el golpe de Estado, del 24 de marzo de 1976, previa constitución de las tres A, con la participación de un personaje tan significativo como López Rega. ¿Podrá en Argentina, en estas condiciones, recibir el populismo socialista la herencia del populismo bajo hegemonía burguesa? ¿No aparece utópico el sueño de una especie de euro-peronismo, que Laclau no explicita, pero sí otros teóricos que utilizan argumentos muy parecidos a los suyos? Parece legítimo buscar por todos los medios el camino para la constitución de un partido en el que la clase obrera tenga papel hegemónico y cuando existan diversos partidos populares no hay otro camino que la estructuración de frentes, ateniéndose a las condiciones específicas de cada uno de nuestros países. Y por cierto esto pasa por el deslinde al interior de partidos que integran segmentos de las clases dominantes y proletariado y otros sectores populares. No parece demasiado fácil y puede resultar, una vez más trágica, una experiencia como la que postula Laclau. Lo cual, repetimos, no sólo no excluye sino que supone la unidad de todas las fuerzas populares y el rescate de las tradiciones democrático-populares.

Merecería un tratamiento más cuidadoso el de las distintas clases y fracciones de clases que componen el pueblo en cada coyuntura concreta. Es evidente la importancia que en América Latina tienen fracciones revolucionarias de la pequeña burguesía, por la propia composición de clases de las distintas formaciones sociales.

Igualmente, el papel del campesinado y otras capas del campo tan distintas de acuerdo a la “matriz de cada formación social” y a su trayectoria política.

En cuanto a la existencia de elementos ideológicos no clasistas, sin duda,

el punto está tratado de manera confusa. Es evidente que ideologías nacidas en un contexto, de una clase, experimentan una transfiguración y pasan a ser utilizadas por otras. Entre otras cosas, porque nunca se inventa sino lo necesario. ¿Cuáles son los elementos articulatorios de clase y cuáles las articulaciones no clasistas? Laclau utiliza al liberalismo, por ejemplo, como elemento ideológico no clasista y como principio articulador de clase. Nos habla del liberalismo de la burguesía competitiva, y nos dice que en América Latina es la ideología de los terratenientes feudales; la verdad es que en los países capitalistas europeos es ideología también de otras fracciones de clase y en América Latina por cierto no es sólo, ni mucho menos, de los terratenientes feudales. Tampoco es preciso al utilizar el liberalismo como un todo: es bien sabido que en América Latina coexistieron formas parlamentarias de liberalismo como dictaduras liberales, para no utilizar sino un ejemplo. El liberalismo aparece cuando se refiere a Argentina, como principio articulador de interpelaciones del bloque de poder oligárquico, que por cierto no es hegemonizado por terratenientes feudales.

El nacionalismo sería para Laclau también una interpelación no clasista y habla de un nacionalismo feudal, capitalista y socialista. El ejemplo de clases, bajo cuya hegemonía se articula el nacionalismo feudal, no puede ser más inadecuado: es harto sabido que no son precisamente feudales los junkers bismarkianos. En cuanto al nacionalismo socialista, por cierto, merece hoy un cuidadoso análisis. Porque por cierto sólo puede constituir una deformación, y cualquier marxista debería poder distinguir entre el patriotismo que presupone el internacionalismo, y que sin ir más lejos tan bien ejemplifica Cuba, del nacionalismo que es herencia burguesa. Laclau sale al paso a la objeción de que se trataría, en todo caso, de nacionalismos de especie distinta, indicando que si no tuvieran elementos comunes no podrían compararse. En todo caso habría que deducir, en consecuencia, que existen algunas connotaciones clasistas en los elementos ideológicos no clasistas, y así hasta el infinito. Por lo que el punto requiere un análisis mucho más cuidadoso.

Se tiene la impresión de que Laclau, para eludir el “reduccionismo” clasista, impone un “reduccionismo ideológico-político”, en que las clases acaban siendo, como la realidad para Platón, algo así como sombras de las ideas.

Sin duda el análisis de *Ideología y política en la teoría marxista* da para mucho más, abre una polémica hoy muy importante, cuando necesariamente es preciso buscar caminos de salida para América Latina. Incluso en lo que consideramos sus errores. Desde luego toda búsqueda de esclarecimiento teórico exige una estrecha vinculación con la práctica política ineludible.

Y el tema del populismo y sus usos dista mucho de estar esclarecido.

Algunas observaciones finales

Creemos que del análisis de textos de autores que han procurado elaborar a distintos niveles una teoría del populismo, en el caso de Ianni, del populismo latinoamericano (por más que alude a otros populismos), o de sentar las bases para una teoría general, se desprende la dificultad de construir una categoría científica con el término. En el caso de Laclau, su propio método expresamente lo lleva a buscar tan sólo la coherencia interna de su discurso y su ingeniosa construcción de hecho, se sustenta en la negación del carácter de clase de las ideologías, en la absoluta imprecisión de lo que llama elementos ideológicos (estableciendo entre ellos una identidad que sus ejemplos mismos muestran que no es tal) y en una especie de saltos mortales, por medio de los cuales elude lo que son verdaderos problemas. El nivel de generalidad con que usa el término lo hace poco útil, por otra parte, para el análisis de fenómenos histórico-concretos. En el de Ianni, la amplitud del empleo del término para fenómenos latinoamericanos, también lo lleva a minimizar especificidades muy notables, a descuidar el carácter y las modalidades que asume la lucha de clases, el papel de la coacción en los regímenes populistas, y el contexto histórico del populismo en América Latina.

Pensamos que, en todo caso, el término populismo deberá tener un uso limitado a determinadas formas de apertura política propias de las modalidades específicas de imposición de la hegemonía de la burguesía nacional con todas las limitaciones que dicha burguesía tiene en América Latina. Pero que sólo podremos avanzar en la real comprensión del proceso latinoamericano trabajando de una manera distinta. Es preciso conocer más y mejor las formas y etapas de imposición del modo de producción capitalista en las distintas formaciones latinoamericanas, es necesario estudiar con más precisión cómo se ha procesado y procesa la lucha de clases en cada etapa y en cada formación social, las formas que asume el Estado en cada una de ellas y las ideologías dominantes. Creemos, en este sentido, que un camino lo están abriendo libros como el de Agustín Cueva: *El desarrollo del capitalismo en América Latina* y el de Pablo González Casanova: *Imperialismo y liberación*, por más que se pueda coincidir total o parcialmente con sus conclusiones. En ellos no falta por cierto un hilo teórico conductor, pero éste apoya y se apoya en un análisis histórico concreto.

BIBLIOGRAFÍA

- BASURTO, Jorge: "Populismo y movilización de masas en México durante el régimen cardenista", en *Revista Mexicana de Sociología*. vol. XXXI. México, 1969.
- CAVAROZZI, Marcelo: "Populismo y partidos de clase media", en *Revista Mexicana de Sociología*. Instituto de Investigaciones Sociales. UNAM, 1/77.
- CORDOVA, Arnaldo: *La política de masas del cardenismo*. Serie Popular. Era. México, 1974, 76 y 80.
- CUEVA, Agustín: *El desarrollo del capitalismo en América Latina*. Siglo XXI. 1977.
- GERMANI, Gino, Torcuato S. di Tella y Octavio Ianni: *Populismo y contradicciones de clase en América Latina*. Serie Popular. Era. México, 1973.
- GONZALEZ CASANOVA, Pablo: *Imperialismo y liberación*. Siglo XXI. 1978.
- GRACIARENA, Jorge: *Poder y clases sociales en el desarrollo de América Latina*. Editorial Paidós. Buenos Aires, 1976.
- IANNI, Octavio: *La formación del Estado populista en América Latina*. Serie Popular. Era. México, 1957.
- IONESCU, Ghita y Ernest Gellner: *Populismo (sus significados y características generales)*. Amorrortu. Ed. Buenos Aires, 1970.
- IPOLA, Emilio de: *Populismo e ideología*. Copia fotostática.
- LACLAU, Ernesto: *Política e ideología en la teoría marxista. Capitalismo, Fascismo, Populismo*. siglo XXI, 1977.
- PORTANTIERO, Juan Carlos: *Los usos de Gramsci*. Cuadernos de pasado y presente. Núm. 54. Siglo XXI. 1977.
- VARIOS: *América Latina en los años treinta*. Instituto de Ciencias Sociales. UNAM. 1977.
- VARIOS: *Clases sociales y crisis política en América Latina*. Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM. Siglo XXI. 1977.
- VARIOS: *Ideología y ciencias sociales*. Compilación y prólogo de Mario H. Otero. Coordinación de Humanidades. UNAM. 1979.
- VARIOS: *América Latina: Historia de medio siglo*. Tomo 1, América del Sur. Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM. Siglo XXI, 1977.
- WEFFORT, FRANCISCO C.: *Clases sociales y desarrollo social, contribución al estudio del populismo*. ILPES. Santiago de Chile, 1968.:
"El populismo", en *Brasil Hoy*. Ed. Siglo XXI. 1975.

EL POPULISMO EN AMÉRICA LATINA

MARCOS WINOCUR

“Si el hombre desciende del mono, los argentinos descendemos de un barco.” Con esta frase, acuñada por un connacional, se ha querido singularizar uno de los rasgos tipificantes del extenso país del sur: república de inmigrantes. Muy pocos argentinos, y basta pasar lista a sus apellidos, no reconocen abuelos o bisabuelos italianos, españoles, polacos, judíos, árabes, alemanes, franceses.

Y de esa tradición inmigrante le viene a los argentinos otra tradición, que ya desde fines de siglo se patentiza en su naciente clase obrera, artesano y población trabajadora rural: la influencia de las corrientes ideológicas del proletariado europeo. Anarquistas y social demócratas, estos últimos luego escindidos en socialistas y comunistas, pusieron pie en el puerto de Buenos Aires y se diseminaron por el país: en las ciudades y en esa interminable llanura del cereal y del ganado, llamada pampa. Y, todavía con mayor propiedad, pampa gringa, aludiendo, con el agregado de “gringa”, a su colonización por el inmigrante.

De tal modo, la consigna de “gobernar es poblar” del estadista argentino que al siglo pasado echó las bases de la Constitución. Juan Bautista Alberdi, trajo, con el correr del tiempo, una inesperada consecuencia: el 1 de mayo de 1942, como en otros años las columnas de obreros recorrían las calles de Buenos Aires con banderas rojas en alto, entonando las estrofas de “La Internacional”.

Al año siguiente, el 4 de junio, fue en el golpe de Estado donde comienza una de las historias más apasionantes del populismo latinoamericano: el peronismo. Transcurridas poco menos de cuatro décadas, durante las cuales viene siendo el eje político argentino, hoy, lo que es más, el peronismo continúa predominando dentro de la clase obrera. En el curso de unos años se borró “La Internacional”, por lo menos de los labios y, en su lugar, surgió una canción de música pegadiza, donde la letra tiene inusual manera de rendir culto a la personalidad:

“Perón, Perón, qué grande sos,
mi general, cuánto valés,
[. . .] sos el primer trabajador.”

Es el tono de la “Marcha Peronista”, no obstante que su letra, reflejando así el objetivo político de no operar una ruptura en exceso brusca con

las tradiciones clasistas del proletariado argentino, contenga, circunstancialmente, la apelación de “combatiendo el capital”. El hecho es que la canción alcanzó una popularidad y un rango inusitados. ¿Qué había pasado? De intentar algunos elementos de respuesta nos ocuparemos más adelante, tomando al peronismo como prototipo del populismo latinoamericano. Por ahora valga la referencia como evidencia de la fuerza con que este último se ha venido dando en el subcontinente buscando, mientras tanto, enmarcar al fenómeno dentro de un tratamiento general.

Para una referencia teórica

Consideramos al populismo latinoamericano ligado a la ideología de conciliación social, en momentos en que una clase o fracción de clase intenta hacerse de un mayor espacio en el dominio político: la burguesía, tras la empresa de montar una industria liviana vista la posibilidad de un mercado intenta una doble manipulación económica y política. Y, a ese fin, redistribuyendo la renta. Tanto para atraer desde el campo la mano de obra que necesita para sus fábricas, como para oponer políticamente las grandes masas a su rival en disputa de dominio: los señores terratenientes. Una ideología liberal o nacionalista, según el caso, se abre así paso frente a la tradicional ideología conservadora.

Redistribución de la renta significa varias cosas y, en el caso, una por encima de todas: el llamado economicismo. Mayor poder adquisitivo de los salarios, alquileres congelados, inversiones en salud pública, educación y diversos aspectos destinados a mejorar el nivel de vida. Esta faz economicista se completa con los mitos y es a menudo favorecida por la coyuntura internacional.

¿Cuáles mitos? El líder carismático y paternalista, la participación popular, la ruptura de la dependencia (la industria liviana no se autoabastece de insumos ni se autorrepone tecnológicamente), en fin, la revolución. ¿Cuál coyuntura internacional? Una que eleve la demanda y los precios de las materias de exportación del país. La guerra mundial, por ejemplo. Getulio Vargas en Brasil, el café; Gustavo Rojas Pinilla en Colombia, el café; Juan Domingo Perón en Argentina, la carne y los granos, cuando se decía que en los pasillos del Banco Central de la República Argentina no se podía caminar, pues obstruían el paso las barras de oro.

El populismo, en suma, plantea demagógicamente o llega a iniciar reformas, mas sin alcanzar la profundidad necesaria para que éstas impliquen cambios de estructura y menos que esos cambios, defendidos por los pueblos, se tornen irreversibles. Esto dicho, cabe hacer dos distinciones.

Una: que no obstante esos rasgos de fondo, que hacen del populismo una manera de gobernar “cambiando un poco para que todo siga igual”, sin afectar el marco de la dependencia, las movilizaciones masivas que le acompañan dejan una puerta entreabierta: la perspectiva de ir más allá, de presionar desde abajo hasta convertir al proceso en “cambio de veras”. Para

los pueblos y su liberación son más favorables las condiciones bajo el populismo que bajo las dictaduras tradicionales a condición, claro está, de ganar conciencia sobre la necesidad de superar los límites del propio populismo

Y la *otra* distinción es la siguiente: articulándose sobre un complicado mapa, esos límites han sido de hecho superados en distintos países y periodos por gobiernos a menudo indiscriminadamente por populistas. Por ese motivo citaremos una serie de casos que a nuestro juicio caen dentro del populismo y otros que le escapan, debiendo, en consecuencia, ser caracterizados como distinta alternativa.

Para deslindar los campos

Cuatro agrupaciones distinguimos en el curso del siglo, y hasta los setentas, en el subcontinente.

- 1) Dictaduras tradicionales (Rafael Leónidas Trujillo, en República Dominicana; Alfredo Stroessner, en Paraguay; Anastasio Somoza, en Nicaragua; inclusive dinásticas, como este último).
- 2) Gobiernos populistas, *amagando* responder a los intereses de la burguesía nacional.
- 3) Gobiernos de nuevo tipo, respondiendo a los intereses de la burguesía nacional, o a sectores de ésta, desembocando en retrocesos, como en Bolivia; o en apertura al socialismo, como en Chile. Este último país, en efecto, bajo la Unidad Popular, se dio como meta el socialismo, mas sin poder considerarse que llegara a alcanzar más que una apertura.
- 4) Gobierno de sistema socialista en Cuba.

¿Cuáles son las especificidades de los gobiernos de nuevo tipo, y qué les diferencian de los populistas? En dos palabras, la respuesta es la siguiente: emprenden la vía de la revolución democrática, antiimperialista y agraria al punto de significar cambios de estructura.

Revolución: que se eleva o consolida en el poder una nueva clase, la burguesía, o bien fracciones de ésta.

Democrática: que, coadyuvando en esta tarea, los gobiernos movilizan a sus pueblos, otorgándoles una determinada participación real en el proceso o en algunas de sus etapas. En unos casos con mayor fuerza y claridad que en otros. ¿Quién puede negar ese efectivo pacto popular que se personifica en México en las figuras del gobernante Lázaro Cárdenas y del líder sindical Vicente Lombardo Toledano?

Antiimperialista y agraria: que la burguesía del país dependiente se vuelve contra la burguesía dominante en el continente, llamada imperialismo, y contra los terratenientes. Por mano del Estado expropia capitales extranjeros, notoriamente norteamericanos, y hace la reforma agraria.

Nada de esto se hace en la intención de ceder el poder a la clase obrera, pero, objetivamente, se trabaja en dirección de despejar el camino. El tiempo dirá cual es el desenlace. Mientras tanto coinciden en la coyuntura los intereses de vastísimos sectores sociales. La burguesía, en el sentido que lo decía Carlos Marx de la Revolución Francesa de 1789, pasa a representar los intereses de la nación entera. Cabe pues aquí llamarla, sin vacilaciones, burguesía nacional.

Pasaremos ahora a proporcionar un listado de lo que hemos dado en llamar gobiernos de nuevo tipo. Lejos de ser exhaustivo no pretende más que una mostración de conjunto, intentando tipificar el fenómeno en el subcontinente. Al efecto se ha seleccionado una decena de casos, indicándose país, periodo, gobernante y, si cabe, observación complementaria.

1. Argentina, 1916-22 y 1928-30, Hipólito Yrigoyen.
2. México, 1934-40, Lázaro Cárdenas, cuyas raíces se reconocen en el proceso revolucionario iniciado en 1910.
3. Guatemala, 1944-54, Juan José Arévalo y Jacobo Arbenz: del uno al otro radicalización del proceso y corte, en el último año señalado, por la intervención norteamericana.
4. Bolivia, proceso iniciado en 1952 bajo Víctor Paz Estenssoro, con un destacado periodo de radicalización bajo Juan José Torres, 1970-71, y profundos altibajos que no han excluido lapsos de dictadura de tipo tradicional.
5. Brasil, 1961-64, Joao Goulart.
6. Perú, proceso iniciado en 1968 bajo Juan Velasco Alvarado y más tarde, notoriamente luego de su renuncia a la Presidencia de la Junta Militar, dando muestras de retroceso.
7. Panamá, proceso iniciado en 1968 bajo Omar Torrijos.
8. Chile, 1970-73, Salvador Allende, emprendiéndose en los últimos meses de gobierno medidas tendientes al socialismo.
9. Venezuela, segunda mitad de los setentas, Carlos Andrés Pérez.
10. Nicaragua, proceso iniciado en 1979, Frente Sandinista, gobernando como eje de una coalición democrática.

¿Cuáles son los rasgos tipificantes en estos casos? Nacionalizaciones de los servicios públicos y del subsuelo mineral, notoriamente el petróleo, así como recuperación de otros aspectos del patrimonio, tal la devolución del canal interoceánico en Panamá. Reforma agraria. Diversificación del comercio exterior. Medidas políticas de rescate de la soberanía, sin excluir la solidaridad con movimientos revolucionarios, como lo hiciera Carlos Andrés Pérez de Venezuela respecto del Frente Sandinista de Nicaragua.

Tales medidas de gobierno se encuentran diversamente aplicadas. En unos casos todas, en otros algunas y, particularmente respecto de la reforma agraria, llevada a cabo con distintos grados de profundización: desde el simple reparto de tierras, al reparto con asistencia estatal al campesino, y a

los ensayos regionales de colectivización. En ocasiones las medidas de gobierno se toman bajo signo liberal, en ocasiones no: acentuadamente coercitivo y no parlamentario, como fue la Junta Militar, presidida por Juan Velasco Alvarado, en Perú.

Un par más de aclaraciones

Se trata, insistimos, de gobiernos de la burguesía. Y el hecho de apoyarse en la clase obrera no significa resignar el poder. De ahí que no se excluya, en ocasiones, la descarga de golpes represivos sobre la clase obrera, como ocurriera con la “semana trágica”, bajo Hipólito Yrigoyen, en Argentina. Pero estos episodios no anulan el hecho dominante: que el citado gobernante pusiera el petróleo bajo jurisdicción estatal y que, al pretender su nacionalización total y, simultáneamente, la apertura del comercio exterior con la Unión Soviética a través del ente Yuyamtorg, fuera depuesto por el golpe de Estado del 6 de septiembre de 1930. Golpe que, al decir del escritor norteamericano Waldo Frank, “más que pólvora, olía a petróleo”.

Y, como observación final al tema, el caso de haber incluido a la Unidad Popular. Esta, detentando parcialmente (se encuentra en minoría en el Parlamento y de más en más es vista con desfavor por el Poder Judicial) el gobierno en Chile. Mientras el proceso se circunscribe a nacionalizar el cobre, en manos extranjeras, medida que vota favorablemente la democracia cristiana e incluso el sector parlamentario ultraderechista, a hacer la reforma agraria, nacionalizar la banca y otras disposiciones de rescate de la soberanía y del patrimonio nacional; la burguesía chilena, a pesar del rótulo del socialismo marxista y comunista del gobierno en su rama del Poder Ejecutivo, se abstiene de emblocarse para conspirar tras el golpe de Estado.

Se trata de medidas que no le afectan, comunes a los gobiernos recién agrupados como de nuevo tipo. Las contradicciones se presentan cuando circunstancias históricas, que aquí no entramos a analizar, determinan a la Unidad Popular a expropiar a la burguesía sus fábricas y otros medios de producción. En este punto la experiencia chilena se coloca al límite, en apertura socialista, con los resultados por todos conocidos.

¿Y quiénes son los populistas?

Habiendo antes abordado un sintético tratamiento conceptual y luego deslindando los campos, quedamos ahora en condiciones de enumerar casos enmarcados dentro del populismo latinoamericano. Previo, algunas precisiones:

- a) no hay posible agrupación químicamente pura; dentro del listado de gobiernos de nuevo tipo se advierten periodos de populismo, ligados al fenómeno de retroceso o estancamiento del proceso; y, viceversa, dentro de gobiernos populistas aparecen medidas positivas,

- aun cuando no necesariamente signifiquen cambios de estructura; el voto argentino, por ejemplo, decidido bajo el peronismo, junto al mexicano, en la OEA, no avalando la intervención norteamericana contra la Guatemala de Arbenz, en 1954;
- b) ahora bien, ello no obsta, atendiendo a lo dominante a lo largo de un determinado gobierno, a calificar de populista al peronismo, al igual que otros casos, seleccionados nuevamente hasta completar una decena.

Trátase de los siguientes, abarcando, como hiciéramos en el listado anterior, lo que va del siglo hasta los setentas, según país, periodo, nombre del gobernante o de la corriente política y, si cabe, observación complementaria.

1. Uruguay, 1903-33 y 1947-58, el Batllismo, movimiento liberal bajo cuyos gobiernos se organiza sindical y políticamente la clase obrera, obteniendo reivindicaciones a través de luchas legales; y ganando para el país, hasta entrados los setentas, el calificativo de “Suiza latinoamericana”.
2. Brasil, 1930-45 y 1951-54, el Vargasismo.
3. Ecuador, entre los treintas y los setentas (número récord de periodos de gobierno ejercidos por una misma persona en el continente), José Velasco Ibarra.
4. México, 1940 en adelante; con las presidencias sucesivas a Lázaro Cárdenas, cuenta habida de altibajos, la revolución institucionalizada.
5. Argentina, 1943-55 y 1973-76, el peronismo.
6. Costa Rica, entre los cincuentas y los setentas, José Figueres.
7. Chile, 1952-58, el ibañismo (Ibáñez del Campo).
8. Colombia, 1953-57, Gustavo Rojas Pinilla.
9. Chile, 1964-70, la Democracia Cristiana (Eduardo Frei).
10. Perú, 1963-68, Fernando Belaúnde Terry.

El rasgo común que aglutina este listado, en oposición al anterior, es la ausencia de cambios de estructura. Y si, en algún caso, éstos se hacen presentes en un sector de la economía, resultan tan mal llevados a cabo, o tan a medias, que se dirían deliberadamente despachados al fracaso.

Tales son las nacionalizaciones de ferrocarriles y otros medios de transporte y comunicaciones, efectuadas por el peronismo. Positivas en su iniciativa, las nacionalizaciones resultaron desnaturalizadas en la práctica. Las empresas extranjeras fueron compradas, no expropiadas, significando un injustificado drenaje de divisas. Cumplida la operación, ya se pudo caminar sin obstáculos por los pasillos del Banco Central de la República Argentina.

Y, por lo demás, el material estaba en buena medida fuera de uso. Fue el mismo presidente Perón quien entonces dijo que se había comprado “hierro viejo”. En tales condiciones, ferrocarriles y demás se convirtieron en una

carga abrumadora para el presupuesto estatal y, con el tiempo, en uno de los mejores argumentos librempresistas: ¡vean los resultados de las nacionalizaciones. . .!

Populismo liberal y populismo corporativo

Ahora bien, ese común denominativo que ha colocado en un mismo listado a peronismo y batllismo, a varguismo y Revolución Mexicana institucionalizada, merece sin tardanza una distinción: el signo. ¿Bajo qué signo es colocado el movimiento populista? ¿Corporativo o liberal? ¿Se trata del Estado Novo de Getulio Vargas y de la CGT como rama del peronismo? ¿O se trata de un clima propicio a la democracia y a la organización clasista e independiente del movimiento obrero?

Y esa distinción debe ser considerada atendiendo no sólo en cuanto hace a las medidas de política interna, sino las de orden internacional. Un Estado democrático como el mexicano ha sabido articular esa condición con una política exterior tradicionalmente independiente: respeto al derecho de asilo y solidaridad con los movimientos revolucionarios, combinatoria que permitió a Fidel Castro organizar en suelo mexicano su expedición liberadora del yate "Granma", en 1956; y, luego, ya Cuba socialista, México es el único país del continente que no rompe relaciones con la isla del Caribe, ni se presta a la maniobra del "éxodo", ya en 1980.

Que se solidariza con el Frente Sandinista y rompe relaciones con la Nicaragua de Somoza y el Chile de Pinochet, contribuyendo así significativamente al aislamiento internacional de ambos; donde el presidente de la República no vacila en llamar públicamente a uno genocida y al otro traidor; y, en fin, México, primer país del continente en reconocer a la Unión Soviética, mantiene lazos de amistad e intercambio con todos los pueblos del mundo.

De donde la naturaleza corporativa o no de un Estado, su política interna y exterior, elementos ligados entre sí, son fundamentales para su caracterización. Y que, como tales, pueden decidir a la izquierda, en una determinada coyuntura, a prestar apoyo a un gobierno populista, y dar la medida de ese apoyo.

Perón del '43 y Perón del '73

¿Qué significamos al subrayar el elemento corporativismo? La trampa que se tiende al movimiento obrero otorgándole en primera instancia concesiones de orden economicista. Es el caso del Perón de 1943, poco antes de regreso al país, luego de cumplir un curso en la Italia de Mussolini. Por el contrario, liberalismo significa, en ese aspecto, un marco político propicio para que el movimiento obrero realice su propia experiencia y, en esa medida, eleve su conciencia de clase. Es, vuelto de un largo exilio, el Perón de 1973.

Treinta años atrás, el reemplazo de las tradiciones de lucha del pueblo por el modelo de la Italia de Mussolini. Treinta años después, su modelo es el reencuentro democrático, en una coyuntura política en que ese valor pasa a primer plano: cuando sectores de ideología fascista pugnan activamente por hacerse del aparato del Estado; esfuerzos que, lejos de abandonar, dicho sea de paso, redoblan, infructuosamente, luego de caído el peronismo, en 1976.

Esa distinción, en lo que va de 1943 a 1973, es clave para entender la actitud de la izquierda argentina que dice *no* a Perón en una primera ronda y *sí* en una segunda ronda.

Viejos y nuevos proletarios

Y bien, del peronismo se trata. Dijimos que, luego de abarcar aspectos generales, tomaríamos su caso como prototipo del populismo latinoamericano. A esa tarea nos damos. De entrada, una estadística nos golpea: el aumento en el número de obreros industriales. En un decenio, de 1934 a 1944, pasan de 380 000 a 1 040 000 en Argentina. Es, precisamente, este último año el de la catapulta política del coronel Perón desde su puesto al frente de la Secretaría de Trabajo y Previsión. Una serie de demandas económicas de la clase obrera, largamente postergadas, son de inmediato satisfechas. Y el nombre del coronel Perón, “coronel del pueblo”, comienza a circular y crecer, particularmente entre ese *nuevo* proletariado.

Había cesado la inmigración, venida desde el extranjero. Con motivo de las coyunturas internacionales proporcionadas por las dos guerras mundiales y la crisis de 1929, la industria liviana argentina estaba en franca expansión. Al llegar los cuarentas necesitaba urgentemente mano de obra. ¿De dónde obtenerla? De las migraciones internas. Lanzó su apelación al campo, a las pampas, en un momento propicio: cuando en ellas el desempleo crónico y la explotación de los terratenientes hacían particularmente difícil las condiciones de vida del peón rural y, aun, del campesino pobre.

Un país marchó sobre otro. El país de las pampas se movilizó hacia las ciudades, particularmente hacia el llamado Gran Buenos Aires, donde formó un extenso cordón proletario en viviendas de emergencia, conocidas como “villas miseria”. Tal cual da cuenta la estadística antes citada, la afluencia se multiplicó de los treinta a los cuarentas. La vida en las ciudades continuaba siendo difícil. . . hasta que un buen día una serie de demandas económicas comenzaron a ser aceleradamente satisfechas. ¿Quién había obrado el milagro? Un coronel instalado al frente de la Secretaría de Trabajo y Previsión. ¿Qué era necesario hacer? Pues nada más que concurrir ante él y pedir.

Esta súbita generosidad despertó, como es obvio, la desconfianza del *viejo* proletariado, forjado en las tradiciones de lucha e ideológicas europeas. Sabían que el fascismo había recurrido a métodos de captación populistas. Pero cautivó al *nuevo* proletariado. Apenas llegado del fondo del país,

no estaba prevenido. Casi ni noticias había tenido de las guerras mundiales y del fascismo: un ruido lejano, que no le concernía.

Un líder resultó más confiable que la virgen

¿Cuál era su ideología dominante? La propia del campesino. Un medio donde la naturaleza aparece como omnipotente. Si llueve, los campos se transforman en florecientes cultivos hasta donde se pierde la vista. Si no llueve, las cosechas fracasan y recrudece la miseria. Son hechos que el hombre no domina, sujetos a poderes sobrenaturales, muy al contrario de cuanto ocurre en una fábrica: allí el proletario, junto a la máquina, ve cómo los bienes de producción son obra de sus manos.

¿Qué hace el peón rural o el campesino cuando no llueve sobre los campos? Saca la virgen a la calle del pueblo, y marcha en procesión, rogando a los cielos por la lluvia. Si ésta por fin cae, su plegaria ha sido escuchada. Si no cae, en su culpa está expiando sus pecados. Apenas llegado a las ciudades, proletario de primera generación, las máquinas, a las cuales se adapta poco a poco, todavía guardan para él un sentido mágico. Y el *viejo* proletario, sin sospechar la trampa que se cierne sobre sus cabezas, descuida la educación clasista del *nuevo* proletario.

Nada falta, está montada la escena. Un coronel paternalista reemplazará en las ciudades la virgen de los campos. Con la ventaja que la virgen a veces fallaba, y el coronel no. De donde un *slogan* se pone en boga: “Perón cumple.” Y todo un aparato mitológico acompaña inteligentemente la satisfacción de inmediatas reivindicaciones económicas. La dignificación de la mujer, largamente postergada en la sociedad argentina, estará personificada en Evita, la compañera de Perón. El antiimperialismo en el *slogan* “Braden o Perón”, siendo el primero el embajador norteamericano, cuando éste comete la torpeza de intervenir en la política interna argentina y la oposición antiperonista, incautamente, le deja hacer.

Del misticismo al paternalismo, el *nuevo* proletario, y sus hermanos y padres que quedaron en las pampas, quienes reciben sus cartas llenas de alborozo y quienes, además, son directamente favorecidos por el *Estatuto del peón*, dictado a inspiración del mismo coronel, están ya condicionados: depositarán su confianza y su voto por Perón. Serán, orgullosamente, sus “descamisados”. El barco, no obstante, podrá hacer agua por algún costado. Pero ese consenso entusiasta le permitirá al coronel cerrar el círculo: administrar discriminadamente la represión para que la voz de los opositores se escuche lo menos posible.

Un líder que ya no es tan confiable

Perón no sólo se reúne con los obreros. Lo hace con los industriales, y acaba convenciéndoles del negocio: acelerar el reclutamiento de mano de obra, reemplazar lo revolucionario por lo reformista de modo que los cen-

tros de poder dejen de estar amenazados, conducir los subalternos a control, otorgar mayor espacio político a la burguesía frente a los terratenientes. ¿El precio? La redistribución de la renta en un momento de expansión industrial.

La burguesía argentina está dispuesta a pagar ese precio, siempre y cuando no se excedan los límites fijados. No está dispuesta a la audacia. Nada de medidas propias de lo que dimos en llamar gobiernos de nuevo tipo. Perón da garantías: los “descamisados” están bajo mi control, y yo soy tan empresario como ustedes: ustedes se capitalizarán económicamente, yo me capitalizaré políticamente; y, por lo demás, agrega el coronel, las fuerzas armadas están tras de mí.

El último argumento no era desdeñable. El golpe de Estado militar era una realidad en el país desde 1930 y, por lo demás, el peso de las fuerzas armadas en el subcontinente no haría sino incrementarse con el correr del tiempo. Los ejércitos, como la Iglesia, han pasado a jugar un papel protagónico. No caben los esquemas que situaban a estas instituciones como uniformemente retrógradas. Los ejércitos latinoamericanos, que en particular nos interesan dada la extracción de tantos gobernantes de nuestros países, dejan un saldo ambivalente: desde un general Lázaro Cárdenas o un coronel Jacobo Arbenz, a un general Augusto Pinochet en Chile o un general Juan Carlos Onganía en Argentina, hechos, estos últimos, a la ideología y a la práctica fascistas. Y, entre ambos extremos, la más variada gama. Se impone, pues, un análisis concreto, cuidadoso y diferenciado de cada caso en que las fuerzas armadas, o uno de sus miembros, asuman el gobierno.

Y bien, hecha esta salvedad, el negocio entre los empresarios y Perón, concretado en 1943-46, ¿en qué fue a parar? En las medidas adoptadas en los últimos años de su primera ronda de gobierno, particularmente en 1950-55. Veamos.

La redistribución de la renta favorable al pueblo y notoriamente la clase obrera, fue a parar al Congreso de la Productividad, donde la burguesía decide una mano dura: aumentos de salarios sólo a cambio de mayor explotación. Queda así planteado el conflicto. Que se agudiza tiempo después, cuando 30 000 obreros metalúrgicos, su gremio en huelga, rompen sus *car-nets* de afiliación en la plaza Martín Fierro de Buenos Aires, decidiendo darse una dirección propia, independiente y opuesta a la peronista CGT.

Las nacionalizaciones van a parar a los contratos petroleros con la California, precedidos por la ley 14 222 de generosa apertura a los capitales trasnacionales. Por primera vez en la historia argentina un gobernante se decidía a ceder áreas de explotación a una subsidiaria en la *Standard Oil*. Pero no solamente eso: los contratos involucraban concesiones territoriales, verdaderas bases extranjeras en suelo argentino.

¿Y el antiimperialismo del *slogan* “Braden o Perón? No obstó a la ratificación del pacto de Río de Janeiro, el cual establece compromisos para el caso de una guerra donde fueran involucrados los Estados Unidos. Lo más notable es que, años después, un libro titulado *La hora de los pueblos*, edi-

tado en Madrid en 1968, definiera ese pacto como de inspiración yanqui, consistente en un instrumento internacional que prácticamente ataba el país al imperialismo. . . ¿su autor? Un tal Juan Domingo Perón.

Los contratos petroleros no alcanzaron a ser ratificados. El golpe de 1955 interrumpió su tempestuoso tratamiento parlamentario, mientras los sindicatos del rubro organizaban manifestaciones, y la represión se evidenciaba impotente: la Iglesia, provocada, se levantaba en contra y el país repudiaba el asesinato y tortura del médico comunista Juan Ingalinella. La tradición nacionalista de defensa del petróleo y las reservas democráticas de la nación entraron a jugar en primer plano. Pero no siempre las causas justas dan resultados justos. En la ocasión fueron utilizadas para una salida equívoca, el nuevo golpe de 1955. Perón, luego de abandonar la presidencia, partió al exilio.

Se cierra así la primera ronda de su gobierno. La segunda, bien diferente, y mucho más breve, fue ya antes caracterizada. Entre ambas, el exilio objetivamente benefició a Perón. Hizo olvidar los últimos años de su primera ronda y resaltó los iniciales; a tal punto los gobiernos subsiguientes, en coyunturas menos favorables, resultaron, comparativamente, “avaros”. Ello, dicho sea sintéticamente, hizo posible la segunda ronda. Ateniéndonos a los hechos, el peronismo puede periodizarse así:

- 1) 1943-55. Golpe, primera y segunda presidencias de Perón, golpe.
- 2) 1955-73. Exilio de Perón (cortado, si se quiere, por una breve estadía en Argentina, fines de 1972).
- 3) 1973-76. Presidencia de Héctor Cámpora, luego de Perón y, a su muerte, de Isabel Perón, golpe de Estado del 24 de marzo.
- 4) 1976. . . , periodo en curso.

Pues, insistimos, el ciclo del peronismo no se ha cerrado. Continúa siendo la corriente cuantitativamente mayoritaria dentro del espectro político argentino y al seno de la clase obrera. ¿Cuáles son los cambios cualitativos ocurridos entretanto dentro del peronismo? ¿De qué manera su base y sus dirigentes han asimilado la experiencia de los desgarrantes últimos setentas? Difícil es todavía hacer una valoración y contestar los interrogantes.

Para unas conclusiones

La conciencia nacional, forma que hoy adopta la conciencia de clase en este tipo de países, exige recomponer lo disociado: las tradiciones que, como apuntáramos, les vienen a los obreros argentinos desde el siglo pasado, con esa masa de *nuevos* proletarios cuya adhesión al peronismo no es, por cierto, un hecho inmutable.

¿Encontrará un día “La Internacional” el camino de regreso a los labios? *Viejos* y *nuevos* proletarios darán la respuesta. Entretanto, tal otros populismos latinoamericanos, el peronismo habrá dejado su página escrita.

Como ese interludio en que los pueblos avizoran ya la necesidad de los cambios, y tras ellos se movilizan, pero, no decididos aun a pagar el precio, delegan su "ser para sí" en el líder carismático. Lo que está en juego es, ni más ni menos, el proceso de formación de la conciencia nacional que, en diversos grados, corporiza bajo los que hemos llamado gobiernos de nuevo tipo.

¿Significan éstos la respuesta completa a los cambios que los tiempos demandan? Seguramente, no. Pero sí una alternativa al populismo, tal vez la más viable, la de mayor inserción posible, cuenta habida de las vicisitudes históricas del siglo latinoamericano; y la que con mayor dosis de seguridad permita crear condiciones para, en su hora, acceder a la respuesta completa.

CÁRDENAS, VARGAS Y PERÓN, UNA CONFLUENCIA POPULISTA

WERNER ALTMAN

I. *América Latina*: Antecedentes de la etapa populista

Algunos países latinoamericanos, como es el caso de México, Brasil y Argentina, experimentaron, a partir de inicios del siglo actual, un proceso de industrialización que antecedió al de las demás naciones latinoamericanas.

La característica básica de esta industrialización inicial es su complementariedad con la economía primario-exportadora, en la medida en que su desarrollo dependía de la expansión de las exportaciones.

Por su naturaleza intrínseca se caracterizaba por la instalación de industrias de bienes de consumo —tejidos, confecciones, alimentos elaborados— que la expansión de las exportaciones hacía posible.

Sin embargo, este desarrollo industrial presentaba una limitación básica en la medida en que no surgía de una estructuración industrial diversificada sino del aumento de unidades de producción similares a las ya existentes, lo que se conseguía a través de la importación de equipos.

La oferta de mano de obra era relativamente abundante y propiciaba un refuerzo al mercado interno, pues se beneficiaba de una tasa de salarios superior a la media del país, e inclusive, a veces, colocaba en condiciones de consumidores monetarios a importantes contingentes humanos antes dedicados a actividades precapitalistas.

Esto constituía un refuerzo considerable al mercado interno. De esta manera, en el decir de Celso Furtado, el “sector industrial se comportaba como un multiplicador de empleo del sector exportador”.¹

Este proceso se veía, además, incrementado por las posibilidades de financiamientos para adquisición de equipos y tecnología en el exterior, lo que impedía, a su vez, que la industria latinoamericana superara el nivel del sencillo procesamiento de materias primas o el acabamiento de bienes de consumo importados semielaborados.

A partir de la década de 1920 este proceso inicial de industrialización para complementar la economía agraria exportadora se estanca, para cambiar de inflexión a partir de la crisis de 1929.

¹ Celso Furtado, *La economía latinoamericana desde la conquista ibérica hasta la Revolución Cubana*, Siglo XXI, México, 1973, p. 108/109.

Tanto en México como en Argentina y en Brasil, la participación del sector industrial en el PIB se mantuvo básicamente en índices estacionarios en la década de 1920. En 1929 estos índices eran: Argentina, 22.8%; México, 14.2%, y Brasil, 11.7%.²

La crisis de 1929 tuvo una profunda influencia sobre los rumbos de este proceso de industrialización siendo, inclusive, el marco detonante de una segunda etapa de industrialización en Argentina, México y Brasil.

Si antes la característica de la industrialización era su complementariedad con la economía primario-exportadora, a partir de la crisis mundial del capitalismo el proceso se veía incrementado cuando éstas declinaban. El proceso de industrialización se veía, por tanto, inducido a partir de la disponibilidad de capitales excedentes de la economía primario-exportadora.

“La Depresión y la Segunda Guerra Mundial crearon un periodo relativamente largo y continuo de crisis en el comercio internacional, que representó una oportunidad decisiva e irreversible para la industrialización a través de la sustitución de importaciones.”³

La industrialización se torna, de este modo, resultante directa de la retracción de las posibilidades de reinversión, enfatizando, así esta nueva característica: la de que los procesos de industrialización se produzcan en momentos de crisis de las exportaciones. Una vez superada la crisis de la economía agraria —exportadora, la crisis, o la disminución del crecimiento— golpeará a la industrialización, configurando una complementariedad invertida, típica de una economía dependiente.

La crisis de 1929 suprime la capacidad de importar, contrae al sector exportador e interrumpe los canales de financiamiento internacional, acarreando la expansión del sector industrial ligado al mercado interno, lo que configurará un proceso de sustitución de importaciones. Se busca substituir los bienes anteriormente adquiridos en el exterior.

Este hecho es particularmente visible en los tres países en cuestión, países que tuvieron la primera fase de industrialización y en donde creció, en esta segunda etapa, el coeficiente de industrialización, como lo demuestra el cuadro siguiente:

² CEPAL, *El proceso de industrialización en América Latina*, anexo estadístico, 1966.

³ Maria da Conceição Tavares, *Da Substituição de Importações ao Capitalismo Financeiro*, Zahar Ed., Río de Janeiro, 1972.

EVOLUCIÓN DE LOS COEFICIENTES DE INDUSTRIALIZACIÓN

(Producción industrial basada en series del PIB y calculada a precios de 1960)

	ARG.	MEX.	BRA.
1929	22.8	14.2	11.7
1937	25.6	16.7	13.1
1947	31.1	19.8	17.3
1957	32.4	21.7	23.1

FUENTE: CEPAL, *op. cit.*

Simultáneamente disminuyeron de forma considerable los coeficientes de importación:

COEFICIENTES DE IMPORTACIÓN

(Estimación a partir de series del PIB y calculados a precios constantes basados en 1960)

	ARG.	MEX.	BRA.
1929	17.8	14.2	11.3
1937	13.0	8.5	6.9
1947	11.7	10.6	8.7
1957	5.9	8.2	6.1

FUENTE: CEPAL, *op. cit.*

La disminución de la capacidad de importar permitió que el núcleo inicial surgido anteriormente fuera utilizado con mayor intensidad.

INCREMENTOS PORCENTUALES DE LA PRODUCCIÓN INDUSTRIAL

(Intensidad del proceso de industrialización)

	1929/37	1937/47	1947/57	1929/57
ARGENTINA	23	73	50	220
MEXICO	46	86	98	407
BRASIL	42	82	123	475

FUENTE: CEPAL, *op. cit.*

El incremento de la producción industrial arriba demostrado es el de la industrialización por sustitución de importaciones, que descansa sobre la base de un proceso inicial de industrialización, como el ocurrido en los tres países en cuestión, que ya poseían un significativo núcleo de industrias de bienes de consumo corriente.

De esta forma, las industrias ya establecidas pasaron, por lo general, a utilizar más intensivamente los equipos ya existentes, aumentando también los turnos de trabajo, lo que venía al encuentro de la elasticidad, ahora mayor, de la mano de obra ocasionada por la crisis del sector agrario-exportador.

Esta crisis del sector de exportación permitió, por otra parte, la transferencia de recursos financieros ahora disponibles para las actividades industriales.

Así, la anterior complementariedad pasa a ser sustituida crecientemente por una oposición entre el desarrollo industrial y las actividades agrario-exportadoras.

Al Estado estará reservado, naturalmente, importante papel en este incremento de la producción industrial. El intervencionismo gubernamental crecerá en el juego de los intereses privados.

Por otra parte, el poder en el Estado es disputado, en esta fase de la industrialización sustitutiva, por diferentes sectores, tanto los tradicionales agrario-exportadores como la burguesía industrial en ascenso y los grupos medios urbanos.

El proletariado y demás sectores populares jugaron el papel, en algunos casos, de objeto de dominación y en otros el de base de sustentación.⁴

Claro que el grado de diversificación de las diferentes economías nacionales y las peculiaridades histórico-sociales de cada país contribuyeron fundamentalmente para la connotación específica que el proceso adquirió en cada uno de ellos.

Otro aspecto que no se ha examinado suficientemente en los estudios que se hicieron sobre esta etapa histórica latinoamericana, es el examen específico de la actuación de las clases subalternas como factor constitutivo, en un ámbito de determinación interna, de los regímenes populistas. Las dificultades de formación y desarrollo de los movimientos populares, tales como partidos y sindicatos, son también factores constitutivos o determinantes de la continuidad de los regímenes populistas.

De cualquier manera, es indudable que la actuación popular está en la raíz del "redistribucionismo" social y económico que se expresa en toda la legislación social, así como también en el reforzamiento de la dominación vigente, en la medida en que la coincidencia de intereses de la burguesía in-

4 Fernando H. Cardoso y E. Falletto hablan de los llamados sectores populares integrados por tres componentes típicos: la clase obrera, la masa popular urbana y la masa agraria. Cardoso, Fernando H. y Falletto, Enzo, *Dependencia y desarrollo en América Latina*, Siglo XXI, México, 1973, p. 105.

dustrial y las capas medias urbanas contribuyeron para el fortalecimiento de la expansión económica nacional que se orientó hacia el ensanchamiento del mercado interno.

Así, el diferente grado de participación popular contribuye de forma decisiva para las diferentes connotaciones que el populismo adquirió en Argentina, México y Brasil.⁵

En el presente ensayo analizaremos el papel del Estado y de sus dirigentes en México, Argentina y Brasil (régimenes de Cárdenas, Perón y Vargas).

Buscaremos una comprensión de la etapa populista —tan rica de significados y tan compleja a la vez— como conjunto, y a la vez indagaremos las características específicas de estos régimenes.

Posteriormente, en el ámbito de la ampliación de la monopolización de la economía con los correspondientes golpes militares en el plano político —solamente México es excepción en este particular— la inserción de las economías latinoamericanas en las esferas del capitalismo internacional será el final de la trayectoria que la etapa populista —aunque sus propósitos puedan haber sido diferentes— preparó y estructuró originalmente.

Así, la anterior complementariedad pasa a ser sustituida crecientemente acción del Estado y la consecuente planeación económica debe vigilar de forma directa a la extracción de plusvalía en el conjunto de la economía, pues de lo contrario no interesará al sistema como un todo.

Ejemplo reciente de este hecho está dado por la Unidad Popular en Chile (1970/73), cuando la planeación estatal no vigilaba la extracción de plusvalía, lo que terminó en la crisis protagonizada por la reacción de la clase dominante.

Según Milton Santos, actualmente,

... en el Tercer Mundo, el Estado prepara las condiciones para que las mayores empresas, sobre todo las extranjeras, puedan apropiarse de la plusvalía social local, que envían para fuera o utilizan para incrementar sus activos y aumentar, de este modo, sus posibilidades de ampliar la propia plusvalía.⁶

De esta manera, el “desarrollo autosostenido”, resultante natural del desarrollo capitalista espontáneo en la América Latina, será sustituido por una nueva modalidad de dependencia y de dominación imperialista. El Estado pasa, crecientemente, a intervenir en la esfera productiva, en el ciclo mismo de la reproducción del capital.

El creciente intervencionismo del Estado es protagonizado por el Poder Ejecutivo en detrimento del Poder Legislativo, que es fundamental-

⁵ Fernando H. Cardoso, y E. Faletto, hablan de Populismo de Libre Empresa para el caso argentino; Populismo de Alianza Desarrollista para el caso de Brasil y Populismo de Estado Desarrollista para el de México, *op. cit.*

⁶ Milton Santos, *Espaço e Sociedade*, Ed. Vozes, Petrópolis, Río de Janeiro, 1979, p. 31.

mente expresión de los intereses sectoriales de la población. El Ejecutivo pasa a organizar el conjunto de la intervención económica y esto escapa al Legislativo, propiciando así una mayor concentración de poderes en beneficio del Ejecutivo en el ámbito del Estado reforzado en una economía que se monopoliza.

El antagonismo del Estado latinoamericano en relación al imperialismo se quedará en el pasado. La nueva realidad configurará una integración cada vez más plena con las esferas de dominación del capitalismo internacional. En la síntesis de Florestan Fernandes,

Además de ser un “Estado de clase” y un “Estado Burgués”, el Estado capitalista de la periferia contiene un *elemento político propio*: él asocia (sin conseguir eliminar o amortiguar las contradicciones existentes) el imperialismo, las multinacionales, y la “burguesía nacional”, convirtiéndose en el pilar, en el mediador y hasta en el artífice de los eslabones estructurales y dinámicos de la periferia con el centro.⁷

Lo que implica, naturalmente, mayores y más urgentes esfuerzos en términos de la liberación latinoamericana. Las masas populares ya no pueden contar con la ilusión del apoyo de un Estado desarrollista, nacionalista. El desafío es mayor, pero también más prometedor. Acostumbradas muchas veces a descansar sus imposibilidades en el Estado nacionalista, o en clases sociales antagónicas, ahora están delante de desafíos concretos y libres de compañías claudicantes para dar saltos de calidad en dirección de la liberación latinoamericana.

Y a los estudios latinoamericanos en general —y a los Centros de Estudios Latinoamericanos en particular— está reservado el importante papel de partir del examen científico de la cruenta verdad del pasado, apuntando a ensanchar siempre más las que deben ser las luminosas verdades del porvenir liberatorio latinoamericano.

II. México, Brasil y Argentina en la etapa populista

1. *El Concepto de Estado*

Históricamente la emergencia del Estado como instancia consolidada está vinculada al ascenso y expansión del sistema capitalista de producción.

El Estado absoluto (*ab-solutum*= por separación) intentaba separarse de los intereses sociales en conflicto para colocarse en una posición suprema y desde ahí funcionar como instancia arbitral. Cobrar tributos, organizar y controlar la máquina administrativa, impartir justicia y monopolizar la fuerza militar nacional son expresiones de esta autonomía. Sin embargo, frente a la realidad medieval anterior, el Estado se constituyó en una entidad que se

⁷ Florestan Fernandes, *Apontamentos sobre a Teoria do Autoritarismo*, Ed. Hucitec, São Paulo, 1979. p. 40/41.

aislaba, no tanto de las clases sociales sino de la nobleza feudal, la clase social hasta entonces dominante.

A partir del siglo XV, en que el capitalismo toma forma, crece este proceso por el cual el Estado pasa a tener la pretensión de actuar como árbitro, justificándose a sí mismo como encarnación y realización del orden (término explicativo de la dominación de una clase sobre otra), la justicia y, más tarde, el bien común (expresión del sentido globalizante que correspondería a los intereses generales, imposibles, por cierto, de representar en términos de igualdad).

Este proceso es expresión de la especificidad del ascenso de la burguesía. Las clases dominantes anteriores habían sido esencialmente conservadoras por su concepción estática de la historia. Era una concepción de casta cerrada que no tendía a elaborar el paso orgánico de las demás clases a las suyas, a ampliar su esfera de clase, objetiva e ideológicamente.

La burguesía, por el contrario, se presenta como un “organismo” en continuo movimiento, capaz de absorber a toda la sociedad, “trayéndola” a su nivel cultural y económico. Esta realidad llevada a su fin último, lo que de hecho no ocurre, acarrearía el fin del Estado.⁸

En verdad, el Estado capitalista asume una autonomía relativa en relación a las clases sociales, condición garantizadora de la reproducción del sistema. Esta entidad autonomizada es, por tanto, emanación del propio sistema capitalista. Su oposición a las clases sociales es una oposición relativa, en la medida en que necesita incluso enfrentar los intereses particulares del capital individual. El Estado acaba actuando, de esta manera, como capitalista global, como vértice del capital global idealizado.

La concepción de Estado, a su vez, ha seguido de un modo general la propia marcha del Estado en este avanzar en dirección de su “autonomía relativa”.

El Leviatán de Hobbes surge, así, como entidad imponente, capaz de garantizar la paz (eso es, el orden) y la seguridad comunes, capaz de hacer que cada hombre diga

yo autorizo y cedo mi Derecho de gobernarme, en favor de ese Hombre, o de esa Asamblea de Hombres (. . .). Hecho eso, la multitud así unificada en una sola Persona se denomina una Comunidad (Common-wealth), en latín, *Civitas*. Esa es la Generación del Gran Leviatán, o antes (para hablar con más reverencia) de ese Dios Mortal, al cual debemos, debajo del Dios Inmortal, nuestra paz y defensa.⁹

Lo anterior evidencia la creencia de Hobbes en la precedencia de la sociedad en relación al Estado, lo que ocurre también con los filósofos de la época Iluminista, como Rousseau. Para éste,

⁸ Véase Antonio Gramsci, *La política y el Estado moderno*, Ediciones Península, Barcelona, 1971. p. 176.

⁹ Thomas Hobbes, *O. Leviatán* —citado por Maritain, Jacques, *O Homem e o Estado*, Ed. Agir, Río de Janeiro, 1952. p. 51/52.

¡... solamente la voluntad general puede dirigir las fuerzas del Estado de acuerdo con la finalidad de su institución, que es el bien común, porque, si la oposición de los intereses particulares tornó necesario el establecimiento de las sociedades, fue el acuerdo de esos mismos intereses que lo possibilitó!¹⁰

Fue Hegel quien por primera vez insistió en la importancia de la teoría rousseauiana del contrato social como consecuencia de una voluntad. Hegel retoma la “voluntad general” rousseauiana, pero le invierte la inflexión, en la medida en que a través del Estado ella se funde con la voluntad subjetiva de cada individuo. Este filósofo invierte, por tanto, la precedencia de la sociedad en relación al Estado como fue formulada desde Hobbes hasta Rousseau:

Si la marcha del concepto científico hace aparecer el Estado como un resultado, cuando él mismo es el verdadero fundamento, es porque esta mediación y esta ilusión se cancelan ellas mismas en lo inmediato. Es porque en la realidad el Estado es en general bien antes el primero. Es en su seno que la familia se desarrolla en sociedad civil y es por la propia idea de Estado que se divisa en estos dos momentos.¹¹

La precedencia del Estado en relación a la sociedad le da el carácter de la propia virtud concretizada, en la medida que es el asegurador no solamente de la paz —lo que implica orden y propiedad— sino también de la libertad (concepto desconocido por Hobbes) y el predominio de la razón, con lo que se concilian los intereses particulares de los hombres con los del ciudadano y se superan todas las formas de enajenación.

Según la observación de Fernando Henrique Cardoso:

El pensamiento hegeliano da al Estado un carácter de armonizador general: los términos en contradicción, el interés particular y el interés general forman, por la mediación fundamental del Estado, un todo que sintetiza las contradicciones y elimina la enajenación inicial.¹²

Con Marx la visión hegeliana se invertirá nuevamente, pero la superación de la enajenación no será tarea de la sociedad como un todo, sino de un sector, o mejor, de una clase social específica —el proletariado— que emergerá actuando en el sentido de la abolición del Estado como *conditio sine que non* de la realización de los intereses sociales de los hombres. La revelación del carácter de clase del Estado y la determinación económico-social

¹⁰ Jean Jacques Rousseau, *Do Contrato Social*, Obras Políticas II. Ed. Globo, Porto Alegre, 1962. p. 45.

¹¹ Hegel, *Principles de la Philosophie du Droit*, Paris. p. 296.

¹² Fernando Henrique Cardoso, “Estado Capitalista e Marxismo”, en *Estudos CEBRAP*, São Paulo, núm. 21, jul-ago-set, 1977.

de la política serán la añadidura fundamental y definitiva que Marx dará a su comprensión.

Así, el devenir histórico estará dado por la lucha de clases, cuya culminación será la abolición de la dominación de clase, lo que implica la abolición de su expresión política, el Estado.

El Estado se constituye para Marx inequívocamente en una superestructura que sin disolverse íntegramente en la clase dominante es determinada a través de múltiples mediaciones por su infraestructura socioeconómica. Es una superestructura organizadora de la dominación lo que da oportunidad a que en el *Manifiesto*, Marx y Engels lo vean como Comité Ejecutivo.

En otras obras, teniendo presente la esfera especial de actuación en términos de gestión y administración de los negocios públicos acrecentada por el aumento constante de la burocracia, llaman la atención sobre esta autonomía relativa del Estado. Autonomía provisional o hasta ilusoria. En *La ideología alemana* afirman explícitamente: "El Estado se constituye, así, en *potencia autónoma en la apariencia* y, hasta nuestros días, conservó en Alemania esta posición que, en los otros países, no fue sino pasajera, un simple estadio de transición."¹³

En *El 18 Brumario*, la caracterización del Estado bonapartista es sintetizada en la frase:

Es bajo el segundo Bonaparte cuando el Estado *parece* haber adquirido una completa autonomía (. . .) y, sin embargo, el poder del Estado no flota en el aire. Bonaparte representa a una clase, que es, además, la clase más numerosa de la sociedad francesa: los campesinos parcelarios.¹⁴

Esta caracterización del Estado supera evidentemente la visión simplificada de que el Estado burgués fuera un mero instrumento de la burguesía que lo habría creado y lo usaría a su arbitrio. La existencia del Estado burgués no hace que sea una simple agencia o instrumento de la burguesía. Esta expresión utilizada por Lenin no debe ser interpretada de forma meramente instrumentalista, sino vista dentro del contexto en que Lenin la utilizó, eso es, en términos de combate a la visión neutral del Estado, contra la visión del Estado definido como una burocracia estatal autónoma en relación a las clases sociales. Por otra parte, esta idea leninista era una necesidad determinada por las enormes tareas revolucionarias a que estaba dedicado.

Lenin sigue esencialmente las concepciones de Marx concernientes al Estado, insistiendo en el carácter de clase de la institución y en la lucha de clases como origen de la abolición de la dominación de clases y de la consecuente extinción del Estado.

Queda evidenciado, por tanto, que para asegurar la propia reproducción

¹³ Karl Marx y Friedrich Engels, *L'ideologie allemande*, Ed. Sociales, Paris, 1968. p. 222.

¹⁴ Karl Marx y Engels, *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*, Obras Escogidas de Ed. Progreso, Moscú, 1955. p. 313.

del sistema, el Estado capitalista asume una *autonomía relativa* en relación a las clases sociales.

Se caracteriza por ser una entidad autonomizada justamente por ser una emanación del sistema capitalista. Se opone, de este modo —relativamente— a las clases sociales. Necesita colocarse aparte, e incluso enfrentar los intereses particularistas del capital individual vigilando a la economía en su conjunto.

En términos latinoamericanos, en la etapa populista, esta *autonomía relativa* en relación a las clases sociales, a nivel interno, encuentra una correspondencia ampliada en la esfera del *antagonismo relativo* en relación al imperialismo. La tentativa de consolidación del mercado interno en la cual la burguesía industrial está empeñada en el ámbito de su crecimiento social y de su peculiar relación con el proletariado —empeñado también en convertirse en *clase para sí*—, determinan el alzamiento del Estado a la condición de organismo de choque frente a la acción imperialista de las grandes potencias.

El Estado populista centralizará, por tanto, la resistencia posible de las clases sociales empeñadas en la construcción de la autonomía nacional.

2. México: El Estado y la Unidad Nacional Cardenista

Durante la década de 1930 importantes sectores de la economía mexicana permanecían en manos del capital extranjero (minas, petróleo, energía, transportes, por ejemplo).

La destrucción de la antigua estructura agraria de poder por la Revolución Mexicana no afectó, por lo menos, en la misma medida —o solamente de forma indirecta— al capital extranjero. Además de eso tuvo una contrapartida directa en la derrota militar de las milicias campesinas —justamente las iniciadoras del proceso revolucionario— por parte de la nueva e incipiente burguesía emergente de la Revolución.

Con un proletariado poco consistente y fragmentado por la existencia, incluso de organizaciones paralelas, el Estado pasará a jugar —sin el apoyo de capas populares estructuradas— un papel de creciente relevancia en el sentido de impulsar el proceso de industrialización.

El gobierno de Cárdenas (1934/40) se vio frente a la necesidad de crear un mecanismo rápido de acumulación de capitales y de lograr mejores condiciones de negociación con las compañías extranjeras. Impedir el reacomodo de fuerzas agrario-exportadoras poderosas, antes de la Revolución, era otra tarea que el régimen de Cárdenas presentaba como relevante.

La consecución de estas necesidades de la nueva burguesía mexicana sería factible a través de la iniciativa del Estado: organizar el movimiento campesino y obrero, subordinando estos grupos al propio Estado.

En verdad, el Estado mexicano contemporáneo se estructuró a raíz del proceso revolucionario iniciado en 1910. A partir de ahí arranca su originalidad, así como los factores diferenciales del desarrollo histórico mexicano

comparado, dentro del contexto latinoamericano, con los casos argentino y brasileño.

En el segundo decenio de este siglo hay dos procesos revolucionarios paralelos: la insurrección campesina encabezada por Zapata y Villa, y la revolución burguesa, dirigida por Madero y Carranza. Hay, por tanto, la coincidencia temporal de la intervención política y militar de dos clases diferentes y antagónicas.

Lázaro Cárdenas será entonces el ápice de un proceso que desde el principio visualizaba la estructuración del Estado en función de la integración y subordinación de las masas campesinas que se habían mostrado capaces de constituir sus propios ejércitos y movilizar decenas de miles de trabajadores agrícolas, hecho que no ocurrió ni en Argentina, ni en Brasil, donde la estructuración del Estado no involucraba el desarme campesino.

En los años veinte los ejércitos campesinos fueron derrotados militarmente. Después, la desmovilización campesina continuó con la legislación agraria. Esta, sin embargo, fue prácticamente abandonada en la medida en que la derrota campesina dejaba de significar una amenaza para la nueva burguesía que emergía de los eventos revolucionarios. Entonces, por ejemplo, los repartos de tierras disminuyeron y las mejoras salariales beneficiaban apenas ciertos núcleos obreros.

La meta principal de la nueva burguesía era la de estabilizar el régimen a través de la contención y la absorción de todo lo que pudiera conducir a la organización independiente del movimiento campesino y obrero con relación al Estado. Hay que observar aquí que, en comparación con el campesino, el movimiento obrero era en gran medida apenas naciente, de poca expresividad, como reflejo de una industrialización de poca envergadura.

Así, ya en los tiempos de Alvaro Obregón presenciamos la existencia de una burocracia sindical organizada, cuya actuación se dirige en el sentido de atar el movimiento obrero al Estado (El Partido Laborista y la CROM de Morones y el Partido Agrarista de Soto y Gama fueron instrumentos políticos decisivos de esa sumisión al obregonismo).

Dentro de una perspectiva mundial, el gobierno de Calles (1924-28) coincide con los momentos posteriores a la derrota de la Revolución Socialista Alemana en 1923; los gobiernos del Maximato, a su vez, coinciden con los efectos de la crisis mundial de 1929. Después del golpe sufrido con la Revolución Rusa de Octubre de 1917 y la amenaza de la Revolución Alemana, el capitalismo se estabilizaba a nivel mundial. Así, la estabilización de la Revolución Mexicana se insertaba en la esfera mundial de la "recuperación" del capitalismo.

En los proyectos de esta nueva burguesía estaba efectivamente el desarrollo industrial. Sin embargo, había que impedir el enlace del naciente movimiento obrero con los campesinos que se habían mostrado capaces de formar un ejército revolucionario; había que impedir esta "contaminación" del movimiento obrero, en el sentido de evitar la confluencia de tipo semejante a la ocurrida en la Revolución Rusa.

Calles, por tanto, continuó la política de integración del movimiento obrero en el aparato estatal, proceso en el cual jugaba un papel importantísimo y fundamental la burocratización de sus grupos dirigentes. Asimismo, terminó el reparto de tierras, sobretudo el reparto en forma de ejidos, buscando el desarrollo de una pequeña burguesía agraria a través de la pequeña propiedad parcelaria y organizó el Estado y el sistema bancario para afirmarlos como pilares del desarrollo capitalista nacional. Por otro lado, persiguió a la Iglesia por su condición de reagrupamiento político de la oligarquía terrateniente y derrotó a la rebelión cristera. También enfrentó una amenaza de invasión de Estados Unidos (miedo a la expropiación petrolera que era discutida en ciertos sectores del gobierno callista) y reprimió a las fuerzas de izquierda. Entonces, se puede concluir que Calles fue afirmando todos los elementos para una estabilización del desarrollo burgués nacional.

Ahora bien, esta "parálisis" de la vertiente burguesa de la Revolución en el periodo de Calles y el Maximato reveló la posibilidad de un reagrupamiento de fuerzas de antiguos remanentes de la burguesía agraria detentadora del poder político antes de 1910 (la Revolución quitó a esta burguesía el poder político, pero, y el periodo callista lo revela, no todo el poder económico).

El censo de 1930 revela datos impresionantes: 13 444 terratenientes monopolizaban 83.4% del total de la tierra en manos privadas; 668 000 ejidatarios tenían la posesión de tierras que representaban apenas un décimo de lo que estaba en manos de los hacendados; y 2 332 000 campesinos no poseían tierras.¹⁵

Los datos revelan que una de las deficiencias fundamentales de la Revolución había sido la desmovilización y el desarme campesino, con lo que la derrota campesina y la supremacía de la vertiente burguesa de la Revolución quedaban por demás evidenciados. La dirección burguesa de la Revolución implicaba, por tanto, el rechazo y el abandono de las antagónicas masas campesinas.

Por eso, no es de extrañar la aparición, al final del periodo callista, de la contrapartida de estos hechos, esto es, un renacimiento de la lucha social: levantamientos campesinos y huelgas obreras que revelaban un peligro para la estabilidad del grupo gobernante. Y los recuerdos de los campesinos en armas eran todavía muy vividos y presentes.

Empieza, entonces, a quedar claro para sectores de la burguesía nacional que la "Revolución" necesitaba continuar. Y el inicio del crecimiento de esta tendencia que tendrá en Cárdenas su ápice, está ya visible en la reelección de Obregón (1928). El asesinato de éste fue resultado, fundamentalmente, de la radicalización de este sector de la burguesía, el nacional, dentro del grupo gobernante, que condujo a la larga, después del Maximato, a la victoria del cardenismo.

¹⁵ Nathaniel Weil y Silvia, "La Reconquista de México, los días de Lázaro Cárdenas", en *Problemas agrícolas e industriales de México*, vol. VII, núm. 4, octubre-diciembre, 1955. p. 228.

Cárdenas encabezaba el sector del grupo gobernante de mayor sensibilidad y más radical: el que quería llevar adelante el curso revolucionario burgués, inconforme con el estancamiento de la Revolución antes de llegar a sus metas, y que visualizaba en este estancamiento un gran riesgo para todo el proceso.

El *Maximato* había revelado el peligro: con la fundación del *Partido Nacional Revolucionario (PNR)*, éste sólo podía reglamentar hasta cierto punto las disputas entre los diferentes grupos dominantes en choque respecto a la dirección que debería tomar la nación. Asimismo, la manipulación, sin concesiones de las masas obreras y campesinas, no podía impedir ni detener las luchas de éstas.

Asimismo, el Jefe Máximo afirmaba que se debía terminar con todo reparto agrario y dar garantías a la propiedad individual de la tierra, y terminar con el apoyo al ejido favoreciendo a la parcela.

En 1931 surge la primera Ley Federal del Trabajo, que concedía una serie de conquistas laborales a los trabajadores. Pero al mismo tiempo establecía una estrecha reglamentación sobre la existencia y el funcionamiento de los sindicatos y sobre las huelgas. La ley ponía en manos del Estado el derecho de reconocer o desconocer las elecciones y las direcciones sindicales, así como de reconocer o declarar “inexistentes” las huelgas, en cuyo caso los obreros debían levantar el movimiento. Al mismo tiempo, los conflictos laborales empezaban a pasar por un largo y complicado procedimiento de “conciliación y arbitraje”, en el cual el Estado era el árbitro. Así, los sindicatos se convertían en “instituciones semiestatales” con el sometimiento de las burocracias sindicales al Estado. La consecuencia fue un choque entre el curso retrógrado de la Revolución y el ascenso de las luchas de obreros y campesinos. La consecuencia directa dentro del PNR se hará visible: crecerá una ala izquierda (declaraciones socialistas, admiración por la Revolución Rusa, etcétera), de la cual surgirá el cardenismo.

El grupo cardenista tenía conciencia de que la destrucción del Estado constituido en 1876 y del poder político de la burguesía agraria durante la etapa armada de la Revolución no impidió la recuperación de parte de su poder económico y esto tornaba necesaria la recomposición del Estado con base en una nueva y efectiva alianza de clases, o mejor, la recomposición del Estado implicaba una nueva alianza de clases. Sería un auténtico Estado Nacional con medidas proteccionistas, inversiones en obras públicas, apoyo al sector privado, todo de acuerdo con las medidas políticas y económicas anticíclicas en boga en el mundo capitalista de entonces. No obstante, la tendencia antiimperialista era bastante fuerte en este grupo, habiendo que tener en cuenta, por otro lado, que la crisis de 1929 dejará debilitado el sistema capitalista mundial.

Ya en su discurso de protesta presidencial Cárdenas había definido al Estado: “Sólo el Estado tiene un interés general y por eso sólo él tiene una

visión de conjunto. La intervención del Estado ha de ser cada vez mayor, cada vez más frecuente y cada vez más a fondo.”¹⁶

Así, Cárdenas aprovechó la coyuntura favorable del momento de la crisis general del sistema capitalista a comienzos de los treinta y la inminencia de la Segunda Guerra Mundial. Este “aprovechamiento” tuvo su expresión más radical en la expropiación petrolera de 1938, con la cual Cárdenas obtenía el apoyo entusiasta de casi toda la población y prácticamente concretizaba su actuación en pro de la Unidad Nacional.

Antes de eso, sin embargo, Cárdenas se instaló en las nuevas movilizaciones campesinas, las impulsó incluso con la entrega de armas (“Entregaré a los campesinos el máuser con el que hicieron la Revolución, para que la defiendan, para que defiendan el ejido y la escuela”, en el histórico discurso del ejido de Tres Palos, Gro., el 17 de mayo de 1934) para liquidar también el poder económico de los terratenientes y las canalizó en provecho del Estado, en provecho del proyecto de desarrollo nacional que el Estado cardenista propugnaba.

Así, con la atención de reivindicaciones inmediatas de los campesinos, como el reparto de tierras, o dejando en ellos la esperanza de obtener en el futuro la parcela ejidal, obtuvo la adhesión entusiasta de millones. Obtuvo también el apoyo obrero a través de mejoras salariales y una eficaz política sindical. Después, el proyecto cardenista de desarrollo capitalista independiente obtuvo también el apoyo de la burguesía gracias a su política de estímulo a la industrialización y al beneficio que el capital obtenía del proceso inflacionario.

El Estado pasa a obtener entonces una enorme capacidad de control social. Cárdenas lo dijo claramente en Monterrey: “El Gobierno es el árbitro y el regulador de la vida social.”¹⁷

Con el proletariado y el campesinado mantenidos separados se evitaba que en el proceso de reformas sociales las masas escaparan al control del Estado: “Gobierno y campesinos; gobierno y obreros; gobierno y maestros harán una sociedad mejor.”¹⁸

Las concesiones a las masas garantizaban a su vez, ese control.

Como observa Arnaldo Córdova:

Con el Plan Sexenal se había recobrado la herencia ideológica reformista de la Revolución; con la transformación del Partido Nacional Revolucionario en Partido de la Revolución Mexicana se ligaba muy estrecha-

¹⁶ Discurso de protesta como presidente de la República, Estadio Nacional, México, 30/11/1934, en *Ideario agrarista del Gen. L. Cárdenas*, Ed. del Departamento Agrario, México, 1935. p. 6.

¹⁷ Lázaro Cárdenas, *Ideario político*, Ed. Era, México, 1972. p. 189. También en Townsend, Willian Cameron, *Lázaro Cárdenas, demócrata mexicano*, Biografías Gandesa, México, 1954. p. 131.

¹⁸ *Idem*, Palabras en Guadalupe Xita, Oaxaca, 31/03/1937, en Lázaro Cárdenas, *op. cit.*

mente a las masas trabajadoras al Estado de la Revolución, organizándolas como una fuerza política en cuyo nombre se iba a gobernar en adelante.¹⁹

Se observaba igualmente una notable expansión del sector público y de la sindicalización de los burócratas. Al final de su periodo, el país entero había sido organizado por el Estado, inclusive los empresarios, obligados a pertenecer a las cámaras correspondientes.

Ya en la gira electoral, en 1934, Cárdenas afirmaba:

Que los obreros se organicen de acuerdo con su matiz de pensamiento, de acuerdo con sus intereses profesionales, y que igual cosa haga el empresario industrial y el poseedor de la tierra: la lucha económica y social ya no será entonces la diaria e inútil batalla del individuo contra el individuo, sino la contienda corporativa de la cual ha de surgir la justicia y el mejoramiento para todos los hombres.²⁰

En febrero de 1936 en Monterrey, Cárdenas confirmará: “Las clases patronales tienen el mismo derecho que los obreros para vincular sus organizaciones en una estructura nacional.”²¹

Carlos Pereyra se refiera a

una política semicorporativa que mantenía separados al proletariado y al campesinado para evitar que en el proceso de reformas sociales las masas escaparan al control del Estado, —para concluir después que— pocas veces en la historia un Estado había obtenido un grado tal de legitimidad y un dominio tan definitivo sobre la vida económica, política e ideológica en un país.²²

El Estado cardenista cumplió también de forma clara algunas funciones relevantes del Estado ya consideradas clásicas. Así, el propio Cárdenas se refiere al hecho de que el Estado mexicano busca crear condiciones materiales reales de la producción cuando éstas no son creadas por los capitales individuales: “El gobierno ha fundando instituciones nacionales para atender las necesidades que no pudo ni quiso atender la iniciativa privada.”²³

Lo mismo ocurre con otra función relevante del Estado, la de la determinación y defensa de las relaciones jurídicas generales y particularmente

¹⁹ Arnaldo Córdova, *La política de masas del cardenismo*, Ed. Era, México, 1974. p. 146.

²⁰ La gira del general Lázaro Cárdenas, Secretaría de Prensa y Propaganda del CEN del PNR, México, 1934. p. 33. En: Arnaldo Córdova, *op. cit.*, p. 146/147.

²¹ Lázaro Cárdenas, “Los 14 puntos de la política obrera presidencial”, en *Ídeario político*, *op. cit.*, p. 190.

²² Carlos Pereyra, “México: los límites del reformismo”, en *Cuadernos políticos*, México, núm. 1, julio-septiembre, 1974.

²³ Lázaro Cárdenas, en Octavio Ianni, *El Estado capitalista en la época de Cárdenas*, Ed. Era, México, 1977. p. 28.

de las relaciones capital-trabajo, al respecto de la cual Octavio Ianni observa que:

Las estructuras jurídico-políticas del Estado mexicano y el plan económico y social adoptado por el gobierno Cárdenas establecen las bases doctrinarias y organizativas a partir de las cuales funcionan y prosperan la propiedad privada, el monopolio estatal, el monopolio privado y el sector agrario, compuesto por los ejidos individuales y colectivos.²⁴

También aquí Cárdenas es explícito: “Por lo demás, conforme a los principios que gobiernan nuestro derecho, el poder público es el mediador en los conflictos que surgen a diario en las relaciones obrero-patronales.”²⁵

Y en Monterrey concluyó: “El gobierno es el árbitro y el regulador de la vida social.”²⁶

En lo que hace a la función del Estado es famosa la expresión de Gramsci: “en todo el Estado burgués hay un elemento de coerción y legitimación”, lo que según Perry Anderson, es un pesamiento no completado. Anderson dice específicamente:

... el Estado burgués representa por definición a la totalidad de la población abstrayéndola de su distribución en clases sociales, como ciudadanos individuales, e iguales. Es decir, presenta a hombres y mujeres sus posiciones desiguales en la sociedad civil como si fueran iguales en el Estado.²⁷

El Estado cardenista —Cárdenas utiliza siempre el término gobierno— es instancia poderosa y debe funcionar como árbitro de los conflictos sociales. En ese sentido, presenta todavía una peculiaridad inherente al populismo, que es la sobreposición del gobernante al propio Estado, lo que le permite “bajar” al llano social con palabras paternalistas:

Por eso mi gobierno viene recomendado a todos los sectores de la República que estén tranquilos, que guarden serenidad, que mantengan su confianza en que la responsabilidad que yo tengo como jefe del Ejecutivo Federal, sigue en pie velando por los intereses de toda la nación, y especialmente por los intereses de la clase trabajadora.²⁸

²⁴ Octavio Ianni, *op. cit.*, p. 37.

²⁵ Lázaro Cárdenas, La función del poder público, alocución a los directores del Centro Patronal de Monterrey, Nuevo León, sobre la acción gubernamental y la lucha obrera, *El Nacional*, 11/02/1936, en: *Ideario político, op. cit.*, p. 18.

²⁶ “Los 14 puntos de la política obrera presidencial” en *Ideario político, op. cit.*, p. 189.

²⁷ Perry Anderson, “Las antinomias de Gramsci”, en *Cuadernos políticos*, núm. 13, julio/septiembre de 1977, México, p. 20.

²⁸ Lázaro Cárdenas, Discurso a trabajadores del país concentrados en la Plaza de la Constitución, 22/12/1935, en *Ideario, op. cit.*, p. 60.

Hasta 1938 la organización del pueblo no estaba todavía consumada dentro de los parámetros corporativistas que iban alcanzando con el pasar del tiempo.

Hasta esa fecha era una organización que no se completaba, en la medida que hacía falta un eslabón entre pueblo y Estado.

A pesar de que el gobernante hablaba a nombre de la Revolución y decía gobernar para los trabajadores que la habían hecho, su poder seguía siendo un asunto privado suyo, mantenido por la violencia, para provecho suyo y no de la sociedad.²⁹

La obra se complementa con la transformación del PNR en el PRM, esto es, con la agilización del partido en el sentido de garantizar la institucionalización del régimen como conducto elaborado de la articulación entre los trabajadores y el Estado.

Recuérdese que Cárdenas hereda un partido que por su origen en el Maximato no era un partido nacional, sino más bien un organismo receptor de lealtades individuales a caciques y jefes del ejército. Enrique Suárez Gaona llama la atención acerca de que Cárdenas pudo eliminar a Calles como factor político porque tenía la fuerza militar (lealtad de buen número de caciques y jefes militares) y porque se apoyaba en una base popular como resultado de su política sindical y agrarista. Sin embargo, esta situación política reveló claramente el vacío creado por la ausencia de un partido oficial, de un partido eminentemente nacional. Como observa este autor, “el resultado fue la creación de un instrumento de integración nacional no sólo organizado, sino políticamente coherente.”³⁰

De tal importancia fue esta estructuración política del Estado cardenista que Arnaldo Córdova pudo puntualizar así su característica *sui generis* (dando la impresión de veracidad a la conceptualización hegeliana de la precedencia del Estado respecto de la sociedad):

La organización de los trabajadores y la transformación consecuente del PNR operó el milagro y el Estado, finalmente, encontró al pueblo que necesitaba para legitimarse en la sociedad mexicana. *El pueblo se organizaba y, a su vez, organizaba al Estado*: he aquí la síntesis a que daba lugar el esfuerzo político del cardenismo.³¹

Octavio Ianni, a su vez, observaba así esta supremacía del Estado frente a la sociedad mexicana: “Cárdenas pone al Estado en la vanguardia y dirección de la sociedad; y le dice a ésta que ésa es su condición de existencia y progreso.”³²

²⁹ Arnaldo Córdova, *La política de masas del cardenismo*, Ed. Era, 1974. p. 161.

³⁰ Enrique Suárez Gaona, “Lázaro Cárdenas y el neutralismo actual”, en Lázaro Cárdenas, *Revista de la Universidad de México*, vol. XXV, núm. 9, mayo de 1971.

³¹ Arnaldo Córdova, *op. cit.*, p. 161.

³² Octavio Ianni, *op. cit.*, p. 26.

Lo que permite al mismo autor observar, todavía que. . . “Se tiene la impresión de que el conjunto del país es organizado por el Estado.”³³

La magnitud de los éxitos de la política de Unidad Nacional puesta en práctica por el cardenismo, involucraba, naturalmente, el espíritu de conciliación de clase, propio del populismo, y que alcanzó incluso a los partidos de izquierda, como el Partido Comunista Mexicano. Claro que la actuación del PCM, como de los congéneres de Brasil y Argentina, fue justamente influenciada por factores externos y por el propio contexto internacional, pero lo cierto es que de una posición de expectativa crítica este partido pasó a brindar su apoyo al régimen cardenista.

Así, en ocasión del conflicto entre Calles y Cárdenas, el PC autorizó la consigna: “Ni con Calles, ni con Cárdenas”.³⁴ Después del VII Congreso de la Internacional Comunista en Moscú (1935), la posición del PC cambió. En la carta que la delegación mexicana al Congreso envió a la dirección del partido en México, se decía que. . . “la posición falsa del PC le impidió comprender a tiempo el contenido real de la política de Cárdenas”,. . . y admite más adelante que se había lanzado “la consigna errónea: ‘Ni con Calles, ni con Cárdenas’”.³⁵

En julio de 1937 fue aprobado el lema de “Unidad a toda costa”. La nueva estrategia fue resultado, según Miguel Angel Velasco, “no solamente de presiones que las hubo, como las del entonces Secretario General del PC de EEUU, Browder, sino de nuestro propio análisis de la situación del país, no desprovista de fundamento”. . .³⁶

Esta postura formaba parte, naturalmente, de la estrategia del Frente Popular con el PNR. Miguel A. Velasco concluye, caracterizando la postura final del PCM ante el régimen de Cárdenas: “Entre el PC y el gobierno de Cárdenas se establecieron relaciones de colaboración, principalmente a través de las organizaciones de masas en las que el partido tenía influencia preponderante.”³⁷

De esta manera, la estructuración del Estado en los marcos de la Unidad Nacional en torno al jefe de gobierno quedaba hecha de forma tan completa

³³ *Idem*, p. 54.

³⁴ Miguel Angel Velasco, “El PC durante el periodo Cárdenas”, en Lázaro Cárdenas, *Testimonios del fondo*, (21-22), Fondo de Cultura Económica, México, 1975. p. 32.

³⁵ *Idem*, p. 43. Lyle C. Brown refiere que a fines de junio de 1935, después de Cárdenas haber legalizado la existencia del PCM —éste había denunciado la actitud como demagogia izquierdista— la consigna había cambiado para el tono intermedio. “Con Cárdenas no, con las masas cardenistas sí”. Brown, C. Lyle, “Los Comunistas y el Régimen de Cárdenas”, en Lázaro Cárdenas, *Revista de la Universidad de México*, vol. XXV, núm. 9/mayo de 1971. Karl Michael Schmitt, habla de la consigna “Ni con Cárdenas, ni con Calles, con las masas cardenistas”. Schmitt, Karl Michael, *Communism in Mexico (a study in political frustration)*, University of Texas Press, Austin, 1965, p. 16. Citado por Victoria Lerner. *Historia de la Revolución Mexicana (1934-40) —La Educación Socialista*, El Colegio de México, 1979. p. 65.

³⁶ Miguel Velasco, *op. cit.*, p. 138.

³⁷ *Idem*, *Ibidem*.

que éste podía darse el lujo de amenazar con entregar armas a los campesinos y encaminarse hacia el campo ideológico socialista.

Al insistir en la necesidad de la educación socialista aclaraba que “la educación socialista no tenía como finalidad despertar la lucha de clases sino aumentar la solidaridad entre ellas.”³⁸

Con la utilización de expresiones extraídas de la terminología marxista como “lucha de clases”, “plusvalía”, “acumulación de capital”, “dictadura del proletariado”,³⁹ Cárdenas y su grupo ingresaban en el terreno ideológico socialista con una desenvoltura sinigual en el panorama populista latinoamericano.

Según Octavio Ianni, en México la burguesía “se acomoda a un estilo populista de gobierno, en el cual la retórica a veces incluso socializante, no altera fundamentalmente las relaciones capitalistas de producción ni las condiciones político-económicas de la acumulación de capital”.⁴⁰

La retórica socialista de la burguesía mexicana es a la vez expresión de la seguridad de la condición hegemónica de esta clase social en la realidad política, económica y social de México, en la época de Cárdenas y el puente que esta clase extiende ideológicamente a las clases subalternas como si su Revolución fuera la de aquéllas.

Todavía en 1945 Cárdenas volvía a utilizar este lenguaje, pero ahora con un poco más de precisión:

La unidad nacional permanente, que permite vivir en franca armonía a todos los sectores, resulta imposible dentro de una democracia de tipo capitalista. Puede haber unidad por sectores en defensa de sus propios intereses, pero no unidad nacional. Esto sólo será posible cuando llegue a establecerse un sistema político-económico de carácter socialista.⁴¹

Pero ahora, el dirigente nacional-desarrollista que agilizó al capitalismo en su país, estructurado de forma definitiva al Estado capitalista posrevolución ya hablaba sin las responsabilidades de jefe de Estado. Ya no era el comandante de la Revolución.

Por eso, la evolución histórica mexicana permitió que se dijera que la Revolución Mexicana fue la Revolución China que no se realizó, o permitirá la observación, también ya hecha, de tratarse del antecedente de la Revolución Rusa y de la Revolución China, ambas victoriosas. En verdad, la Revolución Mexicana tomó otros rumbos bien distintos y a partir

³⁸ Victoria Lerner, *op. cit.*, p. 79.

³⁹ Victoria Lerner, *op. cit.*, p. 76, llama la atención para este hecho citado a Abraham Rocheli, *Lázaro Cárdenas. Ideología y política educativa (la Escuela Socialista)*, Tesis de doctorado, Facultad de Ciencias Políticas y Sociología, UNAM, México, 1974, p. 250.

⁴⁰ Octavio Ianni, *op. cit.*, p. 55.

⁴¹ Lázaro Cárdenas, *Obras, Apuntes II*, UNAM, México, en Jesús Silva Herzog, *Lázaro Cárdenas. Su pensamiento económico, social y político*, Ed. Nuestro Tiempo, México, 1975, p. 28.

de Lázaro Cárdenas quedó definitivamente concluida. Ella llegaba a la meta que esta nueva burguesía le había asignado.

En Argentina y Brasil se podía postergar una atención específica a los campesinos. En México no. En México el control del Estado implicaba una separación obrero-campesina. Y en relación a estos últimos, los campesinos, había que ir a su encuentro. Fue lo que Cárdenas y su grupo comprendieron y sintieron. Había que eliminar el peligro potencial de la presencia campesina descontenta. De cierta forma el “ir al encuentro” era una necesidad desde la perspectiva de esta burguesía ligada al proyecto de desarrollo nacional autónomo que igualaba a Cárdenas, Perón y Vargas, pero este “ir al encuentro” del campesinado —y su organización por separado de la de los obreros— era un factor disímil y de absoluta originalidad del caso mexicano.

El “ir al encuentro” tiene en sí la intención del desarme de la potencialidad revolucionaria de las masas. Cárdenas sabe que las masas no son materia inerte de manipulación, sabe que hay que tenerlas en cuenta, el “ir al encuentro” significa realmente conceder. Es, por tanto, un acto anticipatorio, preventivo, una anticipación con finalidad armonizadora. Es una anticipación dentro del espíritu de su concepto de Unidad Nacional.

En ese sentido, el “ir al encuentro” es contrario al aplastamiento escueto a través del golpe de Estado, o la dictadura, lo que sería el abandono del olvido y la incapacidad e imposibilidad del “ir al encuentro”. La obra de Cárdenas en la peculiar realidad mexicana, se reviste, entonces, de características más sólidas y duraderas que en Brasil y Argentina.

En cierta medida Cárdenas englobó, en su régimen y en la organización del Estado que realizó, las características del populismo en sus aspectos más “democráticos” y las características de las “dictaduras”, como ocurren ambos en el vasto panorama latinoamericano.

La estructuración del Estado quedó hecha de forma tan definitiva que la burguesía mexicana no necesitó valerse, más tarde, del golpe militar para mantener la autonomía del Estado burgués. Los elementos garantizadores del Estado burgués que el golpe militar preserva en otros países de América Latina, como Brasil y Argentina, por ejemplo, ya estaban presentes en la estructuración del Estado cardenista.

Desde el punto de vista social, en una proyección hacia el futuro,

la integración subordinada de los trabajadores y sus organizaciones al Estado constituye la base política y social en la cual se asienta la virtual congelación de la lucha de clases que en el país se observaba casi ininterrumpidamente desde entonces.⁴²

El proyecto nacional cardenista constituye una realización duradera. Por otro lado, hay una preocupación exclusiva con la situación interna de

⁴² Rolando Cordera, “Estado y capitalismo tardío y subordinado”, en *Investigación Económica*, núm. 123, México, 1971. p. 486.

México. Si bien Cárdenas se reveló siempre como un político atento a los acontecimientos internacionales y si bien frecuentemente tomó partido de forma decidida y aún brindó, no pocas veces, el apoyo de México a naciones o activistas políticos, no hay en el caso cardenista una preocupación de que su proyecto nacional pueda revestirse de características, o aún preocupaciones universales, con lo que confirma una característica de todas las revoluciones mexicanas, que es la de presentar el nacionalismo como ciernes ideológicos. Las revoluciones de la Independencia, de Juárez, de 1910, son todas nacionales, nunca “bolivarianas”. En Perón, por ejemplo, hay una nítida preocupación de liderato no solamente interno, sino también a nivel mundial. Cárdenas no eleva su régimen a una función rectora a nivel mundial como lo hace Perón, aunque este aspecto del proyecto peronista parezca la evidencia reveladora de su fragilidad.

Así, la obra de estructuración interna en el caso cardenista no admitió afirmaciones grandilocuentes a nivel universal. La obra interna era absorbente y no había tiempo ni posibilidad para divagaciones que no estuvieran intrínsecamente ligadas a la meta inmediata y precisa, o sea, estructurar y organizar el Estado nacional.

De esta forma, en el caso mexicano, gobernantes y gobernadores empiezan a desarrollar sus relaciones dentro del mismo marco jurídico y político; cada elemento social empezó a desempeñar su papel por su cuenta, pero guardando siempre una estrecha relación con el Estado y, en especial, con el presidente. A partir de Cárdenas hay una identificación estrecha entre el jefe y el Estado, pero el poder duradero, la autoridad establecida, es la del Estado. El papel carismático de los líderes está sometido a la realidad institucional. En México, el populismo se ha hecho sistema institucional.

3. Brasil: El Estado y la Unidad Nacional Vargasista

La Revolución de 1930 que ocurrió en los propios ciernes de la crisis del sistema capitalista internacional de 1929, ocasionó el cambio de la estructura del Estado hasta entonces controlado por la burguesía agraria-exportadora (ligada especialmente a la producción del café).

Esta revolución significó una ruptura en la continuidad dominante de la burguesía agraria sin que, de inmediato, los intereses industriales quedaran dominantes.

De hecho, la burguesía agraria exportadora no tuvo condiciones para constituir una economía industrial subsidiaria de importancia antes de la crisis de 1929. Así, cuando ésta ocurrió con la consecuente crisis de la exportación, este sector se quedó imposibilitado de mantener exclusivamente el poder del Estado, pero sin ser, por otra parte, completamente alejado del poder.

Sin embargo, con la Revolución de 1930 cambian los detentadores del poder en el Estado. La llamada “República Velha” llega a su fin. La “disi-

dencia oligárquica”, la burguesía industrial y los nuevos grupos urbanos, a través de Getulio Vargas, llegan al poder: “Estamos en una Revolución para readquirir la libertad para restaurar la pureza del régimen republicano, para la reconstrucción nacional”.⁴³ Dijo Vargas en Porto Alegre, el 4 de octubre de 1930, cuando empezaba la gran marcha de las tropas revolucionarias que lo llevarían desde el sureño Estado de Río Grande do Sul, hasta el poder en el centro del país.

Un mes después, el 3 de noviembre de 1930, en su discurso de protesta presidencial, en Río de Janeiro, Vargas dirá:

El movimiento revolucionario, iniciado victoriosamente el 3 de octubre, en el Sur, Centro y Norte del país, y triunfante el 24, de esta Capital, fue la afirmación más positiva que, hasta hoy, tuvimos de nuestra existencia como nacionalidad (. . .) todas las categorías sociales, de arriba a abajo, sin diferencia de edad o sexo, comulgaron en un idéntico pensamiento fraterno y dominador: la construcción de una Patria nueva (. . .) Realizamos, pues, un movimiento eminentemente nacional.⁴⁴

Más adelante, sintetizó las ideas centrales de “nuestro programa de reconstrucción nacional”, apuntando las más oportunas y de inmediata utilidad:

Concesión de amnistía. . ., saneamiento moral y físico. . ., difusión intensiva de la enseñanza pública. . ., reforma del sistema electoral. . ., reorganización del aparato judicial. . ., consulta a la nación sobre la elección de sus representantes. . ., reorganización del Ministerio de Agricultura. . ., intensificación de la producción por la policultura. . ., revisión del sistema tribunario, institución del Ministerio del Trabajo. . ., promoción, sin violencia, de la extinción progresiva del latifundio. . ., organización de un plan general, ferroviario y carretero. . .⁴⁵

De ahí la frase del poeta Carlos Drummond de Andrade: “Un nuevo, claro Brasil surge, indeciso, de la pólvora.”⁴⁶

En 1934 Vargas definirá la Revolución: “la Revolución es fruto de las capas profundas de la sociedad, es un imperativo irreflenable de la conciencia colectiva; es, en suma, la cristalización lenta de la nacionalidad.”⁴⁷

Los grupos agrarios afectados intentaron la contrarrevolución (Revolución Constitucionalista de São Paulo, 1932), que fue aplastada.

Vargas, no obstante, mantiene una política de compromiso con los gru-

⁴³ Getulio Vargas, *A Nova Política do Brasil*, vol. I, Livraria José Olympio, Ed. Río de Janeiro, 1940. p. 59.

⁴⁴ *Revista Nosso Século*, São Paulo, núm. 14, agosto, 1980. p. 21.

⁴⁵ *Idem, Ibidem*.

⁴⁶ *Idem, Ibidem*.

⁴⁷ Getulio Vargas, *A Nova Política do Brasil*, vol. II, Livraria José Olympio, Río de Janeiro, 1940. p. 166.

pos cafetaleros, cuya producción será adquirida por el Estado, aun cuando sea para destruirla (con el obvio sentido de mantener el nivel de los precios).

Sin embargo, lo fundamental es que el Estado actuará en la dirección del desarrollo industrial brasileño. La política de compromiso con el sector agrario no significaba que éste hubiese recuperado su antiguo poder.

Y justamente ahí reside la importancia fundamental de la Revolución de 1930: marca el fin de un ciclo y el inicio de otro en la economía brasileña. El fin de la hegemonía agrario-exportadora y el inicio del predominio de la estructura de base urbano-industrial. Si bien solamente en 1956 la renta del sector industrial superará la de la agricultura,⁴⁸ es una nueva tendencia que tiene inicio, un proceso que posibilitará la concretización de la nueva posición hegemónica. En ese sentido es importante tener en cuenta la nueva correlación de fuerzas sociales, la reformulación del aparato y de la acción del Estado.

la *destrucción* de las reglas del juego según las cuales la economía se inclinaba por las actividades agrario-exportadoras y, por otro, la creación de las condiciones institucionales para la expansión de las actividades ligadas al mercado interno. Se trata, en suma, de introducir un nuevo modo de acumulación, cualitativa y cuantitativamente distinto, que dependerá sustancialmente de una realización parcial interna creciente.⁴⁹

En 1931 una gran crisis de superproducción de café afectó a la economía brasileña. En ese año empieza a entrar en producción el café plantado en los años anteriores a la crisis (1927/1929), años de euforia por los precios elevados en aquel entonces. La superproducción ocurre cuando, como consecuencia de la crisis general, los precios del producto habían declinado a dos tercios en el mercado internacional.

Así, el gobierno "antioligárquico" de Vargas se vio, de inmediato, frente a un desafío de enorme envergadura: el de financiar grandes *stocks* de café que no encontraban mercado. En determinados años el valor del café comprado por el gobierno, para retirarlo del mercado, llegaba al 10% del PIB,⁵⁰ lo que da una idea de la magnitud de la crisis. Esta política del gobierno se inserta, evidentemente, en la política de compromiso del gobierno Vargas con el grupo cafetalero.

Por eso, en 1938, Getulio Vargas podrá decir:

Al recapitular los ocho años de mi gestión administrativa, me siento tranquilo y seguro en la convicción de haber hecho todo cuanto era posible, y lo mejor posible, para readquirir lo que nos quitó la crisis de 1929, especialmente en el sector de la producción agrícola. Como ele-

⁴⁸ Francisco de Oliveira, *A Economia Brasileira: Crítica à razão dualista*, Selecoes CEBRAP, São Paulo, 1977. p. 10.

⁴⁹ *Idem, Ibidem.*

⁵⁰ Celso Furtado, *Subdesenvolvimento e Estagnação na América Latina*, Ed. Civilização Brasileira, Rio de Janeiro, 1968. p. 94.

mento básico de nuestra economía, fue el café rudamente afectado. La situación difícil que tuvimos que enfrentar, se reflejó, en forma directa, en la vida y en el trabajo de São Paulo. . .⁵¹

Puntualicemos nuevamente: este hecho no afecta la tendencia general de la economía brasileña en dirección de las actividades ligadas al mercado interno. Además de la tendencia general ya se revelan en ese sentido (la actividad manufacturera interna se transformó en el negocio más lucrativo y por eso importantes recursos financieros y la capacidad empresarial fueron transferidos a las industrias); el Estado originado en la Revolución de 1930 actuará concretamente en la dirección del desarrollo industrial brasileño. Así “entre 1929 y 1937, al paso que el *quantum* de las importaciones declinaba en 23%, la producción industrial crecía en 50%.”⁵²

Así, en Brasil, la etapa populista que tiene sus inicios en ese momento histórico se caracterizó por la inexistencia de una burguesía industrial suficientemente poderosa para neutralizar plenamente la supremacía de la burguesía agraria exportadora y extender un puente a los grupos populares. El sistema de poder en esta etapa no afecta la oligarquía agraria-exportadora, la engloba juntamente con la burguesía industrial y comercial y las capas medias urbanas.

En ese sentido, queda comprensible la sencilla perplejidad del “teniente” João Alberto, victorioso de 1930: “Estábamos de manos dadas con nuestros adversarios de la víspera (. . .) Pero, ¿qué hacer?”⁵³

En el panorama latinoamericano, solamente en México la oligarquía agroexportadora fue derrotada por la Revolución de inicios del siglo. En la Argentina el peronismo la alejó del poder, sin, no obstante, afectarla fundamentalmente en el plan económico. Así, relegada a un segundo plano “volverá”, con fuerza, a la preparación del golpe en contra de Perón, en 1955. En Brasil, sin función prominente en el Estado, participa en él, manteniendo siempre la fuerza mayoritaria en el Congreso Nacional de donde pasó, más tarde, a obstaculizar el avance de las reformas nacionalistas y las leyes que pudieron beneficiar a las fuerzas populares, actuando decisivamente en los episodios que llevaron a Vargas al suicidio en 1954, lo mismo que a Goulart al exilio, diez años después.

Por eso en Brasil, mucho más que en Argentina —en donde la burguesía industrial surgida de los sectores agroexportadores es poderosa—, corresponderá al Estado regular las relaciones de producción y constituir el sistema industrial. El Estado se transformará en instrumento directo de la constitución del sistema industrial, la industrialización crecerá a través de su acción directa.⁵⁴ “El Estado ya no era solamente un mediador. Especial-

⁵¹ Getulio Vargas, *A Nova Política do Brasil*, vol. V, Livraria José Olympio Editora, Río de Janeiro. p. 213, *op. cit.*

⁵² *Idem*, p. 50.

⁵³ En *Nosso Século*, *cit.*, p. 26.

⁵⁴ Véase a propósito, Fernando H. Cardoso, y Enzo Faletto, *Dependencia y Desarrollo en América Latina*, Siglo XXI, México, 1974.

mente a partir de la década de 40 pasó a ser también un agente de transformación directo del proceso económico.”⁵⁵

Claro que esto se debe básicamente al peso mayor, en Argentina, de la burguesía industrial nacional y el proletariado en el conjunto de las clases sociales.

En Brasil, la clase obrera era menor y la “masa urbana” no obrera era bastante mayor, lo que también ocurría con las masas rurales. Esto ocasionó básicamente el surgimiento de una débil estructura sindical que no afectó a las masas rurales ni el conjunto del sector urbano.

Desde esta perspectiva social hay que destacar todavía el papel jugado, en la Revolución de 1930, por los oficiales jóvenes del ejército, conocidos como “Tenientes”. Su decidida actuación política y su determinación en la preparación del movimiento del 30 revelan la relativa importancia que tenía en aquel entonces la pequeña burguesía centralizadora, que por ser capaz de establecer una alianza con las disidencias oligárquicas (de la cual formaban parte tanto Getulio Vargas, gobernador de Río Grande do Sul, como João Pessoa, gobernador de Paraíba y Antonio Carlos, de Minas Gerais) contribuyó de manera decisiva para el derrumbe de la “República Velha.”

Esta situación de ampliación del poder político es la que permite básicamente el ascenso de la burguesía industrial y la configuración de un cuadro en que el Estado, en muchos sentidos, antecede a la propia actuación de la burguesía industrial.

En el caso específico de la industrialización, ésta será determinada en gran medida por la acción del Estado y solamente en grado menor por la burguesía industrial. Pero las acciones serán plenamente complementarias. En ese sentido, empieza a carecer de importancia la insistencia en recordar el origen de Getulio Vargas —de la pampa “gaúcha”, disidencia oligarquica— ya que, en la práctica, su actuación política fue claramente orientada hacia la industrialización del país.

Industrialización que debía obedecer a una organización del trabajo de nuevo tipo:

La organización del trabajo. . . no puede realizarse con provecho para las clases patronales y sin beneficios para los obreros, sino mediante inteligente, ponderada y sistemática coordinación para conciliar y garantizar sus mutuos intereses. El fundamento sociológico de la vida económica es hoy la solidaridad. El principio de la libre concurrencia cedió al de la cooperación. Las tendencias solidarias propiciaron la formación de los agrupamientos colectivos, cada vez más fortalecidos para la defensa de los intereses de grupos, bajo el control y en colaboración con el poder público. Entramos en la fase constructora del movimiento sindicalista.⁵⁶

⁵⁵ Conjuntura Económica, “Atividade empresarial dos governos Federal e estaduais”, junho 1973; citado por: Velho, Otávio Guilherme, *Capitalismo Autoritário e Campesinato*, Ed. DIFEL, São Paulo, Rio de Janeiro, 1976. p. 127.

⁵⁶ Getulio Vargas, en Hélio Vargas Silva, L. & PM Editores, Porto Alegre 1980. p. 94.

El populismo varguista (getulista en el lenguaje popular brasileño, ya que el líder próximo, paternalista, era Getulio) funcionará básicamente como eslabón, mediante el cual se vinculan las masas urbanas movilizadas por la industrialización —expulsados de las actividades agrarias muchísimas veces— incorporándolas al nuevo esquema de poder. En esta incorporación está ausente una implicación más profunda de organización sindical y presión salarial, como en el caso del peronismo.

Así, el varguismo acentúa, más que el peronismo, la defensa de los humildes, en la cual los valores de masas, con sus presupuestos de beneficios económicos, tendrán preponderancia sobre los de clase. La menor complejidad de la clase obrera en Brasil no impide, sin embargo, que ella presente en la década de 1930 un nivel relativamente alto de combatividad, a punto de que el Estado no encontró otro camino que el de la represión, lo que condujo, por cierto, a gran parte de los líderes de la clase obrera a recorrer, posteriormente, el camino de la “colaboración de clases”, con lo que se adecuaban convenientemente al esquema ya montado del populismo.

Es pertinente observar, en ese particular, que en Brasil la represión a la clase obrera —determinada por las presiones de los grupos patronales y la relativa debilidad de los partidos obreros y sindicatos— ocurrió en el inicio de la emergencia populista y en Argentina —determinada fundamentalmente por las presiones de los grupos patronales y por la burocratización de los sindicatos— al final del periodo de Perón.

En Brasil, la contradicción entre la necesidad de acumulación de capitales y la presión redistribucionista fue menor que en Argentina. El curso de la acumulación capitalista en Brasil, por su tasa relativamente limitada de crecimiento, no soportaría la misma magnitud de presión salarial como la ocurrida en Argentina, ni la incorporación al mercado de trabajo —en la misma magnitud— de las masas rurales, pues esto implicaría romper la “alianza desarrollista” que incluía los latifundistas.

En Brasil, la gran reserva de mano de obra comprimía constantemente los salarios reales, mientras que en Argentina el ejército industrial de reserva era mucho menos numeroso, lo que, naturalmente, concuerda con la mayor expansión del modo de producción capitalista en la nación platense.

Por otra parte —y estableciendo nuestra relación en dirección del futuro— se puede decir que la política peronista significó, en cierto sentido, una respuesta a corto plazo. Después se acentúa un “desfase” con relación a México y Brasil.

Las clases dominantes de Argentina pagaron un precio más tarde, pues en la nación platense no había condiciones para nada parecido al llamado “milagro brasileño” en la primera mitad de la década de 1970. En la Argentina no había condiciones para una explotación tal de la fuerza de trabajo. En Argentina simplemente nunca existieron las grandes reservas de mano de obra que había en Brasil y solamente después de 1955 comienzan las políticas de reducciones de los salarios reales.

Son tres las grandes etapas que abarcan el periodo en que la figura de Getulio Vargas domina el escenario político brasileño.

En la primera etapa (1930/37) prosiguen todavía las agitaciones sociales empezadas en 1922, al paso que el inicio de la legislación social del nuevo régimen revela la presencia, en términos de presión sobre los grupos dominantes, del nuevo proletariado, de una pequeña burguesía urbana y una burguesía industrial vinculada al mercado interno. Estos grupos se constituían como nuevas fuerzas emergentes en términos de importancia económica y política.

La creación del Ministerio de Trabajo, Industria y Comercio y el inicio de la legislación social significan una respuesta a estas presiones.

Esta etapa representa más bien un momento de transición, un momento de reacomodo de fuerzas sociales que buscan un ascenso y una posterior estabilidad en la escala social.

La proclamación del “Estado Novo”, en 1937, abre la segunda etapa (1937/50), en la que la burguesía industrial, ya estabilizada en el poder, está en condiciones, no de imponer su dominación concreta de clase, pero sí de imponer lo que la dictadura de Vargas es en esencia, o sea, un compromiso con los aparceros en el poder —la burguesía agraria y mercantil— y, para “abajo”, una relación especial con el proletariado. Esto último se expresa en las concesiones sociales, la legislación laboral y el encuadramiento del proletariado en la organización sindical que de manera corporativista lo vincula directamente al gobierno.

En el momento del establecimiento del “Estado Novo”, el régimen ya había reprimido a las fuerzas de izquierda —agrupadas básicamente en la “Alianza Nacional Libertadora”, una sociedad civil que fue cerrada el 11 de diciembre de 1935— y se preparaba para reprimir también a los “integralistas”, la extrema derecha facista —la “Ação Integralista Brasileira” será disuelta por decreto-ley al 3 de diciembre de 1937— para dar un carácter *sui generis*, original, al régimen brasileño, típico de un momento específico del desarrollo de las fuerzas productivas en el ámbito del capitalismo dependiente.

Francisco Campos, el ideólogo del “Estado Novo” caracteriza así el régimen:

El pueblo no reconoce al Estado desencarnado, reducido a símbolos y a esquemas jurídicos. El Estado popular es el Estado que se vuelve sensible en su jefe, el Estado dotado de voluntad y de virtudes humanas, el Estado en el que corre no la linfa de la indiferencia y la neutralidad, sino la sangre del poder y de la justicia. El pueblo y el jefe son las dos entidades del régimen.⁵⁷

El concepto de Estado de Vargas está diseminado en muchos pronunciamientos hechos en diferentes épocas. En uno de los primeros afirma que:

⁵⁷ Francisco Campos, *O Estado Nacional – Sua estrutura, seu conteúdo ideológico*, Livraria José Olympio, Editora, Río de Janeiro, 1941. p. 213.

El Estado, cualquiera que sea su concepto, según las teorías, nada más es, en la realidad, el coordinador y regulador de los intereses colectivos, la sociedad organizada como poder, para dirigir y asegurar su progreso. Toda estructura constitucional implica, por eso, la estructura de las funciones del Estado.⁵⁸

Hablando a los trabajadores de São Paulo, el 23 de julio de 1938, Vargas dijo:

El Estado Novo no reconoce derechos de individuos contra la colectividad. El Estado, sobreponiéndose a la lucha de intereses, garantiza los derechos de la colectividad y hace cumplir los deberes para con ella. El Estado no quiere, no reconoce, la lucha de clases; las leyes laborales son leyes de armonía social.⁵⁹

El año siguiente, el 30 de noviembre de 1939, abordando el trabajo profesional de los periodistas, dijo:

Las leyes de amparo a las clases trabajadoras y de satisfacción de sus justas reivindicaciones reflejan el sentido superior de armonía social, en que el Estado se coloca como el supremo reglamentador y en que bajo su égida son únicamente asegurados los derechos e impuestos los deberes, en las relaciones entre las clases. El Estado no comprende, ni permite, antagonismos de clases ni explosiones violentas de lucha: para ese fin, creó órganos reguladores que, no solamente coordinan las relaciones, sino que dirimen divergencias y conflictos entre las diferentes clases sociales.⁶⁰

Otro pronunciamiento de Vargas y algunas realizaciones de su gobierno en el periodo del Estado Novo —por su importancia y por caracterizar al régimen— pueden ser apuntadas todavía:⁶¹

- 23 de diciembre de 1937 — Decreto-ley núm. 97, tratando sobre el monopolio gubernamental de cambio, a través del “Banco do Brasil”;
- 30 de diciembre de 1937 — Decreto que reglamenta la transformación de los partidos políticos en sociedades culturales de beneficentes;
- 7 de enero de 1938 — En entrevista a la prensa en Río Grande du Sul, Getulio Vargas declara que solamente capitales y no empresas extranjeras serán aceptados en la siderurgia;

⁵⁸ Getulio Vargas, *op. cit.*, vol. III, p. 30/31.

⁵⁹ *Idem, op. cit.*, vol. V, p. 311.

⁶⁰ *Idem, op. cit.*, vol. II, pp. 131/132.

⁶¹ Véase al respecto, Helio Silva, *Vargas, L. & P.M. Editores, Porto Alegre, 1980.* p. 15/24.

- 10 de febrero de 1938 – Nacionalización de las empresas de seguros;
- 11 de abril de 1938 – Getulio Vargas firma un decreto-ley determinando que los yacimientos de petróleo y gas naturales pertenecen a la nación y a los Estados;
- 29 de abril de 1938 – Decreto-ley creando el Consejo Nacional del Petróleo y reglamentando la importación, exportación, transporte, distribución y comercio de petróleo, así como racionalizando la industria de refinación del producto.
- 1 de mayo de 1938 – Getulio Vargas firma un decreto reglamentando el salario mínimo y exceptuando de impuestos las casas destinadas a los obreros;
- 6 de mayo de 1938 – El Ministro de Hacienda convoca al Consejo Técnico de Economía y Finanzas para estudiar la implantación de la gran siderurgia;
- 7 de septiembre de 1938 – En un discurso a la nación, Getulio Vargas defiende la legitimidad de las desigualdades de clase, la lucha contra las ideologías extremistas y alaba la disolución de los prejuicios raciales;
- 17 de julio de 1939 – En un discurso, Vargas resalta la importancia del equipamiento de las Fuerzas Armadas y el papel de la siderurgia en la consecución de ese objetivo;
- 10 de noviembre de 1939 – Vargas pronuncia un discurso en la apertura de la Conferencia Nacional de Economía y Administración, abordando la lucha por la implantación de la industria del acero;
- 18 de enero de 1940 – Getulio Vargas telegrafía al embajador Carlos Martins en Washington, reafirmando la existencia, por parte de otros países, de ofrecimiento de colaboración en la siderurgia brasileña y considerando inaceptable la vinculación de esta cuestión al pago de la deuda externa brasileña;
- 3 de octubre de 1940 – Decreto-ley núm. 2 666, creando el Consejo Nacional de Minas y Metalurgia;
- 11 de noviembre de 1940 – En un discurso en el Aeropuerto Santos Dumont (Río de Janeiro), en ocasión de la conmemoración de los diez años de gobierno, Getulio Vargas resalta la importancia de los pasos dados en dirección a la industrialización del país: el descubrimiento del petróleo, el

incremento de la producción carbonífera y la implantación de la siderurgia;

26 de noviembre de 1940 — Brasil y EEUU llegan a un acuerdo para la concesión del préstamo norteamericano para la construcción de la usina de Volta Redonda.

La unificación y el consecuente fortalecimiento del mercado interno fue preocupación básica del primer periodo del gobierno Vargas hasta llegar a la creación de la Compañía Siderúrgica Nacional (1943), que instalará la fundición de Volta Redonda (1946). Pronunciamientos de Vargas en ese sentido pueden ser encontrados ya al principio de su gobierno, como en Belo Horizonte, el 23 de febrero de 1931:

El problema máximo, puede decirse, básicamente de nuestra economía, es el siderúrgico. Para Brasil, la edad del hierro marcará el periodo de su opulencia económica (. . .) La grandeza futura de Brasil depende, principalmente, de la exploración de sus yacimientos de hierro (. . .) Mucho tendremos hecho dentro de breve tiempo si conseguimos libertarnos de la importación de artefactos de hierro, produciendo el indispensable para el abastecimiento del país. Nacionalizando la industria siderúrgica, daremos un gran paso en el logro del alto destino que nos aguarda.⁶²

La cuestión de los partidos políticos alcanza igualmente una importancia singular. Manteniendo alguna similitud con el caso de México (ahí el PRM, como partido de sustentación del populismo cardenista, pasó a funcionar sólo al final del gobierno de Cárdenas); Vargas igualmente, al principio, no cuenta con el sostén de ningún partido político. El hasta los desprecia en ese momento:

Me acuerdo de haberle hablado, en el comienzo de 1938, sobre la conveniencia de reforzar el Estado Novo, poniendo a su servicio una organización que podría ser apenas de carácter cívico y cultural, o declaradamente partidaria, de movilización de opiniones y regulador de la disciplina. Se mostró desinteresado por la sugerencia.⁶³

Solamente al final del Estado Novo funda el Partido Trabalhista Brasileiro (PTB), agremiación que debería congrega las fuerzas del trabajo, como su partido de apoyo.⁶⁴ Pero, al principio del Estado Novo los partidos se

⁶² Getulio Vargas, *op. cit.*, vol. I, p. 100/101.

⁶³ Luiz Vergara, *Fui secretario de Getulio Vargas*, Ed. Globo, Porto Alegre, 1960. p. 145.

⁶⁴ Funda también el Partido Social Democrático (PSD) que, a pesar del nombre, debía congrega las fuerzas del capital. El otro gran partido de la época era la União Democrática Nacional (UDN) que, a pesar de su origen "liberal", era marcadamente conservadora, asumiendo una oposición a Vargas, oposición de "derecha". Muchos autores, inclusive de izquierda, insisten en la caracterización de los udenistas como liberales en contraposición a Vargas, el "dictador".

constituían en un factor perturbador de la relación directa del gobernante con el pueblo en un Estado que desprecia la intermediación. Eran, por tanto, innecesarios.

Vargas lo justifica:

Con la extinción de los partidos políticos, tóvose en vista suprimir la interferencia de los intereses facciosos y de grupos en la solución de los problemas del gobierno. El Estado, según el nuevo orden, es la nación, y debe prescindir, por eso, de los intermediarios políticos para mantener contacto con el pueblo y consultar sus aspiraciones y necesidades.⁶⁵

Los justifica también en ese tramo del discurso pronunciado en Porto Alegre, el 7 de enero de 1938:

Cuando los partidos se disolvieron, no fue solamente por un decreto que determinaba su disolución porque, cuando fue firmado, las agrupaciones partidarias ya no existían. Los partidos habían perdido su razón de ser, o porque no tenían programas o porque sus programas no correspondían a las realidades palpitantes de la vida nacional. Eran formas sin substancias. Eran bronces partidos que habían perdido su sonoridad. Hoy, el gobierno no tiene más intermediarios entre él y el pueblo. Ya no hay mandatarios y partidos. Ya no hay representantes de intereses partidarios. Hay, eso sí, el pueblo en su conjunto y el gobernante dirigiéndose directamente a él, para que, oyendo los intereses colectivos, pueda ampararlos, de modo que el pueblo, sintiéndose amparado en sus aspiraciones y en sus conveniencias, no tenga necesidad de recurrir a intermediarios para llegar al jefe de Estado.⁶⁶

Esto revela que la propuesta nacionalista del Estado Novo —en la que la connotación anticomunista es marcada— no lo lleva a una postura fascista declarada, en la medida en que rehúsa la regimentación de las masas proletarias en un partido único, como ocurrió en Europa. Este es el hecho básico que anula la imagen apriorística que se podría tener de una ideología fascista derivada de la práctica del capitalismo de Estado, que pretendió transformar al Estado en una entidad deliberadamente por encima de los conflictos sociales.

Históricamente, la actuación del Estado varguista en contra de las izquierdas ocurrió antes y, de forma ostensiva, después del fracaso del levantamiento de la Alianza Nacional Libertadora (1935), cuyo programa, por más radical que pudiera parecer en aquel momento, estaba sobrepasado por una ideología nacionalista.

De ahí, 1935, hasta 1938, el integralismo se fortaleció, contribuyendo, inclusive, al surgimiento del Estado Novo y con la presencia de muchos de

⁶⁵ Getulio Vargas, *op. cit.*, vol. V. p. 123.

⁶⁶ Getulio Vargas, *op. cit.*, vol. V. p. 134.

sus elementos en el propio aparato del Estado. Pero, estos elementos fueron apartados después de la tentativa de toma del poder de 1938, lo que configura, por parte del Estado brasileño, un “ostensivo descompromiso con el facismo internacional.”⁶⁷

Así, la ideología nacionalista del Estado Novo, dentro del ámbito dictatorial, revelaba una heterodoxia en sus diferentes elementos constitutivos, resultante de la recomposición de las diferentes fuerzas burguesas bajo la predominancia de los intereses industriales y financieros, sin perder la seguridad del apoyo del proletariado y de la pequeña burguesía.

En entrevista al periódico *La Nación*, de Buenos Aires, en 1941, Getulio Vargas busca conceptualizar al Estado Novo:

. . .sobre el concepto del régimen que denominamos Estado Novo o Estado Nacional, me parece oportuno decirle que, al instituirlo, no tuvimos en vista copiar este o aquel modelo, sino apenas, dar forma política a las tendencias sociales y económicas de la vida brasileña. . . Dentro de nuestras realidades y directrices históricas, instituímos una democracia realista y funcional. Ciertamente, por sus características, difiere de muchas organizaciones americanas, pero es la forma necesaria de concentración de la autoridad que permite a una nación de vasto territorio, con un pasado de regionalismos estrechos y particularismos de formación, adquirir una estructura capaz de resistir a las crisis de su propio crecimiento y las graves perturbaciones que atraviesa el mundo . . . más que en las palabras y en las convenciones legales de las democracias parlamentarias, ese régimen atiende a los intereses del pueblo y consulta sus tendencias a través de las organizaciones sindicales y asociaciones productoras. Es más una democracia económica que política. . . lo que parece divergencia ideológica o doctrinaria, en el régimen brasileño, en relación a los demás Estados de América es, solamente, la afirmación de nuestras peculiaridades.⁶⁸

Años antes, en 1938, Vargas ya había definido al Estado Novo y su relación con las masas trabajadoras:

Ningún gobierno, en los días presentes, puede desempeñar su función sin satisfacer las justas aspiraciones de las masas trabajadoras. ¿Cuáles son las aspiraciones de las masas obreras, cuáles sus intereses? . . . ¡El orden y el trabajo! En primer lugar, el orden, porque en el desorden nada se construye y porque, en un país como el nuestro, donde hay tanto trabajo por realizar, donde hay tantas iniciativas que adoptar, donde hay tantas posibilidades a desarrollar, solamente el orden asegura la confianza y la estabilidad. El trabajo solamente puede desarrollarse en ambiente de orden. Por eso, la ley del sueldo mínimo, que viene a traer garantías al trabajador, era necesidad que hace mucho se imponía.⁶⁹

⁶⁷ Manuel Mauricio de Albuquerque, “Reformas na América Latina”, en *Essaios de Opinião*, Editora Inubia, Río de Janeiro, 1975. p. 35.

⁶⁸ Getulio Vargas, *op. cit.*, vol. VIII. p. 297, 298, 285.

⁶⁹ *Idem*, vol. V. p. 203.

En análisis de Luis Vergara ciertamente explica el pensamiento de Vargas, arriba referido:

Las ideas comtistas, cuyo conocimiento era casi obligatorio a los jóvenes que se iniciaban en la vida pública de Río Grande du Sul, en su tiempo de mocedad y de estudiante del curso de ciencias jurídicas, constituyeron el eje de la formación de su pensamiento y de la concepción política de la vida social. Nada se perdió, ni aún aquellos postulados positivistas del orden como principio y del progreso como fin y de la necesidad de incorporación del proletariado a los cuadros políticos del Estado moderno. La idea de justicia social fue la base de toda su obra de elevación del nivel económico de los asalariados y de la protección legal a los derechos del trabajo.⁷⁰

En 1945 Vargas es derrocado. El general Eurico Gaspar Dutra, ministro de la Guerra en el Estado Novo, será el nuevo presidente. Para las fuerzas populares no hubo, por tanto, caída de la dictadura, sino lo contrario, ya que la estructura sindical corporativa no fue tocada y el gobierno Dutra reprimió duramente a las fuerzas obreras independientes.

Hay que tener en cuenta que el país presentaba un crecimiento industrial vertiginoso y el número de obreros aumentaba considerablemente:

	establecimientos industriales	obreros ocupados
1940	49.418	781.185
1950	89.086	1.256.807 ⁷¹

A este proletariado en crecimiento el gobierno Dutra lo reprimió, tanto indirectamente a partir de la gran inflación, como también directamente, con el propósito del mantenimiento de elevadas tasas de acumulación. En contrapartida, el mismo gobierno dilapidó los recursos ahorrados en el periodo de la guerra.⁷²

En ese contexto ocurre el corto periodo (1945/47) de legalidad del Partido Comunista, obtenida gracias a la coyuntura de posguerra. Obtenida la legalidad, el PC buscó afanosamente la legitimación política en la propia estructura del Estado Novo, lo que parecía una condición de su propia sobrevivencia. De esta forma se ligó a Vargas empezando a fortalecerse en la estructura sindical. Así, la búsqueda de su legitimación como miembro del sistema partidario pasaba por el camino del refuerzo de su posición en la

⁷⁰ Luis Vergara, *op. cit.*, p. 238.

⁷¹ Caio Prado Jr., *História Econômica do Brasil*, Ed. Brasiliense, São Paulo. p. 327.

⁷² Getulio Vargas había dejado el gobierno en 1945 "en perfecto orden y equilibrio económico-financiero con 600 millones de dólares en disponibilidad oro". (Luiz Vergara, *Fui secretário de Getulio Vargas*, Ed. Globo, Porto Alegre, 1960. p. 92).

estructura sindical en donde aparecía como representante de los trabajadores. Pero, justamente en ese campo, sufría la concurrencia del Partido Trabalhista Brasileiro (PTB), un partido del punto de vista de las clases dominantes menos “peligroso”, con un mayor margen de maniobra en términos de relación con la masa obrera, lo que estrechó rápidamente sus posibilidades de sobrevivencia.⁷³

El propio derrumbe de Vargas del poder⁷⁴ —al salir dijo: “Los trabajadores, los humildes. . . me comprenderán” . . .⁷⁵— forma parte de la profundización de la represión de las fuerzas populares en creciente ascenso reivindicativo. Ya en 1945 el “queremismo” (movimiento popular que a partir de la consigna “queremos Getulio”, reivindicaba la permanencia de Vargas en el poder) crecía rápidamente. La propia alianza de Vargas con el Partido Comunista es comprensible en este contexto: es una tentativa de incrementar su ligazón con las masas urbanas como contrapartida de la pérdida creciente de sus bases conservadoras de sustentación.

En 1950, Getulio Vargas vuelve a la Presidencia de la República “en los brazos del pueblo”, esto es, electo después de memorable campaña presidencial, con lo que se inicia el tercer periodo (1950/54) de la era Vargas. En un momento de grandes manifestaciones sociales. La propia elección de Vargas es la expresión concreta de la continuidad del movimiento de masas

En ese periodo vamos a asistir a las consecuencias de la ruptura, desde el punto de vista de las clases dominantes, del compromiso expresado en el Estado Novo, el compromiso preservador del “peso igual” en el Estado de las burguesías industrial y agraria.

Subyacente a esta ruptura está la suplantación, hasta llegar a un estadio de oposición, de la complementariedad entre el desarrollo industrial y las actividades agroexportadoras. La industria acabó superando en importancia a la actividad agroexportadora.

Ya en 1944 Vargas había dicho: “Pusimos en relieve los propios valores económicos, inclinamos la balanza de la producción para el sector industrial. . .”⁷⁶

Con el consecuente crecimiento del proletariado urbano vamos a encontrar las dos clases —el proletariado y la burguesía industrial— en condiciones

⁷³ Véase a respecto Ricardo Maranhão, *Sindicatos e Democratização*, Ed. Brasiliense, São Paulo, 1979 y Spindel, Arnaldo, *O Partido Comunista na Gênese do Populismo*, Edição Símbolo, São Paulo, 1980. p. 92.

⁷⁴ El proceso de “redemocratización” se aceleró con la visita del secretario de Estado Edward R. Stettinius Jr., el cual llegó a Río de Janeiro directamente de Yalta. En esa época la embajada de EEUU en Río emitió una nota diciendo que “el embajador norteamericano estaba informado de la insatisfacción en contra del gobierno de Vargas” y que EEUU “no iba a intervenir, pero esperaba que las transformaciones se hicieran pacíficamente, y resultaran en un gobierno libre y más democrático”. En Moniz Bandeira, *Presença dos EEUU no Brasil*, Ed. Civilização Brasileira, Río de Janeiro, 1973. p. 298.

⁷⁵ En Helio Silva, *op. cit.*, p. 118.

⁷⁶ Getulio Vargas, *op. cit.*, vol. XI. p. 28.

de establecer una alianza en contra de los viejos sectores agroexportadores.

Las capas medias urbanas se beneficiaban también del proceso: el desarrollo industrial propiciaba empleo, elevación del nivel de vida, posibilidades de prestación de servicios y de pequeños negocios.

En el plano ideológico, el nacionalismo estaba en condiciones de responder a las necesidades de homogenización de los intereses de esas clases, así como al mismo tiempo funcionaba, desde el punto de vista de la burguesía industrial, con la posibilidad del control ideológico sobre las masas.

Ya en 1944 Vargas hablaba en la línea de la inminente nueva alianza de clases: "Jamás pretendí fomentar la lucha de clases, sino por el contrario, la paz, la armonía y la colaboración entre ellas."⁷⁷

Empezaba entonces el periodo auténticamente populista de Vargas. Los anteriores son más bien periodos de preparación, aunque en el plano teórico Vargas revele ya el populismo que está por venir.

Sin embargo, en la práctica, especialmente por la política nacionalista y coherentemente beneficiadora del mercado interno, como expresión de esta alianza de clases referida, es éste el periodo auténticamente ligado a un proyecto nacional autónomo, pero en un momento de "recuperación" del imperialismo.

Así, podemos citar la creación del Plan SALTE (inversiones públicas en la Salud, Alimentación, Transporte y Energía); del Banco Nacional de Desarrollo Económico (BNDE); del Plan Nacional de Rodovías (carreteras), y del Fondo Nacional de Electrificación, así como la creación de Petrobras, a través de la cual se instituía el monopolio estatal del petróleo, como algunas de las grandes realizaciones de ese periodo.

De Petrobras, Vargas dijo:

Constituida con capital, técnico y trabajo exclusivamente brasileños, Petrobras resulta de una firme política nacionalista ya consagrada en el terreno económico. Y por otras arrojadas empresas en cuya viabilidad siempre he confiado. Cuando se construía Volta Redonda, muchos descreyeron de sus posibilidades, pero hoy la gran siderurgia se yergue como testimonio de la capacidad creadora nacional.⁷⁸

A su política antiimperialista, a nivel externo, correspondió, en el plano interno, una política obrera destinada a atraer el apoyo obrero. El ministro del Trabajo, João Goulart fue, sin embargo, destituido cuando, después de intentar la elevación del sueldo mínimo —congelado desde 1945— en 100% y de proponer la organización unitaria de las direcciones sindicales, fue blanco de una furiosa campaña por parte de la derecha, cuyo núcleo central estaba constituido por los sectores agrarios.

Un documento elaborado por coroneles del ejército lo llamaba insólita-

⁷⁷ *Idem, op. cit.*, vol. X. p. 19.

⁷⁸ Getulio Vargas, *O Governo Trabalhista no Brasil*, vol. IV, Livraria José Olympio, Editora, Río de Janeiro. p. 87/88.

mente “agente de Perón”, acusándolo de intentar viabilizar en Brasil una “república sindicalista” como la de Perón.

A partir de entonces empiezan las concesiones y los retrocesos de Vargas: la Ley de Seguridad Nacional, la prórroga y ampliación del Acuerdo Militar Brasil –Estados Unidos, así como la reforma cambiaria de 1953, por la cual se buscó incrementar las exportaciones y frenar las importaciones.

La campaña de la derecha en su contra (bajo el liderazgo de Carlos Lacerda) fue creciendo en la medida en que su política de conciliación lo aislaba de las masas.

Su política de conciliación se verificó en la práctica, pues verbalmente proseguía siempre más radicalmente con sus denuncias del imperialismo norteamericano. Al mismo tiempo hablaba a los trabajadores sin que ninguna consecuencia directa se desprendiera de eso:

. . . no cabe ninguna hesitación en la elección del camino que se abre frente a ustedes. No tienen armas ni tesoros, ni pueden contar con influencias ocultas que muevan los grandes intereses. Para vencer los obstáculos y reducir las resistencias es necesario que ustedes se unan y se organicen. Unión y organización debe ser vuestro lema: constituís la mayoría. Hoy estáis con el gobierno. Mañana seréis el gobierno.⁷⁹

Nelson Werneck Sodré, sintetiza la situación:

(. . .) los pronunciamientos de Vargas, en 1953 y 1954, sorprenden por la audacia, y más que audacia, atrevimiento. (. . .) tales pronunciamientos, de los más vehementes que se han hecho en Brasil contra el imperialismo, señalan, al parecer, el deliberado propósito de jugar una carta decisiva (. . .) Sin embargo, tales pronunciamientos (. . .) quedan casi sin resonancia. Por la gravedad de su contenido, por la violencia, por la enormidad de los crímenes denunciados, eran para levantar a la nación, encenderle fuego, despertar las más recónditas energías nacionales, movilizar el pueblo y, sin embargo, nada de eso ocurría. Vargas decía verdades, las más terribles verdades. Pero nadie más lo oía, nadie más le prestaba atención, nadie más se disponía a secundarlo. El estaba sólo.⁸⁰

Ya en 1953, “se sentía cansado y nauseado”.⁸¹

La derecha en feroz campaña en su contra, la izquierda (el PC, especialmente) en oposición a él, las “masas getulistas” amorfas, ése es el cuadro que lo lleva al gesto externo del suicidio cuando ya estaba virtualmente depuesto.

El tiro en el corazón y la *Carta Testamento* causaron un gran impacto y

⁷⁹ Getulio Vargas, *O Governo Trabalhista do Brasil*, vol. IV ed. cit. p. 492/493.

⁸⁰ Werneck Sodré, Nelson, “A Epoca de Vargas”, en *Ensaio de Opinião*, Ed. Inúbia, Río de Janeiro, 1975. p. 12.

⁸¹ Luiz Vergara, *op. cit.*, p. 226.

obligaron a la derecha a un reflujo de diez años para volver más decidida y preparada en 1964.

En la *Carta Testamento*; Vargas dice:

Una vez más, se coordinaron las fuerzas y los intereses contra el pueblo y se desencadenaron sobre mí.

No me acusan, insultan; no me combaten, calumnian y no me dan el derecho de defensa. Necesitan sofocar mi voz e impedir mi acción, para que yo no prosiga defendiendo, como siempre defendí, el pueblo y principalmente los humildes. Sigo el destino que me es impuesto. Después de decenios de dominio y expoliación de los grupos económicos y financieros internacionales, me hice jefe de una revolución y vencí. Inicié el trabajo de liberación e instauré el régimen de libertad social. Tuve que renunciar. Volví al gobierno en los brazos del pueblo.

La campaña subterránea de los grupos internacionales se alió a la de los grupos nacionales revueltos contra el régimen de garantía del trabajo. La ley de ganancias extraordinarias fue detenida en el Congreso. Contra la justicia de la revisión del sueldo mínimo se desencadenaron los odios. Quise crear la libertad nacional en la potencialización de nuestras riquezas a través de la Petrobras, mal empieza ésta a funcionar y la ola de agitación se enloquece. La Eletrobras fue obstaculizada hasta la desesperación. No quieren que el trabajador sea libre. No quieren que el pueblo sea independiente.

Asumí el gobierno dentro de la espiral inflacionaria que destruía los valores del trabajo. Las ganancias de las empresas extranjeras alcanzaban hasta 500% al año. En las declaraciones de valores de lo que importábamos existían fraudes constatados de más de 100 millones de dólares por año. Vino la crisis del café, se valorizó nuestro principal producto. Intentamos defender su precio y la respuesta fue una violenta presión sobre nuestra economía, a punto de vernos obligados a ceder.

He luchado mes a mes, día a día, hora a hora, resistiendo a una presión constante, incesante, soportando todo en silencio, olvidando todo, renunciando a mí mismo, para defender el pueblo que ahora se queda desamparado. Nada más os puedo dar, a no ser mi sangre. Si las aves de rapiña quieren la sangre de alguien, quieren continuar subyugando al pueblo brasileño, yo ofrezco en holocausto mi vida. Escojo este medio de estar siempre con ustedes. Cuando os humillaren sentiréis mi alma sufriendo a vuestro lado. Cuando el hambre llame a vuestra puerta, sentiréis en vuestro pecho la energía para la lucha por ustedes y por vuestros hijos. Cuando os vilipendiaren, sentiréis en mi pensamiento la fuerza para la reacción.

Mi sacrificio os mantendrá unidos y mi nombre será vuestra bandera de lucha. Cada gota de mi sangre será una llama inmortal en vuestra conciencia y mantendrá la vibración sagrada para la resistencia. Al odio contesto con el perdón. Y a los que piensan que me derrotaron contesto con mi victoria. Era esclavo del pueblo y hoy me libero para la vida eterna. Pero ese pueblo de quien fui esclavo ya no será esclavo de nadie.

Mi sacrificio quedará para siempre en su alma y mi sangre será el precio de su rescate.

Luché contra la expoliación de Brasil. Luché contra la expoliación del pueblo. He luchado a pecho abierto. El odio, las infamias, la calumnia no abatieron mi ánimo. Yo os di mi vida. Ahora ofrezco mi muerte. Nada recelo. Serenamente doy el primer paso en el camino de la eternidad y salgo de la vida para entrar en la Historia.

Leonel Brizola, el principal heredero político del varguismo, en entrevista concedida en Nueva York, antes de volver del exilio, utilizó una imagen para caracterizar a Vargas como un reformista en la frontera de la conciencia revolucionaria. Hablando de la *Carta Testamento*, dice:

Es un documento de valor. El documento de un hombre que, cuya evolución llenó un periodo de la historia brasileña, y llega al fin de la vida y dice: Mira, yo voy a cerrar mis ojos y oídos, no quiero ver y oír, por mi formación, por mi pasado, no consigo cruzar eso. Pero sé que Brasil tiene que ir para allá. Yo no puedo. Soy un hombre que vengo de la aristocracia rural, de otra formación. Getulio evolucionó y su conciencia llegó hasta aquel punto y dijo: no puedo cruzar. Pero lo que yo pienso está aquí escrito.⁸²

4. Argentina: El Estado y la Unidad Nacional Peronista

En Argentina el desarrollo del capitalismo reservó a esta nación —desde el siglo pasado— un lugar específico en la nueva división internacional del trabajo: el de abastecedor de materias primas a cambio de productos industrializados producidos por Gran Bretaña.

Se desarrolló así en el interior de Argentina un sólido sector agrario-exportador, que incorporó desde el principio en su sistema de dominación a los grupos regionales que aparecían como diferenciados.

La burguesía industrial en ascenso desde el inicio del siglo tiene su trayectoria vinculada al sector agrario-exportador.

Las capas medias que crecen ligadas al desarrollo urbano son incorporadas al sistema político a través del radicalismo que moviliza también a algunos sectores populares.

La clase obrera, por su parte, está organizada en sindicatos y partidos políticos, tales como el Partido Comunista y el Socialista.

A raíz de la crisis de la economía primario-exportadora a partir de 1929, con la disminución del volumen de las transacciones y la caída de los precios, los grupos dirigentes incrementaron las actividades destinadas a producir para el mercado interno. El proteccionismo aduanero, la compra de cosechas, la realización de vastos planes de obras públicas y el control de

⁸² Leonel Brizzola, "Volver. . . y fundar el nuevo PTB", entrevista concedida a Afonso Ritter, en *Coojornal*, Porto Alegre, noviembre 1977. p. 20.

cambios fueron algunos de los aspectos que exigieron la atención del Estado, que enfrentará la crisis adaptando medidas intervencionistas.⁸³

Argentina buscó, por tanto, adaptarse a las condiciones de inestabilidad del mercado mundial de materias primas, manteniendo el crédito externo, para lo que era necesario substituir importaciones en el sector agrícola —algodón especialmente— y privilegiar el incremento industrial de bienes de consumo no durables. Así, en el caso de declinación de la capacidad de importar podía comprimir más fácilmente la demanda de los bienes durables de consumo y de los equipos.

ARGENTINA: PRODUCCIÓN NACIONAL

	Producción Agropecuaria	Producción Industrial
1895	37.0%	13.0%
1914	24.9%	15.6%
1947	18.5%	23.7%

FUENTE: Gino, Germani, *Sociología de la modernización*, Ed. Paidós, Buenos Aires, 1971. p. 115.

Los datos revelan la industrialización temprana y consistente de Argentina. Ningún otro país latinoamericano vio, ya en la década del 40, la producción agropecuaria superada por la producción industrial.

La correspondencia política inicial de estos cambios en la esfera económica fue la caída, en 1903, del gobierno de Yrigoyen, el irigoyenismo mostró su incapacidad para crear un nuevo orden totalizador de la revolución nacionalista popular en un momento de consistente ascenso industrial en los marcos de la dominación sistematizada y tradicional.

El golpe militar que lo derrumbó, en 1930, puso fin a un periodo de estabilidad política que había durado setenta años. El golpe vino en beneficio de la vieja oligarquía terrateniente, inaugurando una época de mayor rigidez desde el punto de vista de la dominación política. La corrupción y los fraudes electorales acabaron por dar su nombre a la época: Década Infame (1930/43).

Con el golpe, los grupos exportadores reforzaron nuevamente su posición en el Estado, pero solamente hasta 1943, que marca el ascenso de Perón.

Si el irigoyenismo ya no pudo escapar del *impasse* en que fue colocado por el desarrollo capitalista, tampoco lo pudieron hacer los gobiernos de la “Década Infame”, incapaces de concebir un país diferente del que nació de

⁸³ El Estado se fortaleció mucho en ese contexto. Ya en el periodo entre 1918 y 1923 el presupuesto fiscal había subido en un 80%. Marcos, Kaplan *La formación del Estado nacional en América Latina*, Editorial Universitaria, Santiago de Chile, 1962. p. 288.

la colonización capitalista sistematizada. La incompresión generalizada de las contradicciones de la sociedad argentina abrió, indudablemente, el camino al peronismo, mientras la relación del Estado con la economía adquiría dimensiones más amplias que en cualquier otra época anterior.

Un problema básico que se encontraba desde la perspectiva de la reproducción del sistema era el de la yuxtaposición del control de la clase obrera, cuya expresión política se daba dentro de marcos nítidamente “clasistas”, con la integración del mercado interno de manera de no impedir el crecimiento de la burguesía industrial.

Claro que la legislación social y la atención de demandas materiales significaría de forma creciente la concretización del control por medio de la concesión, camino que solamente el peronismo sabrá utilizar convenientemente.

Antes de eso, el yrigoyenismo, configurando un “populismo precoz”, encauzó una salida incipiente y temporaria para ese dilema, pero la contradicción básica entre el crecimiento de las fuerzas productivas yuxtapuesto a un sistema político “cerrado” era una cuestión todavía no resuelta.

El peronismo tornará posible, a partir de 1943, la superación de esta contradicción. Mantendrá el nivel de expansión económica no impidiendo la continuidad de la ascensión de la burguesía industrial, pero imponiéndole directrices generales que aceleraron la incorporación de las masas no sólo desde el punto de vista económico, sino también social y políticamente.

El Estado intentará, entonces, ejercer el papel de árbitro de la lucha de clases —aunque en el ámbito peronista jamás se hable de lucha de clases; la única lucha admitida es la del “pueblo” contra la “oligarquía”— y como agencia de redistribución de rentas.

Así, en ese contexto, el peronismo representará una “coyuntura de poder” que se efectivizará en la medida en que concilia la acumulación capitalista con la emergencia política, social y económica de las masas populares.

Esta emergencia de las masas significa su adhesión al peronismo, como resultado de la supremacía de la corriente que privilegiaba las reivindicaciones materiales inmediatas, lo que era consecuencia directa de la actuación de los partidos de izquierda que propugnaban postergar estas reivindicaciones materiales en nombre del frente antifascista en la Segunda Guerra Mundial.

La alianza, en el plano internacional, entre la URSS, EEUU y Gran Bretaña era factor de confusión para las cúpulas dirigentes de los sindicatos y de los partidos socialista y comunista, en la medida en que tendían a identificar el imperialismo con el nazismo, mientras que en la realidad económica de la Argentina eran el imperialismo inglés y el norteamericano los que actuaban.

Los partidos Socialista y Comunista imponían a sus adeptos en los sindicatos una línea política de abandono del antiimperialismo línea que se traducía en la práctica en la paralización de las luchas por las reivindicaciones obreras, en cuanto chocaran con los intereses de los monopolios extranjeros y empresariales argentinos, aliados a las izquierdas en el frente democrático antifascista.⁸⁴

Esto dejaba a los dirigentes sindicales socialistas y comunistas bajo dos presiones. Por un lado, las masas reclamaban mejoras sociales inmediatas, tales como aumento de salarios y disminución del costo de la vida. Por el otro, sus partidos exigían postergar estas reivindicaciones en nombre de la lucha antifascista.

E invariablemente se decidieron a considerar prioritaria la lucha antifascista, lo que en la práctica significaba postergar las reivindicaciones de mejoras sociales.

Los partidos de izquierda consideraron prioritario, dentro de la concepción del frente antifascista, el envío de carne y productos esenciales a los países “democráticos” en guerra, para lo cual era necesario que no se planteasen huelgas ni conflictos.

Y repitieron la tesis del secretario general del Partido Comunista de EEUU, Earl Browder, según el cual “la alianza con la URSS desimperializa a los EEUU y Gran Bretaña”.⁸⁵

La consecuencia es que estos partidos —Marcos Kaplan habla de “la izquierda envejecida y de espaldas al país”—⁸⁶ van a perder el control sindical.

Sin hacer un estudio acertado de las condiciones internas de la nación, no consiguieron identificar el lugar que ocupaba la lucha de clases y no tuvieron condiciones para luchar por la satisfacción de las reivindicaciones económicas inmediatas de los obreros. Con esto, en un país de gran desarrollo industrial, la masa obrera agremiada, de modo general, dejará de identificarse con sus dirigentes.

Y esta situación, que involucraba un vacío de poder, será comprendida admirablemente por Perón.

El 4 de junio de 1943 un grupo de oficiales organizados en el famoso GOU (Grupo de Oficiales Unidos) del cual Perón formaba parte, efectúa un golpe militar.

Estos oficiales estaban convencidos de la necesidad del establecimiento de una alianza con las masas obreras y ahí reside la importancia fundamental de este golpe, que a la larga propiciará a Perón la toma del poder: un

⁸⁴ Rodolfo Puigrós, *El peronismo: sus causas*, Ed. Cepe, Buenos Aires, 1972. p. 53.

⁸⁵ Rodolfo Puigrós, *op. cit.*, p. 46.

⁸⁶ Marcos Kaplan, “Naturaleza del peronismo”, en revista *Problemas del Desarrollo*, núm. 11. Instituto de Investigaciones Económicas, UNAM, México, 1972. p. 81.

núcleo castrense empieza a obtener la confianza de las masas trabajadoras al proponer un programa de nacionalizaciones, planificación económica y "justicia social".

A partir del golpe del 4 de junio de 1943 empieza la carrera ascendente de Juan Domingo Perón dentro del gobierno. Designado el 7 de junio jefe de la Secretaría del Ministerio de la Guerra, el 27 de octubre se le nombra titular del Departamento Nacional del Trabajo, desde donde inicia sus primeros contactos con dirigentes sindicales. En el mes siguiente, el 29 de noviembre, se crea la Secretaría de Trabajo y Previsión, con la que se sustituye al organismo citado anteriormente, y Perón es designado su titular. Ahí continúa la ejecución de su estrategia política en el sentido de la obtención del apoyo del movimiento sindical. En febrero de 1944, Perón fue designado ministro de Guerra con retención de sus otras funciones. En seguida, el 7 de julio de 1944, fue designado vicepresidente de la nación, manteniendo las funciones del ministro de Guerra y secretario de Trabajo y Previsión. La combinación de estos tres cargos fue fundamental; le permitieron granjearse un doble apoyo: del ejército y de las fuerzas del trabajo. Después, a través de memorables elecciones, fue electo, en 1946, presidente de la República, cargo que ocupó hasta 1955, cuando fue derribado del poder por un golpe militar.

En los inicios del peronismo ninguna clase social tenía poder suficiente para monopolizar de forma incondicional el aparato estatal. En el eje de la nueva alianza de clases, la burguesía industrial nacional y el nuevo proletariado conjugaron sus fuerzas para conquistar, mantener y ampliar su poder en contraposición a una parte recalcitrante de las burguesías agropecuaria, comercial y financiera tradicionalmente vinculadas a la economía primaria exportadora y a los monopolios extranjeros.

En consecuencia, el Estado se convertiría en el centro de poder de un sistema de fuerzas heterogéneas y hasta virtualmente antagónicas. De ahí la función arbitral que Perón intentará conferirle. Habrá una combinación *sui generis* de los sistemas de movilización y control de las masas asalariadas urbanas con el aparato estatal, específicamente el Poder Ejecutivo. Habrá una combinación singular entre el Estado, el partido gubernamental (el movimiento peronista sustituirá rápidamente al partido peronista y el sistema sindical. Se manifestará un policlasismo en el cual la alianza de clases es resultado justamente del no agravamiento de las contradicciones de clase. No agravamiento, o agravamiento limitado.

La burguesía dividida y la alianza de una de sus fracciones (la burguesía desasimila una parte de sí misma, según Gramsci)⁸⁷ con otras clases sociales en el marco de un no agravamiento de las contradicciones de clase, posibilita entonces la función arbitral del Estado y determina la imposibilidad de la utilización de una concepción del Estado como fuerza pura:

⁸⁷ Antonio Gramsci, *La política y el Estado moderno*, Ediciones Península, Barcelona, 1971. p. 176.

Una clase que se presente como capaz de asimilar a toda la sociedad y sea, al mismo tiempo, capaz de expresar este proceso, lleva a la perfección dicha concepción del Estado y del derecho hasta el punto de concebir el fin del Estado y del derecho por haber llegado a ser inútiles y haber agotado su tarea y haber sido absorbidos por la sociedad civil.⁸⁸

Evidentemente éste no fue el caso argentino, donde sí hubo lugar —en el periodo peronista— para el Estado como instancia arbitral, debido precisamente a esta singular alianza de clases arriba referida.

Sin embargo, hay que advertir todavía que en el juego con las masas asalariadas no hubo solamente manipulación sino también concesión. El gobierno se vio obligado a poner en práctica o establecer las condiciones institucionales mínimas para que esas masas ejercitaran su derecho ciudadano. La sindicalización, las fiestas, la asistencia médica, la escuela primaria gratuita, el derecho del voto, etcétera, son derechos mínimos a que las masas o los humillados y ofendidos, los hombres sencillos, “los olvidados” en el régimen oligárquico, tienen acceso. Sin embargo, como se ha dicho, por más que estas concesiones obedezcan a un propósito meramente manipulador de las masas, no se puede olvidar que significan una concesión, por menor que sea. En consecuencia, no pueden dejar de contribuir, aun en mínima parte y de alguna forma al crecimiento de la conciencia o la identidad de clase de las masas. Es imposible una manipulación en términos puros que pudiese pasar por encima del desarrollo dialéctico de la evolución histórica. Entonces:

El Estado es presentado por las fuerzas que se hallan en el poder como si representase, al mismo tiempo, a todas las clases y grupos sociales, pero visto como pueblo, como una colectividad para la cual el nacionalismo desarrollista pacifica y armoniza los intereses y los ideales. El Estado es propuesto e impuesto a la sociedad como si fuera su mejor y único intérprete, sin la mediación de los partidos.⁸⁹

El Estado y el jefe de gobierno: una identidad plena. En el caso que nos ocupa hubo todavía una particularidad original; el liderazgo de la jefatura del gobierno se desdobra, por decirlo así, en dos: el “pueblo” deberá tener al jefe, la otra entidad del régimen, una lealtad doble: a la figura del jefe y a la de su esposa, Eva Perón, que ejerce un liderazgo informal,⁹⁰ pero no por eso menos fuerte. Eva Perón pasó a ser la posibilidad de muchos contactos con el jefe de Estado (principal líder formal) y fue por

⁸⁸ *Idem, Ibidem.*

⁸⁹ Octavio Ianni, *La formación del Estado populista en América Latina*, Ed. Era, México, 1975. p. 141.

⁹⁰ Véase José Luis de Imaz, *Los que mandan*, Informes de EUDEBA, Buenos Aires, 1969. p. 40/41.

lo común un canal modificador y adaptador de algunas de las principales decisiones tomadas por los organismos formales.

La personalidad del régimen llevó a Eva Perón a atender de manera especial los cargos burocráticos de nivel medio, cuyos roles meramente de “canales de transmisión de órdenes”⁹¹ no dispensaban, sin embargo, de la necesidad de la lealtad comprobada. Lealtad doble, por cierto: al jefe de Estado en última instancia, pero también lealtad directa y personal a su esposa, la líder seleccionadora, la líder intermediaria, la líder informal. De ahí que, desde muchos aspectos, Eva Perón haya llenado más un liderazgo en términos de “dominación carismática”, según la clásica conceptualización de Max Weber,⁹² que el propio jefe de Estado.

La propia Evita definió de manera sencilla, pero con extrema lucidez, su función en el Estado argentino: un eslabón entre el poder y las masas, desde su papel específico de líder efectivo de la CGT: “Cuando miro a Perón me siento pueblo, y por eso soy fanática del General, y cuando miro al pueblo me siento esposa del General, y entonces soy fanática del pueblo.”⁹³

La vinculación de la organización sindical al aparato estatal surge entonces como consecuencia lógica. Las jornadas de octubre de 1945, especialmente, tuvieron un significado fundamental ya que expropiaron el poder político a la oligarquía e imprimieron al Estado una orientación nacional. Asimismo, las jornadas de octubre fueron el punto de gravedad del establecimiento de una estrecha relación entre los sindicatos y el poder formal. El dirigente del Estado resultó a la vez el líder máximo de los trabajadores. La identificación se produjo en todos los planos, convirtiéndose los sindicatos en uno de los puntos de apoyo básicos del grupo gobernante, del Estado, en suma. Y el Estado, al acordar unidad gremial a los sindicatos, de acuerdo a sus actividades, impuso un sindicato único, con lo que pragmáticamente organizó este apoyo, del cual estaba sobremanera necesitado.

Indudablemente, el gobierno reformuló los requisitos funcionales del sindicalismo para mantenerlo dependiente del aparato estatal y limitado a las finalidades de la política populista. Es indudable que el obrerismo peronista fue el mejor organizado de América Latina. Basado en la táctica de gobiernos precedentes, fue un obrerismo organizado por el Estado. Y tan bien organizado que, con la caída del líder, el obrerismo peronista no desaparece, sino, por el contrario, conserva una fuerza considerable, pero actuando a partir de entonces en la oposición. La caída del líder marcó el pasaje del obrerismo peronista a la oposición. Por otro lado, esto no impidió la enorme corrupción de los líderes del obrerismo peronista. La corrupción de los líderes fue una consecuencia directa de la burocratización. Sin

⁹¹ *Idem*, p. 41.

⁹² Véase Max Weber, *Economía y sociedad*, tomo I, 1a. parte (Teoría de la organización social), Fondo de Cultura Económica, México, 1944. p. 252/257.

⁹³ Eva Perón, *Historia del peronismo*, Presidencia de la Nación, Subsecretaría de Informaciones, Buenos Aires, s/fecha. p. 45.

embargo, lo importante en el manejo de los obreros es que Perón pretendía de esta forma crear un poder paralelo al poder militar. El aparato sindical tenía en la estrategia política peronista la función específica de ser un aparato paralelo al poder militar. Debería funcionar como aparato que contrarrestara el poder militar. Este hecho se volvió particularmente visible al finalizar el gobierno peronista, cuando el caudillo, rompiendo con los militares y el clero, pensaba poder contrarrestar esta ruptura con los obreros, mediante el poder sindical. En este mismo sentido, el de contrapeso a los militares, debe ser vista la fundación del Consejo Federal de Seguridad, compuesto por fuerzas policiales (Ley núm. 14.071 de noviembre de 1951, así como la introducción de la pena de muerte en los casos de rebelión y la declaración de “estado de guerra interno.”⁹⁴

La consecuencia directa de este hecho fue el crecimiento del aparato burocrático. La burocracia sindical es especialmente poderosa. En el tiempo de Perón el número de empleados en cada sindicato llegó a oscilar entre ochenta y doscientos, y con el tiempo la burocracia creció más todavía. Los gastos técnicos burocráticos aumentaron en un cuatrocientos por ciento en los primeros cinco años del régimen peronista.⁹⁵

De esta manera, la relación gobierno-sindicalismo se torna ambivalente: el sindicalismo y su máquina burocrática es la más importante fuente de poder, pero es también un factor limitador de ese poder, en la medida que impide la consecución plena del proyecto de desarrollo nacional.

Así, el proceso de agotamiento del proyecto nacional peronista no encontró, jamás, un amparo en lo que podría haberse constituido en su contrapartida directa, o sea, la acción consciente y decidida de las masas populares identificadas con el peronismo. Esto, por el hecho de que la adhesión de las masas populares al peronismo se verificó en un cuadro de obscurecimiento de la división real de la sociedad en clases con intereses sociales antagónicos, y con el consecuente establecimiento de la idea vaga y difusa de “pueblo” —palabra muy usada por Perón— entendido como una comunidad con intereses solidarios.

De esta forma, es comprensible la idea y función de paternidad que el peronismo tuvo con sus consejos casi familiares, como “de la casa al trabajo y del trabajo a la casa”, dicho cuando su caída del poder era ya inminente. Pero, ya el 22 de febrero de 1946; dos días antes de las elecciones, Perón, en un discurso, aconsejaba: “No concurra a ninguna fiesta, quédese en casa, no beba alcohol, rompa candados o la tranquera o corte el alambrado y pase a cumplir con la patria.”⁹⁶

⁹⁴ Véase Peter Waldmann, “As Quatro Fases do Governo Peronista”, en Fanny Tabak, (organizadora), *Ideologia-populismo*, Livraria Eldorado Tijuca, Río de Janeiro, 1973. p. 120.

⁹⁵ Véase Mário Martins, *Perón – um confronto entre a Argentina e o Brasil*, Edições do Povo, Río de Janeiro, 1950. p. 112.

⁹⁶ En Julio Mafud, *Sociología del peronismo*, Ed. América lee, Buenos Aires, 1972, p. 40.

Son consejos paternales, son consignas escuetas y directas.

Naturalmente, el papel de representatividad de los obreros ejercido por el peronismo tenía que concretarse en actos o, por lo menos, en un lenguaje específico que se hiciera merecedor de esta representatividad. La representatividad y la propia posibilidad de las consignas paternalistas necesitaban evidentemente del respaldo de una autoridad, solamente posible a partir de una vinculación directa del líder con las bases obreras. Y es justamente por eso que el peronismo ha acentuado tanto la necesidad de la justicia social. Sus tres principios: por una patria socialmente justa, económicamente libre y políticamente soberana, lo dicen claro.

Aquí estamos evidentemente en la base de la concepción peronista de la unidad nacional. Esta concepción de la unidad nacional cruza las fronteras, su meta trasciende a las esferas del campo económico y social, abarcando, a partir del deseo de una fraternidad plena, inclusive el campo “religioso”. Para la concretización de esto, Perón advierte la necesidad de controlar algo muy poderoso en la naturaleza humana: el egoísmo y la tentación de la ganancia excesiva. De ahí la importancia de “proteger” a los económicamente débiles. En las palabras de Perón:

Buscamos asegurar para nuestro pueblo un régimen social justo y humano, donde la cooperación reemplace a la lucha, donde no haya réprobos y elegidos; donde cada hombre que trabaje reciba un beneficio proporcionando a la riqueza que promueve; donde la sociedad no se desentienda, egoísta, del viejo ni del incapacitado, y donde la fraternidad, la generosidad y el amor presidan las relaciones entre todos los argentinos. Asegurar los derechos del trabajador, incorporándolos a la ley y a las costumbres argentinas, para que las clases económicamente débiles estén protegidas contra el egoísmo, la prepotencia y la explotación de los económicamente fuertes.⁹⁷

Naturalmente, desde el punto de vista del trabajador, su protección tendría como finalidad fundamental permitirle condiciones favorables en la producción. Según Perón,

(. . .) si el trabajador es el que construye y realiza, hay que respetarlo y dignificarlo, y, además, cuidarlo, alimentarlo y llevarlo adelante, porque es, en síntesis, la grandeza de la nación (. . .) El cuidado del material humano está, para nosotros, en primer plano, porque así como un patrono cuida una máquina valiosa, para el Estado la máquina más valiosa es el hombre, y organizar el cuidado de ese hombre tanto en lo físico como en lo moral es fundamental.⁹⁸

Este cuidado del hombre sería, específicamente según Perón: (. . .) cuidar la salud de cada individuo, la prosperidad de su familia, la educación de

⁹⁷ Juan Domingo Perón *La tercera posición argentina*, Ediciones Argentinas, Buenos Aires, 1973. p. 31.

⁹⁸ *Idem*, p. 32/33.

sus hijos y proporcionarle también, cuando llega la ineludible declinación de los años, un medio de vida digno y decoroso.⁹⁹

Por supuesto, la posición de Perón es la del “neocapitalismo”. Desde la perspectiva del aparato gubernamental y de las clases dominantes es cuestión de una estrategia más racional, de una estrategia que el momento histórico (Segunda Guerra Mundial, crecimiento de la industria de sustitución de importaciones, la presencia de una burguesía industrial nacional y del proyecto de desarrollo nacional autónomo) viabiliza plentamente. En este sentido, el 25 de agosto de 1944, cuando todavía era secretario de Trabajo y Previsión, en la Bolsa de Comercio de Buenos Aires, Perón dijo:

Se ha dicho, señores, que soy un enemigo de los capitales y si ustedes observan lo que les acabo de decir, no encontrarán ningún defensor, diríamos, más decidido que yo, porque sé que la defensa de los intereses de los hombres de negocios, de los industriales, de los comerciantes, es la defensa misma del Estado (. . .)¹⁰⁰

El 7 de agosto de 1945 en el Colegio Militar, concluyó:

Hay que organizar las agrupaciones populares y tener las fuerzas necesarias para mantener el equilibrio del Estado (. . .) La obra social no se hace más que de una manera: quitándole al que tiene mucho para darle al que tiene demasiado poco. Es indudable que eso levantará la reacción y la resistencia de esos señores que son los peores enemigos de su propia felicidad, porque por no dar un 30 por ciento van a perder, dentro de varios años o de varios meses, todo lo que tienen, y, además, las orejas.¹⁰¹

Hay que tener en cuenta que Perón habla, evidentemente, de acuerdo con las circunstancias y con el ambiente en que se encuentra, y no de conformidad con un conjunto sistematizado de ideas con las cuales se muestra invariablemente fiel. Sin embargo, sus planteamientos, claros y sencillos, son sintomáticos y permiten al observador entresacar las conclusiones nacidas de esta claridad y sencillez.

Por otra parte, la concepción peronista de la unidad nacional no se limita sólo al campo infraestructural, ni se circunscribe únicamente a la realidad interna de Argentina. Busca abarcar también el campo supraestructural y se encamina decididamente hacia una universalización totalizante. Dentro de una concepción estática de la historia, Perón busca primeramente un equilibrio interno en Argentina equilibrio que se conservaría *adaeternum*, por cierto. Posteriormente, cree viable una construcción semejante en todos los demás países, con lo que sería posible llegar a la “paz universal”. En la ambiciosa pretensión peronista, la “paz universal” sería una ideal fácil-

⁹⁹ *Idem*, p. 29.

¹⁰⁰ Citado en: *El peronismo ayer y hoy*, Ed. Diógenes, México, 1974. p. 11/12.

¹⁰¹ *Idem*, p. 13/14.

mente alcanzable. El análisis de un sinnúmero de sus manifestaciones así lo permite concluir: “(. . .) Sostenemos que (. . .) la unión de los pueblos es fundamental para el afianzamiento de las libertades esenciales y que la paz universal sólo será posible cuando la justicia social reine en cada pueblo.”¹⁰²

Perón valoriza su concepto de unidad nacional al punto de concederle una función rectora a nivel mundial. Entre los “extremismos” habría un lugar definido para esta función, reservada a la Argentina peronista.

La República Argentina (. . .) no se sitúa en forma equidistante ante los extremismos: los enfrenta decididamente, ofreciendo al mundo el ejemplo de su paz interior, la elevación del nivel material y cultural de sus habitantes, mancomunados todos en el esfuerzo de legar a sus hijos, junto con las conquistas logradas por ellos, la herencia de una nación que finca su fuerza en la pacífica y equilibrada distribución de sus riquezas y que cumple ya en el mundo, y en virtud únicamente de los valores del espíritu, una función noblemente rectora.¹⁰³

Perón tiene la convicción de estar al frente de un régimen cuyo significado básico, a nivel internacional, sería servir de cimiento a un modelo destinado a erigir los fundamentos de la “paz universal”, anhelo de los hombres y los pueblos a través de los siglos.

Podemos advertir todavía otra tendencia fácilmente perceptible en las manifestaciones de Perón: dentro de su concepción estática de la historia, él, que busca un equilibrio, que quiere llegar a un estadio estático, al blanco del desarrollo histórico, teme también este mismo desarrollo histórico. En sus planteamientos se percibe con frecuencia el temor de no poder controlarlo. Así, el “progreso” —algo temido desde luego— tiene “formas tumultosas” y el mundo que le toca vivir es un “mundo atormentado”.

Se me antoja primordial la recuperación de la escala de magnitudes, esto es, devolver al hombre su proporción para que posea plena conciencia de que ante las formas tumultuosas del progreso, sigue siendo un portavoz de valores máximos.¹⁰⁴

Además del temor al progreso, o sea de las transformaciones históricas, la cita mencionada muestra un lenguaje para “disciplinar” a las masas. Asimismo, es indiscutible que expresiones como “progreso”, “valores máximos”, al igual que otras muy frecuentes en Perón, como “dignidad humana”, “pueblo”, etcétera, son bastante vagas, manifestación concreta del carácter de conciliación social que su concepción de unidad nacional propugna. Un ejemplo más:

¹⁰² Juan Domingo Perón, *op. cit.*, p. 39.

¹⁰³ *Idem*, p. 49.

¹⁰⁴ *Idem*, p. 22.

Desde mi puesto, en la guardia que monto como argentino y como soldado, me es dable comprobar cómo, en medio de un mundo sin fe y sin esperanzas, nuestro pueblo con el optimismo de los mejores días de los grandes pueblos, ofrece a la humanidad el espectáculo de una nación que, por ser socialmente justa, vive en paz consigo misma; por ser económicamente libre, puede proveer a la necesidad material de todos sus hijos, y por ser políticamente soberana, puede decir, sin reservas, sus palabras de paz a los hombres desde su Tercera Posición, cuya filosofía social, económica y política es quizá la única solución de este mundo atormentado en que nos toca vivir.¹⁰⁵

Sin embargo, las realizaciones prácticas no alcanzaron la misma intensidad que estos planteamientos de palabra en lo referente a la justicia social. Por otra parte, desde la perspectiva de las masas trabajadoras ocurre de un modo general un fenómeno semejante: el “sentimiento” de justicia social alcanza dimensiones mayores que la realidad misma en cuanto a cambios estructurales (riqueza, o poder adquirido realmente).

Aquí se inserta, por supuesto, una característica esencial del peronismo: carecer de doctrina o de principios inalterables. El oportunismo político de Perón, o su retórica encubridora del oportunismo político, tiene aquí su base. Perón mismo cuidó de que su movimiento no se endureciera en doctrinas o principios inflexibles que pudieran mermar su capacidad de movilidad y maniobra de acuerdo con las circunstancias del momento político. El mismo lo dijo: “Para mí, la acción está siempre por sobre la concepción”.¹⁰⁶

En el mismo intento de oportunismo se inserta la transformación del Partido Peronista —algo concreto, específico— en el Movimiento Peronista —algo global, difuso—, con la idea de movilidad y totalidad, de acuerdo con su concepto de unidad nacional. Perón lo definió: “No somos, repito, un partido político, somos un movimiento y como tal no representamos intereses sectarios ni partidarios; representamos sólo los intereses nacionales. Esa es nuestra orientación.”¹⁰⁷

Para redondear nuestras observaciones respecto al concepto peronista de unidad nacional, obsérvese que después de 1948 el propio movimiento peronista terminó llamándose justicialismo.¹⁰⁸

El 1 de mayo de 1948, Perón informó que el movimiento había dejado de “ser peronista para convertirse en justicialismo social.”¹⁰⁸ El justicialismo, entre tanto, jamás involucró una idea o un propósito de igualdad social.

¹⁰⁵ *Idem*, p. 54.

¹⁰⁶ Juan Domingo Perón, *Conducción política*, Ed. Freeland, Buenos Aires, 1971. p. 69.

¹⁰⁷ Juan Domingo, Perón, Discurso del 11 de enero de 1949, citado por: Julio Matud, *Sociología del peronismo*, Editorial America Lee, Buenos Aires, 1972. p. 90.

¹⁰⁸ *Idem*, *Doctrina peronista*, Ediciones del Pueblo, Buenos Aires, 1971. p. 225.

En discurso pronunciado el 29 de julio de 1945, Perón decía: “Si los obreros apoyan esta lucha, vencerán ellos y nosotros.”¹⁰⁹

El “justicialismo social”, con toda su indefinición, parece más bien buscar un punto de equilibrio. Punto que no admite ni la explotación desmesurada de los capitalistas, ni la “desorbitación” de las masas obreras con sus reivindicaciones. Perón lo dijo, en 1947:

La Revolución vino a implantar a la justicia social, esto es, dar a cada uno la parte que le pertenece, tanto a los obreros, como a los patrones. Se legisló para que cada trabajador recibiera los sueldos a que tiene derecho. Cuando ese sueldo era inferior al debido, se estaba delante de una injusticia consumada en favor de los patrones (. . .) Cuando el sueldo era mayor, la injusticia favorecía a los trabajadores, pero continuaba siendo una injusticia. Y la Revolución llegó para nivelar las injusticias y no para aceptarlas. Nunca se insistirá suficientemente sobre estas reflexiones. Nuestra independencia económica, nuestra justicia social, nuestra revolución, en suma, no podrá ser hecha sin el pueblo no con vítores y aclamaciones, sino con trabajo constante y esforzado.¹¹⁰

Así el peronismo, que abomina la lucha, la disensión, que quiere la “fraternidad” social, admite una lucha, la del pueblo contra la oligarquía, pero es una lucha que trae, paradójicamente, en sí misma la idea de la ausencia de lucha —“la franternidad”— en la medida en que el pueblo estira sobre todo la realidad argentina su manto encubridor de la heterogeneidad y del conflicto social.

Ya el 1 de mayo de 1945, en un discurso, Perón decía: “Lo mejor que tenemos aquí es el pueblo; haré lo que el pueblo diga.”¹¹¹

Sin embargo, como vimos, Perón nunca definió y caracterizó claramente a este pueblo. Naturalmente que la expresión pueblo se insertaba en su concepción de la unidad nacional que olvidaba las diferencias y ponía de manifiesto una supuesta uniformidad monolítica. Esto por sí solo, sin embargo, no impedía que en la realidad social de Argentina esta uniformidad fuera completamente inexistente.

Un balance de su periodo de gobierno permite constatar que, en verdad, Perón no nacionalizó ningún establecimiento o empresa norteamericana, ni la industria de la carne, ni la de la lana, y tampoco afectó los poderosos monopolios eléctricos. En la industria automotriz, después de un intento fallido del Estado, se recurrió al capital extranjero (Káiser y Mercedes Benz). Además, no se logró montar una industria de base.

Las limitaciones de su política económica, al mismo tiempo que descendía el valor de los productos agropecuarios en el mercado internacional, hicieron que Perón buscara una salida tramitando créditos en Estados Unidos.

¹⁰⁹ En Julio Mafud, *op. cit.*, p. 112.

¹¹⁰ En Mario Martins, *Perón – um confronto entre a Argentina e o Brasil*, Edições do Povo, Río de Janeiro, 1955. p. 288.

¹¹¹ En Julio Mafud, *op. cit.*, p. 112.

En consecuencia, fue obligado a dejar de lado los controles sobre el capital extranjero.

En la segunda mitad de su gobierno impuso una política de restricciones al consumo para aumentar los saldos exportables (por ejemplo, veda para la carne vacuna y el pan de trigo) y a veces llegó a usar la represión popular para los grupos que lo apoyaban. Así que de la euforia nacional-popular de los comienzos del régimen, después de 1950, no quedó casi nada.

El abastecimiento de la industria nacional, exigía importaciones crecientes de materias primas y de bienes intermedios. Al mismo tiempo, la industria, la agricultura, la generación de energía, la producción de petróleo, las comunicaciones y los transportes dependían de las importaciones para su capitalización en las maquinarias y equipos costosos y complejos. Estas son las insuficiencias típicas de una estructura económica dependiente. Y como desde fines de la década de 1940 el gobierno no partió de una política vigorosa y directa de inversiones en la expansión industrial, estas insuficiencias no fueron superadas.

A partir de 1950 el estancamiento del desarrollo industrial es un hecho. Una consecuencia importante fue la de que en la medida en que el sector industrial ya no absorbía más mano de obra y el sector agropecuario tampoco tenía posibilidades de ofrecer nuevas oportunidades de ocupación, esta mano de obra se fue desplazando hacia las actividades no productoras de bienes, en gran parte el gobierno y los servicios públicos. Esto contribuyó mucho para que el sector público viese disminuidas sus posibilidades de realizar inversiones infraestructurales, lo que es, a su vez, una de las causas del estancamiento.

La conjunción de estos factores, la caída de la capacidad de importación y el agotamiento del proceso de sustitución de importaciones, son las consecuencias directas del estancamiento económico, lo que, a su vez, debilitará al régimen peronista y frustrará la realización del desarrollo nacional autónomo. Asimismo, en los comienzos de la década de 1950 el estancamiento del proyecto nacional autónomo es simultáneo a la “recuperación” del imperialismo. Es por demás evidente la interrelación entre el estancamiento económico y la crisis del proyecto de desarrollo nacional autónomo, crisis que provocará irremediamente la caída de Perón.

Es sabido, por otro lado, que Perón ahogó siempre las formas dependientes de pensamiento político de su movimiento. El mismo “culto al jefe” y a Eva Perón correspondía en efecto a la necesidad de una centralización defensiva frente a la acción del imperialismo que reservaba a Argentina una posición periférica y dependiente como proveedora de materias primas. Una centralización saludable del poder terminó desviando el poder personal. El “líder” y la “jefa espiritual de la nación” reflejaban, al mismo tiempo, esta necesidad histórica y su desviación. Perón perdió de vista el hecho de que el poder que las masas le delegaron era apenas una tenencia provicional de soberanía popular. No tuvo, en consecuencia, oportunidad de percibir que la sustitución de un partido popular por una

oficina burocrática a sus órdenes significaba cortar el lazo que lo unía a las masas.

Efectivamente, la conciencia social supuestamente dada a las masas fue igualmente indefinida y vaga, pues en ningún momento estuvo acompañada de una doctrina revolucionaria coherente, por medio de la cual fuera posible el cambio de estructuras.

Ahí está la tragedia del peronismo: después de diez años en el poder, las viejas estructuras estaban prácticamente inalteradas. José Luis de Imaz reporta que la Sociedad Rural, con cinco mil socios, no peligró con el peronismo

El grupo en cuestión salió básicamente incólume del periodo peronista, sin que la entidad ni las personas ni los intereses de grupo se vieran afectados por un régimen político cuyas características hubieran hecho presumir lo contrario. Y cuyo acceso al poder se hizo precisamente por contraposición al anterior periodo de control oligárquico.¹¹²

El peronismo no tuvo, por consiguiente, oportunidad de comprender que la liberación nacional y la emancipación del imperialismo son imposibles sin la eliminación de la estructura socioeconómica oligárquica terrateniente, principal usufructuaria del latifundio y principal colaboradora del capital extranjero.

El peronismo tampoco comprendió que el proyecto de liberación nacional era igualmente imposible vinculado al desarrollo exclusivo de la industria liviana. Este desarrollo del industrialismo inclusive producía una dependencia polarizada: por un lado, el gobierno dependía de la burguesía agraria u oligarquía terrateniente, dueña de casi todo el capital industrial, y por el otro, del capital imperialista extranjero, si quería mantener el ritmo técnico e industrial de la producción, como se comprobó después de 1950, cuando le faltó capacidad técnica de desarrollo.

Otra de las limitaciones del peronismo fue no haber percibido la íntima relación entre la burguesía industrial y la burguesía agraria (oligarquía, como solía decir Perón), en su origen y en su desarrollo. El peronismo manifestó siempre la falsa creencia de que enriqueciendo al capital industrial socavaría a la burguesía agraria. Pensaba, además, que a través de un simple control de la exportación controlaría el campo.

Así, con la caída del peronismo en 1955, el poder económico, hasta entonces separado del poder político, se transformó otra vez en el poder político. En la oligarquía se unían y se entrelazaban los intereses ganaderos con los industriales, los financieros con los políticos. Y éstos con los intereses de los imperialismos británico y norteamericano.

En efecto, a medida que el tiempo iba deteriorando el inicial proyecto peronista, el gobierno fue cediendo ante los monopolios extranjeros y ante

¹¹² José Luis de Imaz, *Los que mandan*, Editorial Universitaria de Buenos Aires (EUDEBA), B. Aires, 1969. p. 118.

las clases dominantes argentinas. Es verdad que el gobierno hizo nacionalizaciones, pero éstas fueron exclusivamente de capital británico y alemán. Los intereses monopolistas, especialmente los norteamericanos, no fueron tocados. Igualmente, no se tocaron los grandes capitales nacionales ligados de tiempo atrás con los monopolios extranjeros, aniquilando de hecho cualquier ventaja que se desprendiera de la disolución de la Unión Industrial Argentina y su sustitución en 1952, por la Confederación General Económica (CGE), cuyo presidente, José Gelbard, fue inclusive elevado al rango de ministro. Asimismo, el gobierno peronista permitió que en el seno de la propia CGE emergiera una fracción burguesa que, en el marco de la política oficial de apoyo a la industria, había logrado fortalecer económicamente y ahora demandaba capital y tecnología que la orillaron a conciliarse con los monopolios extranjeros. Además, como ya se dijo, el gobierno respetó a la Sociedad Rural y mantuvo intacto el dominio latifundista. Si bien en su conjunto el régimen peronista estuvo vinculado y aumentó la influencia de una nueva fracción burguesa industrial la llamada burguesía industrial nacional; la simple manutención del predominio de la burguesía agraria y del imperialismo hizo que a medida que la crisis económica y los otros muchos factores apuntados estrangulaban el desarrollo del proyecto nacional autónomo, aquella burguesía industrial nacional empezara a acoplarse, con forcejeos inicialmente, a este bloque dominante de la economía argentina.

Del punto de vista político, el único camino vislumbrado por la burguesía industrial nacional en 1955, fue el de abandonar su portavoz máximo, el líder que, aparentemente, creyó demasiado en este proyecto apenas provisional.

A Perón no resta entonces otro camino que el del exilio. Fácil fue derribarlo del poder. Mucho más difícil, sino imposible, acabar con el movimiento del cual era líder. El 5 de octubre de 1955, ya en Asunción, Paraguay, concluyó proféticamente su entrevista de prensa: "El Partido Peronista tiene grandes dirigentes y una juventud pujante y emprendedora. . . Tengo profunda fe en su destino y deseo que ellos actúen. Ya tienen mayoría de edad. . . Les dejé una doctrina, una mística, una organización" ¹¹³

¹¹³ Gregorio Selser, "Cronología", en *Cuadernos de marcha*, El peronismo, Montevideo, núm. 70, 1973. p. 14.

EL POPULISMO EN BOLIVIA

MARIO MIRANDA PACHECO

Sociólogos, historiadores y politólogos, en las últimas décadas, han dedicado tiempo y trabajo a la tarea de definir y explicar diversos fenómenos sociales y movimientos políticos de compleja filiación. Sus aportaciones confirman, de manera general, que ciertos procesos de cambio tienden a modificar las estructuras del poder político mediante una intensa movilización social y una alianza efectiva de clases. Estos movimientos sociales y políticos, en su conjunto y convencionalmente, reciben el nombre de populismo. Sin embargo, pese al consenso, las características del populismo todavía permanecen en una brumosa atmósfera de interpretaciones y análisis. El propósito del presente trabajo no es dar precisiones terminológicas a este concepto que se refiere a un fenómeno híbrido (Germani, G., 1973, p. 29), sino puntualizar algunos aspectos de la experiencia boliviana que, por su extensión y profundidad, permiten relacionar determinadas categorías de análisis que se han acuñado para explicar sus raíces y alcances.

1. Rasgos y características generales

Los estudiosos del populismo coinciden en afirmar que es “un movimiento político que goza del apoyo de la masa de la clase trabajadora urbana y/o el campesinado, pero que no es resultado del poder organizacional autónomo de ninguno de estos dos sectores. También cuenta con el apoyo de sectores no pertenecientes a la clase trabajadora, que sostienen una ideología contraria al *statu quo*” (Hennessy, A., 1970). Esta generalización puede ser un punto de partida para plantear algunas preguntas. Si el populismo “goza” del apoyo de la masa trabajadora, ¿cómo surge, quién lo desarrolla y realiza?, ¿cuál es su base social y a qué intereses responde?, ¿es un proyecto histórico que fermenta en tiempos y condiciones específicas, o es una irrupción contingente de determinados sectores sociales que, desde el poder, quieren darle el carácter de un proyecto político de clase? Las condiciones históricas de los países en los que se dio y da este fenómeno, las especificidades de su estructura económica y social y el nivel de desarrollo ideológico de ciertas capas y élites sociales, son los factores determinantes de las respuestas que pueden darse.

Se menciona a México, Argentina, Brasil y Bolivia como países en los cuales el populismo tuvo manifestaciones definidas. Y para todos ellos se dice que sus causas determinantes radican en el proceso de industrialización, con sus naturales consecuencias de urbanización y modernización (Stewart,

A., 1970). Esta otra generalización tiene validez relativa. Es evidente que los fenómenos concomitantes de la industrialización se manifiestan con mayor vigor en México, Brasil y Argentina, pero el caso boliviano es decididamente diferente. En Bolivia el proceso de industrialización fue y es tan débil que su consideración no se justificaría como causa determinante del fenómeno populista, en tanto que la urbanización y modernización se manifiestan en un contexto apreciablemente distinto del que predomina en países de mayor industrialización.

Los reparos que preceden no son obstáculos para que puedan verse en el populismo latinoamericano ciertas características comunes que, por sus clases protagónicas y sus realizaciones históricas, le dan un sentido distinto al que tuvo en Rusia y Estados Unidos durante el último cuarto del siglo pasado. Resumidas, estas características serían: una alianza multiclassista, cuyos miembros dominantes representan sectores "marginales" de las clases altas y medias; la movilización de sectores sociales que no tuvieron participación previa; una ideología que enfatiza el papel estratégico de la oligarquía o el imperialismo, como enemigos poderosos del pueblo; la presencia, en la ideología, de elementos favorables y contrarios al *statu quo*; la noción de "pueblo" como categoría vagamente definida; una política distributiva de la riqueza; la promesa de mejoras económicas inmediatas (Cavarozzi, M., 1972; Ianni, O., 1975, pp. 41-47).

Las características anotadas tienen relación con otros rasgos igualmente evidentes. El desarrollo de un partido político inspirado en una ideología nacionalista y policlasista, dotado de un programa que pretende ubicarse en una tercera posición, "entre" o "más allá", del capitalismo y el socialismo, es el rasgo dominante del populismo latinoamericano. Otro rasgo notorio es el valor carismático de sus líderes, de tal modo que el populismo se desarrolla no sólo sobre la acción organizada del partido, sino, ante todo, por el carácter caudillista y el don de poder (carisma) que tienen sus dirigentes, especialmente uno, el jefe, entre todos ellos. Por otra parte, también se descubre que en nuestros países hay formas populistas específicamente civiles, o de carácter militar y otras, las menos visibles, de carácter mixto civil-militar. En lo que se refiere al ejercicio del poder, puede observarse que se dan regímenes populistas más o menos autoritarios y más o menos democráticos. La mayor o menor amplitud de sus expresiones democráticas depende del sentido que toma la preservación de ciertas formas y funcionamiento de las instituciones burguesas, así como de los alcances que tiene su política económica marcadamente distributiva. Además de estas distinciones, hay otra: el populismo de masas y el populismo burgués. El primero puede señalar perspectivas revolucionarias y el segundo, la más de las veces, es elitista, manipulador y reaccionario (Ianni, O., *ibid.*, p. 18-19).

Por último, las variantes guardan una correspondencia estrecha con el origen del poder. En algunos casos, el populismo toma el poder mediante golpes de Estado y, en otros, se instaura a través de insurrecciones populares; en ambos casos, el populismo se hace del poder por la violencia. En

otros, los mecanismos de legitimación del régimen representativo (elecciones) son los que le permiten acaparar el aparato del Estado. Estos tipos o variantes, y otros que no se mencionan para no incurrir en casuismo, son especificidades del desarrollo político-social de los países donde se ha presentado este fenómeno.

En los movimientos populistas latinoamericanos predomina, como tendencia, la impugnación de un viejo orden cimentado en el pasado. Las fuerzas populistas tratan de anular el Estado oligárquico, formar otro distinto, preservando el modo de producción capitalista, y adecuarlo a nuevos imperativos de los cuales se hacen responsables las capas insurgentes y marginadas de las clases dominantes. Esto quiere decir que el populismo no entraña un proyecto revolucionario de clase, sino un proyecto reformista, limitado, de ciertos segmentos de las clases dominantes, que sin proporcionar una transformación revolucionaria, plantean objetivos pragmáticos orientados a una rotación de las élites en el poder, a una redistribución de la riqueza y al fortalecimiento del Estado como agente del desarrollo, a la ampliación de la burocracia y al uso de eficaces métodos de control y manipulación de las masas (Hennessy, A., 1970).

Algunos observadores sostienen que el populismo es el único movimiento viable en América Latina. "Otros, más críticos, lo consideran un movimiento en esencia oportunista, preocupado sólo por la obtención a corto plazo de beneficios y privilegios sociales para sus acólitos." (Hennessy, A., *ibid.*) Lo notable de este fenómeno es que ningún partido, líder o gobernante, se proclama "populista". Probablemente la hibridez que conlleva sea la causa de su desprestigio, ya que en el populismo se encuentran componentes antagónicos y de difícil ensamble conceptual. Liberalismo económico y estatismo, lucha de clases y policlasismos, arbitrariedad fascistoide e institucionalidad burguesa, sindicalismo y corporativismo, son aspectos, todos ellos, de su ideología nacionalista fundada en una supuesta alianza de clases iguales, pero de la cual la burguesía saca una indudable ventaja.

Sea cual fuere el juicio de valor que se tenga sobre el populismo, este movimiento es altamente significativo en la historia contemporánea de América Latina. Su planteamiento y desarrollo dependen de un equilibrio de fuerzas sociales contradictorias que coinciden, momentáneamente, en el interés de cambiar el *statu quo*. Y como no lo erradican de manera definitiva, o lo cambian para que no cambie el sistema capitalista, su vigencia se manifiesta en una conciliación de intereses supuestamente nacionales con los del imperialismo y de las fuerzas que se benefician de la dependencia. Esto es tan evidente, que los movimientos populistas han terminado, y terminan, por entregar sus países a la explotación de las transnacionales y a las fuerzas más reaccionarias que, a partir del golpe militar brasileño de 1964, tomaron el camino del golpe de Estado para asegurar modelos fascistas de dominación. Estos aspectos son más notorios en el análisis del caso boliviano que, no obstante su particularidad nacional, forma parte de la experiencia latinoamericana.

2. *Vestigios y antecedentes*

Es lugar común decir que con la lucha por la independencia no cambiaron las estructuras económicas y sociales establecidas por el sistema colonial. Esto es válido para todos los países que pertenecieron a la corona peninsular. Pero el caso de Bolivia es más concreto porque, como lo demuestran sus historiadores, los criollos (categoría biosocial que engloba a hacendados, mineros, comerciantes ricos, letrados y militares que conformaban la clase dominante del país), al apropiarse de la república creada en 1825, la gobernaron como una casta arcaica y opresora. Bolivia involucionó y se enfeudó mucho más de lo que puede creerse. Su falta de conexión con las corrientes del intercambio, la inexistencia de industrias urbanas, el peso aplastante del latifundio improductivo, sus luchas internas por consolidar el poder y las tensiones de autodefensa internacional, fueron factores decisivos para que en el país predominaran abundantes formas de dominación y explotación que no estaban a tono con el liberalismo que profesaban sus letrados y dirigentes. La excolonia, en su ámbito interno, seguía siendo colonial.

La sucesión rápida y violenta de gobiernos militares fue interrumpida por más de seis años con la aparición de Manuel Isidoro Belzu (1848-1855), caudillo que modificó la manera de ejercer el poder criollo. En su enfrentamiento con aristócratas y oligarcas de la época, como él mismo lo dijo, recurrió al artesanado urbano y a la población campesina.

Las masas populares, excluidas de toda representación, objeto del desprecio de los gobiernos y siempre víctimas de todos los cambios sociales, han hecho oír su voz y desempeñado su rol espontáneamente: han sofocado revoluciones y combatido por el Gobierno Constitucional. La aparición de este poder formidable es un hecho social de eminente trascendencia. Una revolución profunda se ha consumado entre nosotros. . . (Belzu, M. I., 1855).

Esa presencia de las masas, si bien no tuvo las características del populismo contemporáneo, asumió el carácter de una efectiva movilización social para respaldar cambios leves que afectaron a la burocracia estatal. Por otra parte, manipulando al artesanado, Belzu difundió una ideología igualitaria, fundada en el anarquismo y dirigida a una redistribución de la riqueza. Aunque el caudillo no fue un reformador, gobernó sofocando la conspiración latifundista, expresada en motines y alzamientos militares, “de acuerdo con el espíritu nivelador y democrático del siglo” (Belzu, M. I., *ibid.*).

Este antecedente, con los recaudos necesarios, puede ser considerado como un vestigio del populismo en el pasado. Se inscribe en esa categoría de movimientos que si carecen de un proyecto histórico definido, no se subordinan a la inercia del pacto social. Por el contrario, la masa artesanal y los sectores más activos del campo, con motivaciones más étnicas que

sociales, inmovilizaron a la oligarquía terrateniente y descubrieron que en el enfrentamiento de los más con los menos, late la fuerza de una lucha de clases. El “belcismo”, como se acostumbra denominar a ese periodo, en una sociedad de labriegos, artesanos y terratenientes, tuvo rasgos populistas (Fellmann, V. J., 1970, t. II, p. 117-129).

La devastación moral y material de la Guerra del Pacífico, la crisis de la minería de la plata, después de su auge en la región sudcentral del país, y el agotamiento político de la oligarquía de terratenientes y mineros agrupados en el Partido Conservador, son hechos que preceden a la irrupción del estaño, nuevo producto exportable con que Bolivia se insertó definitivamente en el mercado externo. Estos factores, considerados globalmente y vinculados a la presencia del capital extranjero, modificaron la estructura económica y social de fines del siglo pasado. En ese periodo de disponibilidad para la penetración imperialista, comenzaron a formarse nuevas capas medias urbanas como subalternas de una burguesía nascente. Sus formas de conciencia para entender la realidad en que se desenvolvían, se orientaron hacia una ideología liberal y territorialista que cuajaba en el federalismo, como fórmula de organización política y administrativa del país. El desplazamiento de la producción de plata por la del estaño y la inversión de capitales extranjeros, determinaron que el sector dominante de la economía boliviana fijara su espacio económico más al norte de la república. El conjunto de esas condiciones económicas, geográficas y políticas, concomitantes con la penetración imperialista, condujeron al estallido, en 1898 y en la ciudad de La Paz, de la “revolución federal” dirigida por el liberalismo.

Los liberales, con su revolución triunfante, no cambiaron el régimen unitario y centralista de Bolivia, pero desplazaron del poder a la oligarquía conservadora. Subieron al gobierno apoyados por una alianza multiclasista predominantemente urbana, que se amplió al campo en la medida en que la violencia transformaba la revolución en guerra civil del norte contra el sur. Ese cambio en la composición de fuerzas del liberalismo insurgente puede ser visto como el ensayo espontáneo de un modelo populista, aunque sus protagonistas hubieran ignorado sus características y perspectivas. Tanto las clases urbanas como las del campo, que incluyen comunarios, colonos y hacendados, estaban dirigidas por sectores marginados de las clases dominantes; impugnaban el *statu quo*; buscaban una modernización bajo el signo del progreso e identificaban a la oligarquía conservadora como un “enemigo” del pueblo. Sin embargo, los resultados fueron distintos.

La incorporación de las masas indígenas al movimiento liberal tuvo dos motivaciones efectivas, aunque no documentadas: garantizar a las comunidades indias su derecho a la tierra y avivar el resentimiento indígena contra los hacendados del sur. Los liberales, al hacerse cargo del aparato estatal, cerraron toda posibilidad de cumplir su compromiso con las fuerzas campesinas. Discriminaron a los componentes de la alianza, confiaron participación política a los terratenientes del norte y adaptaron su proyecto de hegemonía burguesa conciliando con los intereses del latifundismo. Des-

pués de manipular y utilizar el potencial campesino, cambiaron la dirección de sus fusiles para someter, a sangre y fuego, a las masas campesinas, sus aliados circunstanciales que habían liquidado a los ejércitos del sur (Guzmán, A., 1969, p. 289-295).

El tratado de paz con Chile, "obra de arte de la intriga británica, de la brutalidad chilena y de la venalidad boliviana" (Frontaura, M., 1974, p. 58) y la cesión del territorio del Acre a Brasil, fueron los actos con que los liberales se apoderaron de un país cerrado por la guerra, la diplomacia y la geografía. En ese campo amurallado por los Andes, sacralizaron la república minera y soldaron los privilegios de los terratenientes con los intereses de la nueva dominación establecida a través de los enclaves. Esta nueva articulación de empresarios mineros y terratenientes no representó, para el país, el efecto agregativo o complementario de dos modos de producción, sino la amalgama de la feudalidad con el imperialismo para dar paso a una categoría intransigentemente boliviana, denominada "rosca" o "feudalburguesía", una oligarquía distinta de la que había gobernado hasta 1898, más voraz, más inepta y más secante que su predecesora.

El capital financiero y los gobiernos liberales le hicieron expiar a Bolivia su condición mediterránea. Sobre esa tierra condenada a producir estaño cayó una desconocida cascada de inversiones a través de más de 170 sociedades anónimas, todas ellas mineras, con las que se aplastaba al país prolongando su condición monoprodutora. "Fue durante la administración liberal que la industria de la harina, elaborada con trigo de Cochabamba, fue desapareciendo lentamente; los telares y la industria del vestido resultaron ser productos extraños que ya ni los indios vestían; el azúcar de Santa Cruz se transformaba en alcohol y desaparecía ante el importado del Perú. Si no eran productos chilenos, brasileños, argentinos o peruanos, eran norteamericanos los que inundaban el mercado de consumo. En cierto modo, los descontentos de esta política liberal de puertas abiertas para la industria foránea y el contrabando, fueron los grupos que iban engrosando las filas del republicanismismo, partido formado por los disidentes del montismo y los conservadores" (Albarracín, J., 1972, p. 329).

La gran minería y el latifundismo crearon formas propias de conciencia social y de ellas se nutrió una gama relativamente amplia de banqueros y terratenientes, restos de la oligarquía conservadora, y de capas medias acicateadas por la codicia de ser útiles a la feudalburguesía y alienadas en la llamada "cultura del estaño". Sus dirigentes más conspicuos armaron nuevas tiendas políticas (el partido radical, el partido republicano) para disputar el gobierno al partido liberal sin menoscabar la causa, ya que el liberalismo, como una positiva opción social y cultural, favorecía la formación de nuevos cuadros civiles y militares en los sectores medios urbanos y en la pequeña burguesía de las provincias.

El partido liberal, por las maniobras de Patiño, cayó en 1920, pero el liberalismo no perdió el poder. Los "republicanos" que tomaron el gobierno eran una rama ideológica, política y social del liberalismo desahu-

ciado por un sector de la gran minería. El cambio político de 1920 era cuestión de hombres, no de ideologías ni de clases sociales. La necesidad de contar con un aparato de Estado dócil a las exigencias grupales de la oligarquía, se manifestó en el reforzamiento del aparato represivo, utilizando para ello a sectores artesanales urbanos y de la pequeña burguesía provinciana. Al mismo tiempo, una sedicente ideología "socialista" introdujo elementos de legislación laboral. Estos aspectos, comentados como signos populistas, se invalidan ante los hechos que revelan los nexos del gobierno con la minería y el imperialismo. Consecuente con sus compromisos, Saavedra, el caudillo principal del partido republicano, puso "en orden" la república minera con la masacre de Uncía de 1923 y, por añadidura, también la inició en el saqueo petrolero otorgando concesiones al consorcio americano Richmond Levering, que pronto las transfirió a la mundialmente famosa Standard Oil Co.

En esa atmósfera de alienación cultural que vivía el país, surgió la "generación del centenario", denominada así para honrar a la república que celebraba los primeros cien años de su condición de excolonia. Esta élite "adobada por el pensamiento de los maestros y filósofos españoles, franceses y alemanes, fue la más occidental de las corrientes de las ideas, aunque algunos de sus valores devinieron en el estudio o en la especulación intelectual sobre lo telúrico y lo nacional. Más diletantes que convencidos, incursionaron elegantemente en política ostentando ideas de avanzada, pero sin tocar el mítico tabú de la realidad económica y social boliviana" (Frontaura, M., 1974, p. 51). En las postrimerías del gobierno de Hernando Siles (1926-1930), la "generación del centenario" organizó el Partido Nacionalista con el propósito de cimentar un régimen tambaleante que, sin percatarse de lo que sucedía en la patria amurallada y fuera de ella, era una víctima más de la crisis mundial capitalista de 1929.

El Partido Nacionalista aprobó un programa, referido como "precursor" (Frontaura, M., *ibid.*) del movimiento populista instaurado 25 años después. No obstante su participación en una cruzada nacional pro indio (Fellmann, J., 1970, t. III, p. 138) y haber planteado la conversión del Estado en instrumento de desarrollo, la nacionalización de la minería y de los ferrocarriles y la creación de sindicatos y cooperativas, como visibles factores tácticos de un movimiento policlasista (Frontaura, M., *ibid.*, p. 53-54), la élite convertida en partido de gobierno tuvo apenas apariencias populistas, pese a que sus orígenes y propósitos se insertan con relativa propiedad en el cuadro de características señaladas en otra parte de este trabajo. Sus integrantes constituían un sector no orgánico de las clases dominantes. Su marginalidad, determinada por un conflicto ideológico pero no de clase, evitaba su enfrentamiento con la feodalburguesía. Aunque la élite era producto estructural de una sociedad fragmentariamente modernizada por los enclaves mineros, sus miembros carecían de una ideología impugnadora del *statu quo* y de una base social efectiva. "La ausencia de una verdadera teoría revolucionaria y el estancamiento social

del país no nos brindaban masas para crear una fuerza efectiva. La clase media, representada en parte por el nacionalismo y los saavedristas, que formaban el partido oficial, estaba reducida a disputar la limitada cuota de beneficios que el presidente le reconocía dentro del poder semicolonial. La masa no ingresaba para nada en el cuadro político" (Céspedes, A., 1968, p. 95-96). Esta relación contribuye a señalar que en la experiencia boliviana el populismo no es un movimiento "implantable" desde el poder.

3. *Fermento del Chaco y "socialismo militar"*

La crisis mundial de 1929 y la caída de Siles en Bolivia, Irigoyen en Argentina y Leguía en Perú, marcan hitos significativos en el movimiento distrófico, entendido como proceso evolutivo, de la vida política latinoamericana (Mendes, C., 1974, p. 22). Bolivia, afectada por la crisis global y desgarrada por el avorazamiento de los señores del estaño, vivió otra tormenta, la guerra del Chaco (1932-1935), analizada por la historiografía como contienda estimulada y provocada por la Standard Oil y la Royal Dutch Shell, consorcios petroleros que impusieron sus conflictos intermonopólicos a Bolivia y Paraguay.

La guerra fue derrota nacional. En su desarrollo se cuartearon los comienzos del poder oligárquico y su desenlace fue razón vigorosa para impugnar los mitos de una superestructura inconsistente. La guerra creó un estado de ánimo que los escritores populistas denominan "conciencia del Chaco"; sin embargo, el más esclarecido de ellos despeja el análisis al escribir que "más exacto es referirse al *fermento* del Chaco, empleando este término biológico y no el de conciencia que significa un conocimiento de lo que es y de lo que debe ser. Si, en efecto, el pueblo combatiente percibió en tres años de campaña que sus desgracias frente al enemigo y a la naturaleza dependían de la dirección del país, no calculaba por qué había errado tan obstinadamente esa dirección" (Céspedes, A., *ibid.*, p. 153).

El desahucio de la dominación fendalburguesa fue inseparable de las aspiraciones de la pequeña burguesía y de las capas medias, más sensibles que otras para percibir las secuelas de una guerra perdida. Pero ellas, por sí mismas, carecían de organización y fuerza política para encaminar su descontento. Esta carencia fue suplida por grupos civiles, portadores de marcadas tendencias fascistas, y por los mandos militares. Unos y otros se aprovecharon de la desmovilización iniciada después de que fue firmado el protocolo preliminar de paz en Buenos Aires. La desmovilización de un ejército en derrota se convirtió en ostentación de fuerza para marchar hacia el poder. Los militares, desde el gobierno, tenían la vía expedita para desviar las impugnación y la responsabilidad de sus acciones guerreras. La nueva dinámica en que se involucraron las capas medias traspasó los límites de sus menzudos contingentes y prendió, con velocidad acelerada, en las masas urbanas desesperadas por la inflación, la miseria y el desempleo.

Con David Toro (mayo 1936-julio 1937), surgió el primer esquema de

gobierno populista. Una alianza de la alta burocracia minera con núcleos reformistas de la pequeña burguesía y sectores urbanos movidos por una “revolución de aspiraciones”, todos bajo la dirección del grupo militar más politizado, inauguraron la etapa del “socialismo militar”. Conspicuos miembros del frustrado Partido Nacionalista de Hernando Siles constituyeron el Partido Socialista con el que gobernó Toro. Entre ellos se contaba Carlos Montenegro, el teórico de mayor autoridad intelectual y fundador del Movimiento Nacionalista Revolucionario, partido populista por antonomasia, constituido en la década del 40. Montenegro había trabajado, desde 1934, en la formación de un gobierno basado en la alianza de civiles y militares, para desarrollar una política “renovadora” acorde “con lo que ya pedía el pueblo y lo estaban diciendo los combatientes”. De esa política, la de Toro, “salió la nacionalización de los petróleos” (Frontaura, M., *ibid.*, p. 77), acto con el cual se expulsó a la Standard Oil Co. en 1937.

Independientemente de esa medida antiimperialista, Toro trató de aplicar una política económica de carácter popular fijando sueldos y salarios mínimos, limitando la utilidad máxima del comercio y promulgando un código de trabajo para regular las relaciones obrero-patronales. Por otra parte, creó fallidos mecanismos de manipulación con la nominación de un obrero como Ministro del Trabajo, con sus decretos del trabajo obligatorio entre los 18 y 60 años y la sindicalización compulsiva de los trabajadores. El populismo militar-civil de Toro, por sus métodos dictatoriales, por su legislación represiva y su prédica demagógica, no obstante la preponderancia ideológica y política de la élite antioligárquica, se ajustó más al perfil que tiene el populismo burgués, cuya característica dominante consiste en ostentar una manipulación artificial de las masas para no hacer efectivas las promesas de su bienestar. Esta característica surge cuando la lucha de clases es todavía débil en el movimiento de masas.

El rechazo a la dominación oligárquica no significa que se la podía abatir. Su poder era demasiado fuerte y el “socialismo militar”, lejos de ser un proyecto político operativo y coherente, devino en factor de potenciamiento para el super-Estado minero que

frente al problema social de la postguerra planteaba el remedio clásico: una dictadura fascista para contrarrestar el levantamiento de las masas sacudidas por la guerra del Chaco . . . Mediante los vínculos masónicos y la Asociación de Industriales Mineros, ofreció a Busch ayuda inmediata para su golpe y futura para la solución de los problemas financieros del gobierno. . . Como jefe de Estado Mayor [Busch] rompió con Toro y con el argumento de que no cumplía el mandato del ejército, obtuvo su renuncia y se proclamó jefe del gobierno (Céspedes, A., *ibid.*, p. 171).

El gobierno de Germán Busch (julio, 1937-agosto, 1939) tuvo alternancias desconcertantes. De dictadura instrumentada por la gran minería pasó a combatirla frontalmente, primero con la Convención de 1938 que legitimó el mandato de Busch, luego con su decreto del 7 de junio de 1939. La

Convención de 1938, en la historia del populismo boliviano, equivale a una instancia organizativa de los sectores marginados de las clases dominantes, en conflicto con los intereses oligárquicos. De ella participaron los estratos insurgentes de las capas medias urbanas, algunos representantes del incipiente movimiento obrero y, en su gran mayoría, la intelectualidad que había asimilado el fermento de la guerra del Chaco. La expresión política de la Convención radicaba en la mayoría compuesta por “socialistas comprometidos, socialistas no comprometidos e independientes . . . que empezaron a definirse como un grupo aparte porque se habían constituido en portavoces de la determinación de cambio que animaba a las clases medias y a la clase obrera” (Fellmann, J., *ibid.*, p. 247-248). La constitución política que aprobaron refleja la quiebra del ordenamiento legal y jurídico del Estado oligárquico tradicional; en su texto se introdujeron elementos normativos que limitan el ejercicio de la propiedad privada, modernizan el régimen familiar, reglamentan la libertad económica, protegen a las comunidades indígenas y cuestionan otros mitos sacralizados por la ideología liberal.

No obstante los cambios operados en la superestructura, el poder oligárquico estaba intacto. La reacia actitud tomada por los grandes mineros determinó que Busch disolviera la Convención y se proclamara dictador. El paso dado reforzó el nucleamiento de las fuerzas populistas que desembocaron en la constitución de un partido, aunque no se proclamaba como tal. Este agrupamiento, con su virtual jefe, Víctor Paz Estenssoro, y junto a otros que jugaron papeles preeminentes en la política populista o nacionalista, “se erigió voluntariamente en grupo asesor de Busch” (Frontaura, M., *ibid.*, p. 174). Proclamada la dictadura se produjo el enfrentamiento decisivo con los intereses mineros. Busch promulgó su decreto del 7 de junio de 1939, obligando a que las grandes empresas entregaran al Banco Central el total de divisas obtenidas de la exportación de minerales. Este decreto jamás fue aplicado y Busch murió el 23 de agosto de ese mismo año, dejando dos banderas: el nacionalismo y la lucha contra la oligarquía; el primero, fundamento ideológico; la segunda, elemento aglutinador del populismo para la movilización de masas, que es su componente esencial.

4. Masas populares y partidos populistas

El populismo boliviano encontró su cauce en la década del 40. La fugaz y frustrada participación que tuvieron algunos de sus hombres en el gobierno de Siles y la absoluta adhesión de sus dirigentes a los esquemas del “socialismo militar”, les sirvió de experiencia pedagógica para enfrentar nuevos hechos. El reacomodo de los consorcios mineros a los requerimientos del sistema capitalista en guerra, repercutió en un crecimiento de las fuerzas productivas a la vez que en la intensificación de tradicionales formas de saqueo y explotación. Por otra parte, con la industrialización, aunque débil y selectiva, se formaba el proletariado urbano que iba a iniciar su historia de clase, sin otro antecedente que sus luchas cotidianas.

El país, organizado y condicionado para producir sólo minerales, se hizo más dependiente de las economías centrales mediante el estaño producido a un costo semejante al que representa la acumulación originaria. Las articulaciones de clase y las relaciones de producción no habían llegado a una etapa de madurez y dieron por resultado la persistencia de formas pre-capitalistas de apropiación de la fuerza de trabajo. En el funcionamiento del aparato productivo de la oligarquía aparecieron fisuras visibles entre el latifundismo y la gran minería. El campo, absorbido por los terratenientes, era el principal proveedor de mano de obra para las minas y los empresarios mineros; al explotar esa fuerza de trabajo, retenían la parte del león en desmedro de los señores de la tierra. Esta situación se expresó en una merma del poder de los latifundistas y en el surgimiento de expectativas, todavía difusas, en las masas indígenas que probaron la potencialidad de su fuerza en vigorosos levantamientos ocurridos en 1947, en pleno sexenio oligarca.

Por otra parte, también se alteraron las relaciones del campo con la ciudad. Con el incremento de las industrias y el comercio de importación crecieron las ciudades en ciertas regiones del país. Los nuevos contingentes que migraron del campo y de las regiones orientales del país, la presencia de la clase obrera, el ensanchamiento de los sectores medios y la insurgencia cada día más nítida de cuadros políticos pequeño burgueses, les dieron a los centros urbanos un peso político distinto del que tuvieron en décadas pasadas, de tal modo que las ciudades de mayor tamaño (La Paz, Cochabamba, Oruro) jugaron, en aquella década, el papel de nuevos escenarios en la configuración de partidos nuevos y diferentes de los que habían gobernado con la oligarquía. Y es que la ciudad, activada por clases sociales inquietas e impugnadoras de la hegemonía tradicional, devino en matriz de movimientos populistas que, de modo general, planteaban el encauzamiento de las nuevas condiciones sociales e ideológicas partiendo de alianzas interclasistas dirigidas por élites formadas en la década anterior.

En los años 40 se organizaron dos partidos de masas, aparentemente antitéticos por sus filiaciones ideológicas: el Partido de la Izquierda Revolucionaria (PIR) y el Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR). El primero se fundó en Oruro el 25 de julio de 1940 (Rolón, A., 1966, p. 403), y el segundo en La Paz, el 25 de enero de 1941, aunque su acta declarativa fue firmada el 10 de mayo de ese mismo año (Peñalosa, L., 1963, p. 38-39). Si bien sus concepciones teóricas y sus formulaciones programáticas exhiben diferencias conceptuales, puede sostenerse que por la composición de sus cúpulas dirigentes, como por su base social y los objetivos inmediatos que perseguían, estos partidos no eran tan distintos. Aquella época en que las clases dominantes buscaban ansiosamente recursos políticos más amplios y fórmulas económicas eficaces para recibir las prebendas corruptoras que ofrecía el imperialismo, no era extraño que sectores marginados, rebeldes y contestatarios, buscaran sus alianzas para desbaratar las perspectivas de perpetuación oligárquica. Esta nueva dinámi-

ca de los fenómenos sociales latinoamericanos se expresa, en Bolivia, en la organización de potentes movimientos de masas, principalmente urbanas, para plantear conquistas sociales, económicas y políticas. Los dos partidos mencionados reflejan esa dinámica.

Los dirigentes del PIR procedían de la pequeña burguesía; se habían formado en el movimiento universitario de 1928, hostil al imperialismo y a la oligarquía. Apoyándose en los principios del socialismo científico, el PIR se declaraba “partido de la clase obrera”, aunque entre sus fundadores y en la cúpula que lo dirigía, ésta era la clase menos representada; por último, con el mismo fundamento teórico, propiciaba la revolución democrática burguesa, definida como antifeudal y antiimperialista y como tarea del pueblo “en su conjunto”, dirigido por el “partido de la clase obrera que se constituye también en vanguardia de las clases compesinas y medias del país” (PIR, *Declaración de principios*). A su vez, la dirigencia política del MNR surgió de los grupos formados en la burocracia política de Siles, Toro y Busch. El MNR se definía como “la expresión organizada y la fuerza de acción política del pueblo de Bolivia; propugnaba la revolución nacional, antifeudal y antiimperialista sostenidas por las masas trabajadoras, reunidas con el proletario urbano y empleados y obreros”. Adscribiéndose al nacionalismo revolucionario, sus fundadores declaraban: “En la lucha de clases se levanta Bolivia contra la clase explotadora mundial y realiza su revolución” (Montenegro, C., 1952). De la postulación programática del PIR y del MNR derivan dos conclusiones: los dos son policlasistas y ambos partidos, aunque con diferentes nombres, fijan su objetivo estratégico: la revolución antifeudal y antiimperialista.

Los partidos tradicionales (liberal, republicano y otras ramas no relevantes) conformaron lo que se llamó la Concordancia, alianza política con que la oligarquía enfrentó a las nuevas organizaciones de masas. Por su parte, los grupos fascistas se organizaron con anterioridad en Falange Socialista Boliviana, agrupación de desembozada inspiración franquista; en tanto que los sectores radicales se ubicaron en el Partido Obrero Revolucionario (POR), de línea trotskista, fundado en 1937. En este cuadro organizacional comenzó el desarrollo del populismo boliviano para cumplir dos ciclos en el poder, el primero, de 1943 a 1946, y el otro, que corresponde a los doce años iniciados con la insurrección popular de 1952; este último ciclo, el más importante, constituye su praxis de gobierno y dirección de la sociedad con responsabilidad exclusiva y excluyente.

La reseña que antecede refleja la ubicación ideológica y política de las fuerzas sociales en un periodo caracterizado por las alternancias y conclusión de la Segunda Guerra Mundial, el reforzamiento de la hegemonía imperialista norteamericana y el desarrollo de las contradicciones concomitantes en el interior de los países dependientes. Estas características, en Bolivia, tuvieron manifestaciones específicas. La guerra, para los consorcios mineros y la oligarquía gobernante, representaba un conjunto de factores favorables, tanto por los precios que alcanzaron las materias primas como

por la sobreexplotación de los trabajadores mineros, no obstante que las imposiciones norteamericanas determinaron un “precio de la democracia” con que se beneficiaron los consorcios extranjeros. Este precio era inferior al fijado por el mercado internacional, y al gobierno norteamericano le permitió acumular gigantescas reservas de estaño, con las que amenaza la economía de los países productores, principalmente la boliviana, mediante sus conocidos *dumpings*. La hegemonía imperialista norteamericana se tradujo, también, en el consejo colonizador que dieron sus expertos a través del llamado informe Bohan y de los mecanismos subordinadores de ayuda y asistencia que comenzaron a organizarse.

Esa política de entreguismo y supeditación a los intereses extranjeros repercutió profundamente en la explotación y miseria de las masas trabajadoras. Esta situación hizo crisis en 1942, año en que los trabajadores mineros plantearon la huelga como recurso extremo para ser oídos en sus reivindicaciones económicas. La respuesta del gobierno de Peñaranda (surgido de la Concordancia) fue la masacre de Catavi, que se convirtió en el detonante y punto de partida para que los partidos populistas desarrollaran acciones parlamentarias y movilizaciones populares. En la acción parlamentaria estaba planteada la sustitución del Estado oligárquico. Sin embargo, y no obstante que las opciones para su desarrollo eran iguales para los dos partidos, el PIR, con su pretendida ortodoxia doctrinaria, no prendió en las masas trabajadoras, en tanto que el MNR se hizo más fuerte, y vinculándose con la logia militar Razón de Patria (RADEPA), consumó el golpe de Estado del 20 de diciembre de 1943.

El triunfo de la RADEPA, el MNR y las ‘Estrellas de Hierro’, llevó al gobierno a una coalición política de nacionalistas militares y civiles, penetrada por totalitaristas y oportunistas que, comprometida como estaba con la determinación de cambio nacida en la guerra del Chaco, representaba una alianza social de las clases medias y de la clase obrera (Fellman, J., 1970, p. 301).

El gobierno de Villarroel, surgido en 1943, fue el primer ensayo de un proyecto político de los sectores marginados de las clases dominantes. Sus objetivos principales tendían a reubicar al Estado en el campo de la economía, llevar adelante reformas políticas y sociales en beneficio de los sectores asalariados y abrir el camino de la independencia económica, sin introducir cambios en la estructura social. Sus consignas estaban dirigidas a luchar “contra la falsa democracia entreguista”, “contra el pseudo socialismo, instrumento de una nueva explotación”, “por la consolidación del Estado y la seguridad de la patria”, “para la liberación económica y soberanía del pueblo en Bolivia” (*Bases y principios del MNR*). Esta ideología fue difundida por la élite civil, en franco hostigamiento contra la oligarquía y las tendencias marxistas, en tanto que la logia militar, activando los mecanismos represivos, guardaba silencio para no denunciar su inspiración fascista.

El PIR, a los pocos días de establecido este gobierno, ofreció su colaboración sin recibir la aceptación que esperaba. Esto significaba que la semejanza populista no era afinidad y la afinidad no siempre es congruencia en ninguna parte ni en ningún tiempo. Los virajes de la Segunda Guerra, principalmente la acción conjunta del bloque capitalista y la Unión Soviética para enfrentar al fascismo agresor, se amplificaron en el proceso político-social boliviano. El PIR, sedicente representante de la lucha mundial por el socialismo, se alió con los partidos de la Concordancia en un denominado Frente Democrático Antifascista. Esta coalición, con apoyo imperialista, dislocó la unidad militar-civil del gobierno. Los acontecimientos tenían notoria claridad. Al imperialismo norteamericano y a la oligarquía nativa les importaba poco la filiación ideológica y los métodos represivos; lo significativo para su dominación era la alternativa de-cambio, aspecto que empezaba a tomar forma a través de diversos hechos tales como: la labor parlamentaria de piristas y movimientistas; la promulgación de leyes modernizadoras de indudable signo populista; la abolición del trabajo gratuito en el campo y el desarrollo del movimiento obrero que experimentó un cambio cualitativo notable con la organización de la Federación Sindical de Trabajadores Mineros de Bolivia. (FSTMB). Eran factores que jugaban su papel en la acumulación de fuerzas para propiciar cambios profundos. Y es que la necesidad del cambio ubicaba a las dos corrientes populistas en la perspectiva de unirse por encima, o al margen, de sus direcciones sectarias y fascistoides, en un caso, o doctrinarias y oportunistas, en el otro.

El gobierno cayó con víctimas, entre ellas el mismo Villarroel que fue colgado de un farol, y también con banderas que agitó y levantó el MNR. El poder del Estado fue recuperado vorazmente por el aparato político de la oligarquía, hecho con el cual, el PIR, el rival populista del MNR, fue ahorcándose en sucesivos episodios de su descomposición y de sus compromisos con la oligarquía, hasta decretar su propia extinción en el año 1952.

Hasta 1946 el populismo en Bolivia tuvo un desarrollo discontinuo, jalonado por lapsos cortos de ejercicio del gobierno, sin capacidad plena para realizar un proyecto propio porque compartió el poder con fuerzas de diferente signo. Otro, muy distinto, fue el ciclo de su ascenso y decadencia, de su claudicación y derrumbe, de su inviabilidad para la época actual.

5. La insurrección de abril

Las frustraciones sufridas después de la guerra del Chaco sirvieron para que el MNR asimilara una lección. El gobierno debía ser exclusivo para las élites del populismo; compartirlo significaba subordinar un proyecto y arriesgar una oportunidad de hegemonía para la pequeña burguesía, en una coyuntura en que la crisis del poder oligárquico era más ostensible que en cualquier otra situación del pasado. Con esa convicción y después de un sexenio regresivo (1946-1952), el MNR tomó el gobierno como partido polí-

tico "intransigente", en "lucha a muerte con la reacción" (Paz Estenssoro, V., 1953). Esto quiere decir que instauró un poder excluyente, sin compromisos ni alianzas con otras fuerzas políticas, y sin incorporar otras organizaciones que menoscaben o mejoren su naturaleza híbrida, característica de todo populismo.

Su ascenso al poder se produjo con la insurrección popular del 9 de abril de 1952, iniciada con un golpe de Estado dirigido por el ministro de gobierno de la junta militar que gobernó el país de 1951 a 1952. Este golpe se transformó en insurrección desde el momento en que participaron sectores de la clase obrera y de las masas marginadas de la ciudad, trabajadores de las minas y contingentes amorfos de la pequeña burguesía y de las capas medias urbanas. Este frente insurreccional multclasista, con el apoyo pasivo del campesinado, derrotó al ejército y destruyó los otros componentes del aparato estatal de la oligarquía.

La insurrección no fue idea preconcebida ni fenómeno artificialmente superpuesto, sino adecuación partidaria del MNR a los hechos, a una profunda crisis de poder que refleja la incapacidad orgánica y política de la oligarquía para resolver los problemas fundamentales del país. La miseria derivada de la opresión económica ejercida por la gran minería, el entre-guismo del régimen reflejado en el neocolonialismo y en su política exterior subordinada al Departamento de Estado, la represión brutal y sanguinaria en favor de los magnates mineros y de los latifundistas, el gobierno ilegítimo de una junta militar con desconocimiento de los comicios de mayo de 1951, fueron los componentes con que se manifestó esta crisis, cuya determinación casual debe buscarse en el conflicto a que llegaron las fuerzas productivas con las condiciones de producción.

La insurrección reveló una característica específica del populismo: el proletariado urbano y los trabajadores mineros no participaron de ella respondiendo a estructuras propias de una organización clasista autónoma (Hennessy, A., *ibid*). Su perfil organizativo, que es el nivel de desarrollo histórico de una clase, no estuvo determinado por un interés concreto de clase social, sino por la amplitud de un movimiento policlasista, orientado a cambiar el *statu quo*, que no planteó tareas específicas de la clase obrera. Las masas insurrectas y triunfantes determinaron que el proceso boliviano, en sus inicios, haya tomado la vía de un populismo de masas, y no la de un populismo burgués (Ianni, C., 1975, p. 19), como fue la vía, esta última, por la que transitó el MNR en sus últimos años de gobierno hasta el momento de su caída. El movimiento de masas con que se inició el ciclo populista tuvo el carácter de una efectiva lucha de clases que, sin desvanecerse en todo el proceso, estuvo presente en su frustración y derrumbamiento.

Los ideólogos del MNR no tuvieron necesidad de inventar una conciencia colectiva que oriente un proceso de transformaciones importantes. La historia estaba dada en la experiencia del pueblo y de la clase trabajadora. Por más de medio siglo la nación vivía agobiada por la explotación de la feudal-burguesía que crió en su seno una oligarquía inepta, ligada a los in-

tereses de la gran minería y con la cual no pudo formar la burguesía genérica y mucho menos una burguesía nacional. Por otra parte, esa misma historia mostraba el atraso del país, atrapado por la dominación imperialista que se agudizó durante y después de la Segunda Guerra Mundial. Desde 1928 los universitarios pregonaban la nacionalización de las minas y la reforma agraria. Por su parte los piristas, en su azarosa inconsistencia política, habían mantenido estas consignas y la del “monopolio del comercio exterior” a cargo del Estado, al igual que los trotskistas les dieron radicalidad con la tesis de Pulacayo de 1946 y con su fórmula de gobierno obrero-campesino. Estos componentes ideológicos pasaron a constituir lo fundamental del programa del MNR, en el cual se conceptualizó la motivación política de la insurrección.

Las masas, con su triunfo, comprometieron al MNR. Exigieron al gobierno la liquidación definitiva de la oligarquía feudal-minera y la lucha contra la dominación imperialista “para avanzar por el camino de la liberación nacional”. Por ello es que:

la victoria de abril planteó de inmediato la solución de los problemas centrales de la revolución nacional en los países atrasados. Esos problemas pueden sintetizarse así: *a)* destrucción de las relaciones feudales de producción liquidando el latifundio y la servidumbre, proporcionando tierra labrantía a los campesinos que no la tienen, asimilando las técnicas capitalistas de producir en el campo y fomentando la propiedad cooperativa y colectiva por medio de la reforma agraria; *b)* recuperación del dominio nacional sobre las fuentes de materias primas para conseguir la independencia económica del país; *c)* incorporación de las grandes mayorías nacionales a la vida institucional y política por medio del voto universal; *d)* diversificación de las industrias para crear un mercado interior propio y lograr la unidad nacional (Ayala, M. E., 1956).

De los planteamientos se pasó a la acción. Promulgado el voto universal (21 de julio, 1952), se nacionalizaron las minas (31 de octubre, 1952) y se decretó la reforma agraria (2 de agosto, 1953). Estas medidas fueron conquistas revolucionarias del populismo de masas; por su carácter estructural, tenían el carácter de instrumentos requeridos para anular el viejo Estado oligárquico. Esto quiere decir que la insurrección devenía en revolución política instalando en el poder a una clase social distinta, la pequeña burguesía.

La cúpula pequeño burguesa del MNR, desde el gobierno y para armonizar el populismo de masas con el populismo burgués, a su turno, promulgó otras medidas, las suyas, dirigidas a ablandar el rigor insurreccional y orientar el proceso hacia lo que sus élites buscaban sinceramente: modernizar el país, evitando los cambios drásticos que impone una revolución. Con ese criterio se estableció otra modalidad inherente al populismo: introducir políticas distributivas que no afecten las relaciones de producción. En tal sentido, se estableció una política de precios subsidiados para determinados

productos de consumo. Por otra parte, invocando el principio de la solidaridad de clase, se amplió la seguridad social. Este mecanismo, de difícil aplicación aun en países de mayor desarrollo, en Bolivia, donde el empleo de la fuerza de trabajo es reducido, generó demagogia y despilfarro. Un destino semejante tuvo la reforma educativa. Esta reforma, aprobada en 1955, si no va a tono con efectivas transformaciones en las relaciones interclasistas, por mucho que se incrementen sus recursos, pierde su teórica igualdad de distribución de oportunidades para obtener cultura y conocimientos y deviene en asunto predominantemente declarativo. Las acciones emprendidas en el consumo, la seguridad social y la educación, ejercidas en el marco de una política de distribución de la riqueza social y aplicadas en las regiones más sensibles de la superestructura, implicaban aportes de la pequeña burguesía al proceso revolucionario y multclasista.

La "victoria nacional de abril", merecido título con que también se designa a esta insurrección, puso en primer plano a una nueva combinación de fuerzas sociales y políticas que podían desarrollarse sobre bases económicas distintas. Ante todo, podían organizar y hacer marchar el aparato estatal del populismo, contando para ello con un amplio sector público de la economía, sustentado en la nacionalización minera y en las empresas estatales. Esto significaba tener en las manos los instrumentos corporativos del capitalismo de Estado, experiencia nueva en la vida boliviana. El triunfo de las masas permitió estatizar gran parte de la economía, sin prever los riesgos que se corren cuando la economía estatizada, el componente más significativo de la economía boliviana, es explotado y dirigido por una clase que carece de proyecto histórico y de consecuencia política.

La victoria insurreccional produjo embriaguez triunfalista en las élites del poder. Su actitud no tenía suficiente fundamento, ya que su cuota insurreccional no estaba en relación con la acumulación de poder que ostentaban. Las fuerzas populares que derrotaron al ejército habían destruido el viejo orden. En esa derrota y destrucción, la participación de la clase obrera fue preponderante. Por otra parte, esas mismas fuerzas crearon sus destacamentos armados, milicias populares integradas en el aparato del Estado populista.

La oligarquía es reprimida en cuanto clase y la represión en gran medida está en manos de las propias masas. El proletariado, aunque no ha asumido todavía el carácter de clase para sí, impone o ejecuta por sí mismo el carácter radical de las medidas adoptadas en cuanto a la nacionalización de los capitales extranjeros en la minería y la revolución agraria. Es la clase obrera la que arma a las demás clases del pacto democrático y la que organiza. La organización de las masas es la principal adquisición democrática de este periodo (Zavaleta, R., 1974).

Terminada la insurrección, el populismo debía definir otra fase del proceso político boliviano. Ese era su compromiso y, también, un resultado de los acontecimientos.

6. *Revolución y Estado populista*

La insurrección fue el paso necesario para iniciar transformaciones sociales y políticas que, por sus alcances históricos, tienen carácter irreversible. Toda transformación que lleve tal sello, requiere de un conjunto de condiciones específicas. Entre ellas destacan el poder que las sanciona y el tipo de Estado en que deben realizarse. De lo contrario, las transformaciones drásticas o moderadas que plantea la insurrección y que no llegan a sancionarse desde el poder y a través del Estado, permanecen en el plano de su inviabilidad, lo cual implica una derrota de la revolución. Por ello, al instaurarse y hacerse efectivas, las transformaciones sociales y políticas se articulan en un proceso cuya naturaleza y tipología revolucionaria se circunscriben al Estado o abarcan a la sociedad y al Estado en su totalidad.

En el caso boliviano, las conquistas logradas con la victoria de abril abrieron el camino de una revolución populista, revolución política y no de otro tipo, denominada "revolución nacional". No se trata de una revolución donde la pureza dogmática choca violentamente con los hechos, sino de un proceso cuyos factores de cambio social y político se definen por el partido que tomó el poder y no por el proletariado que ocupó un lugar preeminente (Lora, G., 1963, p. 100).

Por otra parte, si la palabra "revolución" es genérica y ambigua, conviene precisarla. Para los propósitos de este trabajo es suficiente distinguir las revoluciones políticas de las revoluciones sociales. Las primeras se dan en su marco natural que es el Estado; las segundas exceden esta limitación y su marco obligado es la sociedad. Con las primeras, cambia el régimen político sin que se alteren las relaciones de producción, por mucho que se opere un relevo de clases o de fracciones de clase en las relaciones de dominación; en tanto que con las revoluciones sociales, el derrocamiento de la o de las clases dominantes es su razón de ser; por tanto, con ese derrocamiento cambian la sociedad y el Estado que la representa y dirige. Toda revolución social modifica las relaciones de producción y, consiguientemente, posibilita el predominio de un modo de producción incoado en el periodo prerrevolucionario, pero no predominante hasta el momento en que la revolución se produce. En tal sentido, una revolución social implica necesariamente una transformación radical de la sociedad; esto es, una mutación histórica determinada por dos componentes esenciales: el modo de producción que de incoado y secundario pasa a ser dominante, y una clase social que ejecuta su proyecto específico en la medida en que afianza su dominación y ejerce un poder efectivo de dirección de la sociedad.

La distinción que antecede ayuda a comprender lo que se entiende en Bolivia por "revolución nacional". El MNR en el poder, autoproclamado y constituido como una alianza de clases, no propició la revolución social sino una revolución política. La ideología con que la enmarcó y ejecutó era la misma que difundía una élite ya experimentada en el ejercicio del poder, con capacidad para manejarse en el ovillo de las contradicciones que plan-

tea el policlasismo. La designación de “revolución nacional” tiende a sustraer el proceso revolucionario boliviano de las implicaciones que tienen las revoluciones sociales y socialistas. En tal sentido, sus alcances y rasgos propios fueron los que le dieron la pequeña burguesía y las capas medias, o, lo que es lo mismo, los sectores que, por su naturaleza, no se proponen una mutación histórica de la sociedad.

Cada clase perfila el tipo de Estado que puede gobernar. El Estado que surge de la revolución populista no es propiamente un Estado burgués en la plenitud de la palabra, sino un Estado que tiende a ser tal. Para lograr este objetivo, la clase gobernante (pequeña burguesía) tuvo una formulación doctrinaria condensada en tres puntos: potenciar a su partido, el MNR, como el instrumento de la revolución nacional; sostener la alianza de clases y “desarrollar la revolución nacional hasta sus últimos extremos, como único medio para combatir el comunismo” (Paz Estenssoro, V., 1953). Ninguno de estos postulados plantea la necesidad de una revolución social, como tampoco traduce un cambio en las relaciones de producción. Por el contrario, los dirigentes del MNR, para evadirse de todo compromiso radical, crearon un difuso campo de categorías contradictorias con el fin de explicar, con absoluto desenfado, que “la coincidencia de intereses de los sectores proletarios y de las otras clases” borra las diferencias de clase bajo el liderato de la pequeña burguesía. Leámos:

es, fue, indispensable, reconociendo el valor del proletariado, realizar una acción conjunta con los campesinos; pero éste es un juego pequeño, porque es necesario incorporar en esta coincidencia de intereses a la clase media porque ésta no tiene perspectivas en un país semicolonial. Pero ella y la pequeña burguesía tienen posibilidades ligeramente mejores en el desenvolvimiento de las actividades nacionales de modo que pueden dar teóricos y conductores para la lucha por la liberación nacional. La burguesía en Bolivia es ciega, idiota. Digo así porque es incomprendible que se aliara con el imperialismo y fuera una de las principales causantes para que Villarreal fuera colgado; pero no podemos quedarnos mirando el pasado (. . .) La burguesía, sin embargo, abrió los ojos después, y ahora su interés es la revolución nacional, porque se beneficiará con las divisas para el desarrollo industrial, porque habrá mayor cantidad de fábricas. Por otra parte, la reforma agraria hará que los indios formen parte de la actividad económica y los consumidores no serán 50 mil sino tres o cuatro millones; entonces esos nuestros excontrarios, los burgueses, tienen que aliarse con nosotros en contra del imperialismo y del latifundio feudal (Paz Estenssoro, V., 1953).

El proyecto de construir el Estado burgués, mediante la revolución populista, queda más claro cuando se afirma que obreros y campesinos serán los que fortalezcan el poder de una clase antagonica.

La burguesía y la pequeña burguesía no deben tener miedo a los planteamientos de obreros y campesinos porque cada cual hace planteamientos

en proporción a su sufrimiento, pero esos planteamientos se realizarán dentro de las posibilidades históricas de Bolivia. Que no se asusten porque los obreros y los campesinos son sus mejores aliados. Así la reforma agraria beneficiará a la burguesía tanto como a los campesinos. Esto también es resultado de la experiencia histórica (...) porque deben comprender que la reforma agraria hará crecer a la burguesía como no la hizo crecer la “rosca” (Paz Estenssoro, V., 1953).

En el fondo se trataba de desarrollar un Estado capitalista atrasado, sin modificar la base material de su formación preexistente. La estructura estatal buscada debía sustentarse en el capitalismo de Estado y en el surgimiento de una burguesía propia. Para el logro de estos propósitos, que son profesión de fe en todo el populismo latinoamericano, las minas nacionalizadas y la reforma agraria fueron consideradas como componentes esenciales. El conjunto de empresas públicas, integradas en la economía estatizada, debía ser el sector de punta que guíe la marcha del país hacia su independencia económica, acorde con el principio ortodoxo del “nacionalismo revolucionario”, autodenominación chauvinista del populismo de entonces. Por otra parte, en esa marcha podía formarse la burguesía nacional como fuerza propia del “Estado nacional revolucionario”. La globalidad del propósito se identificaba con lo que se denomina un proyecto histórico. En esa postulación no habían disidencias y se oponían a él los que habían perdido minas y latifundios y los que habían menguado sus privilegios a causa de aquellas pérdidas.

Pero, ¿qué es un proyecto histórico? No es fácil explicar un concepto que está en el pensamiento de todos porque, frecuentemente, se le asigna el sentido que cada cual percibe o intuye. Sin embargo, puede entenderse como proyecto histórico toda expresión colectiva, elevada al nivel de voluntad general de un pueblo, para vivir de una manera determinada y nueva en relación a su pasado. El proyecto histórico comienza siendo un consenso. Y en el caso boliviano, ese consenso existía. El pueblo, unido en todos sus sectores explotados y oprimidos, exigía el cese de la dependencia y la opresión, el comienzo del fin de la miseria y el atraso, algo así como el cese del fuego de la dominación interna y externa. En esos puntos había consenso sancionado por la voluntad de vivir de manera distinta a la que habían vivido los bolivianos. Este consenso tenía las naturales diferencias de enfoque (ideologías) de las clases sociales que constituyen “el pueblo”, realidad que deja de ser “idea vaga” cuando se trata de desarrollar un proyecto histórico.

No obstante la claridad de objetivos y la firme participación de la abrumadora mayoría del país, el proyecto tropezó con obstáculos de otra índole. La gestión de las minas nacionalizadas tuvo que llevarse a cabo en medio de un cerco imperialista, iniciado con un bloqueo para obstruir la explotación del mineral producido y la importación de insumos que requiere la actividad minera. Esta situación duró algunos meses, los meses en que el gobierno decidió pagar indemnización por los capitales afectados en la nacionalización. Pero el cerco persistió. Los consorcios impedían que el Esta-

do nacionalizador ampliara el mercado para colocar su producción, aun dentro del campo de los países capitalistas desarrollados, sin considerar posibles relaciones con los países socialistas que, por añadidura, fueron rechazadas por el MNR, rechazo con el cual el gobierno se mantuvo en la órbita imperial norteamericana. A esto se agregaban las acciones agresivas de ingleses y americanos para impedir que la nacionalización se completara con la fundición de minerales, principalmente la de estaño, paso necesario para que el país salga de su nivel primario-exportador.

A pesar de todo, la minería siguió y seguirá siendo el sostén económico de la nación. La reforma agraria era el correlato de la nacionalización ya que, con la abolición del latifundio y la supresión de relaciones feudales de producción, se liberaban más de dos millones de campesinos como sujetos de consumo. Las minas nacionalizadas iban a generar divisas para encauzar la modernización del campo mecanizando su agricultura anclada en siglos de atraso; por otra parte, con una aplicación racional de recursos, debían crearse industrias nuevas que, coordinadas con las empresas estatales, podían ser la base económica de la burguesía nacional; esto es, de una burguesía no subordinada al capitalismo extranjero, que al explotar la fuerza de trabajo, reinvertir en el país la plusvalía obtenida y controlar el mercado interno, asuma un comportamiento autónomo, con prescindencia de los antagonismos inevitables entre el imperialismo y la nación en desarrollo. ¡Qué fácil les resultaba a los populistas en el poder proponer un Estado burgués de nuevo tipo! Ellos sabían que, por las condiciones subordinadas en que se colocaron para ejercer su gobierno, este modelo era impracticable.

La alianza de clases, presunta constructora del Estado populista, tomó un sentido original para el proletariado. Los trabajadores se organizaron en la Central Obrera Boliviana (COB), considerada como un parlamento obrero, organismo al cual concurrían representantes sindicales del MNR, POR y Partido Comunista, fundado en 1950. La fuerza burocratizadora del MNR produjo una costra sindical que antepuso los intereses de su partido a las necesidades de la clase trabajadora.

No obstante la oposición de sectores radicalizados de las organizaciones obreras, surgió el denominado "cogobierno MNR-COB", concepto que describe la participación que tuvieron los trabajadores en el funcionamiento del aparato de Estado. Esta modalidad participativa reforzó el compromiso y, consecuentemente, subordinó el movimiento obrero a la dinámica del régimen populista, al punto que

la combinación Estado-partido-sindicato es el producto y, al mismo tiempo, la base de sustentación del gobierno populista más típico. En ese contexto, el jefe del gobierno . . . aparece como el benefactor de todas las clases identificadas con la nación; se presenta como quien tiene la misión de instaurar la paz social, para salvaguardar el orden burgués (Ianni, O., 1975, p. 56).

Esta combinación tripartita, eventual, tuvo rasgos significativos. Por una parte, exmilitantes piristas liberados con la disolución de su partido (1952)

ingresaron al MNR para insertarse en la burocracia estatal, en tanto que otros militantes del POR se incorporaron a un latente sector de izquierda del MNR, que se expresaba políticamente a través de la COB. Este flujo hacia las vertientes del poder se denominó “entrismo”, término de paternidad porista, útil a ambas tendencias que, ilusionadas con la idea de “influir en la revolución desde adentro”, no tardaron en ser engullidas por el poder estatal. El transfugio de trotskistas y piristas produjo dos efectos en el oportunismo de sus respectivos dirigentes: la división del POR y la reorganización del PIR, en 1956.

En tanto que la revolución política excitaba el entrismo izquierdista y la permanente conspiración de la derecha, la realidad económica tomaba un sentido distinto del que se había planteado en la insurrección. El populismo, incapaz de desarrollar una burguesía nacional como fuerza propia, abrió los brazos a la inversión extranjera y al empleo masivo de una “ayuda” americana que se perdía en distintos rubros del gasto público, independientemente de otra, especial, destinada a la reorganización del ejército. La “ayuda” y la inversión privada estaban creando un otro tipo de dependencia que trasciende los límites de la dependencia económica tradicional. Las inversiones, todavía limitadas y temerosas, llegaron después de que el Convenio de Asistencia Técnica, firmado en 1953, impuso los lineamientos de la ayuda económica, la reorganización del ejército, la reforma administrativa y la cogestión, con la agencia USAID, de ciertos servicios públicos como los de salud y educación. En los hechos, mediante ese instrumento bilateral, el régimen populista reformuló las relaciones externas de la dependencia, completándola en los planos político, militar y cultural. Con ello, la agencia devino en una especie de termostato regulador de la revolución y el Departamento de Estado en instancia de control del estado populista.

Por otra parte, las divisas obtenidas del comercio de minerales no se aplicaban a la mecanización de la agricultura ni a la industrialización del país, como se había planteado en abril de 1952, sino al financiamiento de la empresa estatal del petróleo, a la creación de una infraestructura vial y a estimular, en congruencia con las inversiones privadas, el crecimiento de una fracción de clase, la burguesía agraria, asentada en la región oriental del país, con patente descuido de la agricultura tradicional del altiplano y de los valles centrales. El Estado nacional-populista, guiado “por la ideología económica del MNR hacia una concepción geográfica, territorialista y agrarista del desarrollo” (Zavaleta, R., 1974), al mostrar la distorsión de su modelo revolucionario, reflejaba la capacidad negociadora del régimen, ya que esa concepción

era algo que se hizo rápidamente coincidente con los intereses norteamericanos, que se situó de hecho dentro de la división del trabajo que podía admitir el imperialismo en ese momento y era, por tanto, una política típicamente burguesa en sus planes de integración pero abandonando toda política de industrialización, que era posible sobre todo

en torno a la minería nacionalizada y el petróleo, que resultan prácticamente abandonados a su propia suerte (Zavaleta, R., *ibid.*).

El torcimiento del proceso corrió parejo con el crecimiento del sector público. Las empresas estatales (COMIBOL, YPF, CBF, LAB, FF.CC., entre otras), fueron organizadas como “autarquías” para conciliar el crecimiento del capitalismo de Estado con la institucionalidad burguesa que mantuvo el Estado populista. “La solución que el régimen democrático y representativo ha encontrado para este problema de estatizar la economía y mantener las instituciones clásicas del poder público, problema que no es solamente nuestro sino que se halla generalizado en el siglo XX, está en las autarquías. Estas instituciones no se oponen al régimen democrático, pero requieren de autonomía real y de gran sentido de responsabilidad para ser eficaces” (Guevara, A. W., 1960). Las empresas estatales, con su régimen autárquico, autosuficientes para la producción y con plena personería en sus derechos, tomaron el vuelo de verdaderas corporaciones. Al lado de las privadas conservaban pocas diferencias, ya que “unas y otras son empresas autónomas, se basan en la obtención del máximo beneficio y se orientan hacia el crecimiento económico” (Burke, M. y Malloy, J., 1972).

Para 1964, año en que se produjo el golpe militar brasileño, o “golpe de las corporaciones”, y también año en que el MNR cayó del poder, el régimen populista había pulverizado sus elementos constitutivos; en su lugar, se afirmaban los rasgos acentuados del capitalismo monopólico. Los tecnócratas, desde sus autarquías estatales, y la burocracia articuladora del régimen, habían perdido su ubicación. Para ellos resultaba igual ser militantes del “nacionalismo revolucionario”, que defender, con moral o sin ella, los mitos del desarrollismo, forma vergonzante de justificar la dependencia. Por su parte, las corporaciones privadas, nativas o transnacionales, crearon una nueva clase de empresarios y administradores que veían en las autarquías estatales su natural campo de influencia y en los tecnócratas satisfechos, sus aliados naturales. Y era que, en ese año, “Bolivia avanzó definitiva y hasta despiadadamente hacia el corporativismo nacional” (Burke, M. y Malloy, J., *ibid.*), como punto final en el que desemboca el populismo, producto genuino de la insurgencia de clases subalternas en las sociedades dependientes. El populismo boliviano había acabado su ciclo. Sus orígenes insurreccionales, su programa multiclasista y el Estado que conformó, cayeron bajo el inmenso peso del capitalismo monopólico.

7. *Contraproseso y derrumbamiento*

Insurrección, revolución y Estado populista, en la experiencia boliviana y hasta el presente, son tres componentes inseparables de un proceso. Ninguno de ellos se explica con prescindencia de los otros. Forman un todo y tienen vertebración lineal, a manera de un modelo de cambio social y político que termina en la descimentación de lo que ha aportado cada elemen-

to. Observar el proceso boliviano de 1952 a 1964, o extender su observación hasta 1981, como el acoplamiento mecánico o empalme de un elemento con otro, sería acomodar la historia de la manera en que se ajusta un catalejo, desplazando los tubos de larga visión en la medida en que se desea percibir un elemento más remoto o más cercano. Tal manera de observar los hechos produce dos efectos: primero, que el populismo tuvo un desarrollo progresivo en el cual la insurrección, la revolución y la vigencia del Estado populista son jalones que se interrumpen sólo con el golpe del 4 de noviembre de 1964; segundo, que el proceso tiene tanta vitalidad que reaparece, en su versión militar, con los gobiernos de Ovando y Torres, y que reaparecerá cuando cambian las circunstancias actuales. Tal criterio, puramente expositivo, es útil para exhibir cierto triunfalismo con que se encubre el proceso de su derrumbamiento, de su autoanulación.

Por otra parte, también puede recurrirse a la explicación del “tempo” populista en Bolivia como el funcionamiento de un sistema iniciado con la toma del poder y que se realizó en doce años con la rotación de sus hombres, élites y grupos. Esta visión estaría mejor relacionada con lo que es el conocimiento de lo histórico, ya que los hechos, para ser conocidos y explicados, se ordenan sucesivamente en el tiempo. Su ordenamiento cronológico permite que haya un antes y un después, una causalidad en los acontecimientos. Desde este punto de vista, sería suficiente señalar las presidencias de Paz Estenssoro, Siles Zuazo, Paz Estenssoro (segunda vez), Paz Estenssoro (tercera vez), como si fueran etapas o periodos para explicarlos con las categorías del análisis histórico-social. No obstante la naturalidad de este enfoque, los resultados a obtenerse no serían tan significativos porque el populismo no es un engarce, una incrustación, en el *continuum* de la historia nacional, sino un proceso transitorio que, como tal, produce un “corte”, el inicial, pero cuando se agota su gobierno excluyente y exclusivo reaparece la dominación interna y externa recrudescida en una dependencia amplificada (1964), como si la presencia del sistema se hubiera opacado momentáneamente. Es que en Bolivia, y allí donde se ha presentado el populismo, no es la superación, mucho menos la sustitución del sistema capitalista, sino un medio de mayor acumulación de poder para este sistema. Los ejemplos del Cono Sur hablan por sí mismos.

La insuficiencia de una u otra visión no da lugar a sostener que el populismo en Bolivia se haya dado en bloque, sin génesis, desarrollo ni consumación; sin jalones, fases o etapas. A lo largo de este trabajo se ha visto que sí las tuvo, y las tuvo tan marcadas que entre 1952 y los años que siguieron, la realidad fue distinta. No puede confundirse la iniciativa de las masas (1952-1953) con la insensibilidad de la tecnocracia (1960-1964), como tampoco puede homologarse la sustentación policlasista de los inicios del régimen con el aislamiento de sus últimos cuatro años.

Lo que se juega en la interpretación de este proceso político no es tanto un episodio (insurrección, revolución), ni un periodo presidencial u otro, sino la ubicación que tuvieron las clases sociales y las modalidades que fue-

ron tomando las relaciones externas de la dependencia a lo largo de doce años que duró el régimen. Debe quedar claro, ciertamente, que ubicaciones y modalidades, para la historia, se dan en el tiempo, son identificables en él, por tanto pueden marcar hitos si generan consecuencias ulteriores. No son las etapas las que marcan el rumbo de un proceso, como tampoco son las horas, ni los días, ni los años, lo que le dan brújula al tiempo. La óptica tiene que invertirse. El proceso que marca las etapas con la materialidad de su desarrollo radica en la presencia activa, concreta, de las clases sociales comprometidas, y, por tanto, en sus actitudes de rechazo o aceptación.

En tal sentido, no es muy atinado afirmar que la caída del MNR se debe a una demolición o voladura instantánea, producida por el alzamiento del militarismo reaccionario que seguía o utilizaba a Barrientos, sino que sería más propio examinar ese desplome como el resultado de un contra-proceso que minaba el poder populista desde sus mismos orígenes. También debe quedar claro que la toma del poder a la caída del MNR no es una retoma. No son los latifundistas y mineros anulados los que lo retomaron, sino otros, otra oligarquía. Sus intereses económicos y políticos son distintos, como es distinta su ideología de opresión y explotación. La oligarquía de ayer se formó en las estructuras de la excolonia española y con el adobo del liberalismo; la actual está moldeada en el neocolonialismo que impone el capital monopólico y se ubica en un plano distinto de la espiral de la dependencia que ha diseñado el populismo.

La alianza efectiva entre obreros, campesinos y capas medias será siempre una coyuntura, una contingencia, y no una regularidad. La potencia del movimiento insurreccional anuló la posibilidad de que apareciera una tierra de nadie y nadie pudo ocupar un espacio que no existía. La destrucción del ejército implicaba, por una parte, que se esfumaran esperanzas restauradoras de la clase opresora y expectativas de grupos y sectores identificados con la oligarquía y la dominación extranjera. La nación insurrecta había aplastado el orden preexistente y surgía otro, el incoado, el que había nacido antes sin hacerse ostensible hasta el momento de la ruptura. Por otra parte, también implicaba que las clases populares, en sus fracciones y bloques, sin retaceos ni dudas, afirmaran su identidad al haber ganado una batalla en su lucha por la autodeterminación nacional. Pero este aspecto es subjetivo, pertenece a la conciencia de sus protagonistas; sus consecuencias prácticas dependieron entonces, y dependerán en otra circunstancia, de la dirección que se imprima al proceso.

No obstante que el proletariado fue el caudillo principal en ese enfrentamiento decisivo, la pequeña burguesía se llevó las ganancias. Su partido acaparó la totalidad del aparato estatal y una clase subalterna pasó a ser la dominante. Este hecho fue una prueba de fuego para la causa popular, ya que desde el poder la nueva clase gobernante reveló su autolimitación política y su incapacidad transformadora. De estas carencias surgió el contra-proceso, ensamblándose con los propósitos del imperialismo.

El ascenso de las masas, en los años 1952-1954, derivó en condición

propicia para un cesarismo avasallador; la radicalidad del programa anti-feudal y antiimperialista cedió al pragmatismo de la élite en el poder y el paso de la revolución política a la revolución social, como planteaban las masas organizadas y los sectores políticos avanzados, fue opción perdida en los retrocesos de una dictadura popular que fusionó la jefatura partidaria con la jefatura del Poder Ejecutivo (Guevara, A. W., 1960).

En ese lapso fue posible promulgar el voto universal, nacionalizar las minas, decretar la reforma agraria y también fue posible “un dejar hacer y un dejar pasar”, de parte del imperialismo, para medir la extensión y profundidad de una revolución en un país atrasado, aislado y acosado por la pobreza. El populismo de masas, entre 1952 y 1954, era una nueva experiencia política boliviana pero, a su vez, también era un experimento ya conocido por el gobierno y los consorcios norteamericanos. Conocían el método, lo habían aplicado con el “Estado novo” de Vargas, en Brasil, y con el “cardenismo”, en México. En esos años lo estaban aplicando al peronismo argentino. El régimen pequeño burgués acabará por rendirse, no tanto por la presión externa que se le ejerce despiadadamente, sino por su incapacidad de adecuación a la profundidad de las transformaciones que las masas proponen cuando sus acciones traducen el vigor de la lucha de clases. El imperialismo tenía sus razones para esperar ese resultado. El costo social de las medidas revolucionarias fue absorbido por los trabajadores; sus sacrificios, al no ser compensados adecuadamente, llevarían a una ruptura de las masas trabajadoras con el gobierno. Esto implicaba una desmentación del régimen en un futuro cercano.

La pobreza financiera del Estado y de la sociedad, el bajo nivel de desarrollo de las fuerzas productivas, el carácter monoprodutor de la economía y el aislamiento geográfico del país sometido a una rigurosa mediterraneidad, fueron y son factores endógenos favorables a la estrategia imperialista. Por otra parte, el terrorismo verbal puesto de moda y una ideología más doctrinaria que teórica, elaborada por una élite que sólo buscaba beneficiarse del poder circunstancial, contribuyeron a crear ciertos mitos demagógicos como “el carácter monolítico del MNR”, o la “independencia económica” y la “tercera posición”, entre muchos. Estos aspectos no fueron desdeñables para que el imperialismo negociara la ayuda que el régimen solicitaba e impusiera sus condiciones mediante el Convenio de Asistencia Técnica, de noviembre de 1953. A partir de ese acontecimiento, el poder pequeño burgués, nacionalista y revolucionario, subordinaba sus decisiones al poder extranjero y las causas endógenas del contraprocés se amalgamaron con la contrarrevolución imperialista.

En los años 1954-1960, la “coincidencia de intereses”, premisa táctica de la revolución populista, se vino abajo. El costo social que habían pagado los trabajadores en los años precedentes recayó en los sectores medios urbanos. El deterioro económico exigía la aplicación de una política de inversiones con fines productivos, a la par que las necesidades políticas del régimen imponían una ampliación del consumo. Las contradicciones de esa

política dual aceleraron el proceso inflacionario modificando el tipo de cambio que de 60 pesos bolivianos por dólar, pasó a 12 mil. El desajuste estructural en una economía de escasez, en la que el campo se mantiene con una agricultura de subsistencia y los trabajadores mineros atienden su consumo con precios subsidiados, agravó el resentimiento de las capas medias, insatisfechas y azotadas por la inflación que pasaron a reforzar la conspiración apoyada por los exlatifundistas. Simultáneamente, los sectores avanzados de la clase obrera se emancipaban del compromiso populista iniciando una política independiente de clase. Al reducirse las bases de sustentación, el régimen se situaba en la inercia de su equilibrio. Su derrumbe no era cuestión de propósitos sino de los efectos corrosivos y desquiciantes del contraproceso; se derrumbaría solo, por sí mismo, por la acción de los elementos que iban tomando el hueco dejado por las clases populares.

Estos cambios de ubicación y de actitudes no fueron hechos unilaterales. Eran respuestas sectoriales a los virajes operados en el ejercicio del poder. El asedio del imperialismo devino en inserción de sus agencias dentro del aparato del Estado, en tanto que se reorganizaba el ejército y se implantaba la política económica y financiera del Fondo Monetario Internacional, cuya máxima imposición fue la estabilización monetaria, con la autoría del experto norteamericano Jackson Eder. Esta medida, al reducir el gasto público y suprimir los precios subsidiados, fue más severa y despiadada para los empleados y obreros, cuyos sueldos y salarios se congelaron. Por otra parte, el gobierno estimulaba la escisión del movimiento sindical y aumentaba su manipulación paternalista en las masas campesinas, sobre la base de su incorporación política mediante el sufragio universal. El año 1956 fue la primera vez en que se ejerció este derecho, con el efectivo resultado, de trocar los mecanismos de legitimación del poder. El "voto campesino" fue el factor decisivo en las elecciones de ese año y siguientes con que el MNR legitimó y debilitó su poder. Esas mayorías electorales correspondían, desde el punto de vista político, a los sectores más atrasados y dependientes de la dominación interna, por tanto, menos autónomos para generar decisiones. Las ciudades, laboratorios invalorable de los movimientos populistas, pasaron a ser hostiles al régimen. El potenciamiento del conglomerado campesino trajo consecuencias importantes. Ganarlo y controlarlo fueron metas perseguidas por el régimen. Su manipulación era, obviamente, un recurso que le dio resultados en un momento en que había desaparecido la alianza clasista al cesar la coincidencia de intereses. Las masas campesinas, armadas y dirigidas, ya no por el proletariado sino por el gobierno, jugaron el papel de nuevo aparato represivo para enfrentarlo a las organizaciones sindicales.

El populismo es un movimiento que maniobra, pero no dirige, las contradicciones de una sociedad dependiente. El imperialismo, al jugar su espera como carta política hasta que afloraran esas contradicciones, había jugado con las esperanzas de los populistas ingenuos. Los factores endógenos del contraproceso se ensamblaron sólidamente con nuevos elementos que aparecieron en el juego establecido por el imperialismo y la élite po-

pulista que se avino con él. Estos elementos se materializan en el ejército reorganizado, los monopolios extranjeros, la tecnocracia de las empresas estatales, la burguesía importadora y una extensa gama de pequeños burgueses dedicados al comercio o instalados en el área de servicios. La reformulación de los nexos externos de la dependencia empezaba a dar sus frutos. El sometimiento del gobierno al poder extranjero, la ampliación de las capas medias, la manipulación campesina y el surgimiento de un ejército preparado como beneficiario de la dependencia, eran los más visibles.

En los años 1960-1964, el deterioro tenía dos caras. Por un lado, el régimen gozaba de la protección norteamericana; por el otro, estaba minado por la corrupción y la escisión. Paz Estenssoro volvió al gobierno y Juan Lechín, el satanizado líder sindical, ocupó la vicepresidencia de la República, en tanto que John F. Kennedy asumía la presidencia de Estados Unidos, proponiendo su plan hemisférico de Alianza para el Progreso. “El nuevo gobierno norteamericano vio en Bolivia una posible ‘vitrina’ para la Alianza, y Paz Estenssoro vio en Kennedy un hombre que entendía realmente sus objetivos” (Burke, N. y Malloy, J., *ibid.*). Sin embargo, paradójicamente, la Alianza se convirtió en catalizador del descontento general. Para las fuerzas populares, ese nuevo instrumento, substitutivo de la ayuda preexistente equivalía a introducir nuevas formas de dominación neocolonial. Para la industria, la banca, la minería privada y el comercio importador, el espaldarazo norteamericano significaba que había llegado la hora de exigir que el gobierno diera un paso firme para “acabar con la anarquía” e inmovilizar a las masas trabajadoras, acosadas por la miseria y la severidad de la estabilización monetaria de 1956.

Desde sus comienzos, y por debajo de una supuesta “mística revolucionaria”, se desarrollaron la coima, el prebendalismo, la exacción campesina y los negociados fraudulentos, como formas “tradicionales” del enriquecimiento ilícito. En los últimos años se hicieron notorias formas más avanzadas de corrupción. El contrabando organizado, el prevaricato, la “comisión” en contratos con las corporaciones estatales y el uso del poder para mutar la condición de burócratas y convertirse en “accionistas” de sociedades anónimas, entre otras, fueron vicios que dieron por resultado no sólo una veloz acumulación de fortunas privadas, sino también la aparición y acción de grupos y sectores que, para encubrir esas actividades e invocando intereses personales o regionales, “fueron creciendo hasta constituirse en fuerzas autónomas con los resultados lamentables que estamos contemplando al presente” (Guevara, A. W., *ibid.*).

Las pugnas intergrupales afloraron, en 1960, con la formación del Partido del Movimiento Nacionalista Revolucionario Auténtico (PMNRA), que después se transformó en el Partido Revolucionario Auténtico (PRA). Estas pugnas hicieron nueva crisis en 1964 cuando el sector de izquierda del MNR, después de la ruptura de Lechín con Paz Estenssoro, decidió

conformar con sus cuadros y sus bases una nueva fuerza política que bajo la denominación de Partido Revolucionario de la Izquierda Nacionalista (PRIN), actualice los principios que inspiraron las gloriosas jornadas de abril de 1952, replantee sus objetivos y devuelva al pueblo la fe en su destino, a través de soluciones políticas que garanticen la unidad futura destinada a realizar una verdadera revolución nacional (PRIN, Programa de Principios, 1964).

Las escisiones no fueron tan sólo el producto de desavenencias personales, sino también la expresión de dos tendencias que reflejaban el grado de descomposición y conflicto interno a que había llegado el MNR. Los dos nuevos partidos, en sus programas respectivos y a su vez, impugnaron al gobierno y al MNR, identificados como responsables de una revolución traicionada. Los “auténticos”, como un lenguaje institucionalizante y tecnocrático, examinaban la nueva realidad creada en ocho años de populismo, marcando sus críticas sobre ciertas formas dictatoriales de gobierno, el desorden sindical y la corrupción, en tanto que los “prinistas” denunciaban las desviaciones del régimen y persistían en los lineamientos del populismo de masas surgido doce años atrás. No obstante sus diferencias de enfoque, los programas de auténticos y prinistas tienen coincidencias visibles. Estas coincidencias, comparadas con el programa de gobierno del MNR de 1964, no tienen diferencias de fondo y los tres documentos se funden en un mismo discurso ambiguo y desarrollista. Y es que el populismo, en la teoría y en la práctica, unido o dividido, en el poder o fuera de él, conlleva su propia limitación: la hibridez de sus fundamentos y propósitos. Por una parte, pretende amalgamar una prédica de la lucha de clases con la coincidencia de intereses policlasistas; por otra, aspira a conciliar una revolución emancipadora de la dependencia con los intereses del imperialismo. Su autolimitación se hace más notoria desde el momento en que su estrategia radica en el desarrollo del capitalismo, saltando de la feudalidad al capitalismo monopólico y en el cual funcionaría el capitalismo de Estado como sustituto y luego generador de la burguesía nacional. Esta característica de la “teoría” populista se repite en los escisionistas de 1960 y 1964, quienes, para no asumir compromisos más profundos en la perspectiva boliviana y cortar sus vínculos con el régimen, escogieron la escisión para salvar sus responsabilidades y no ser víctimas del derrumbe que presentían. Los auténticos tuvieron mejor suerte en ese juego de cálculo y previsión oportunista. Volvieron al gobierno con Barrientos.

Al perder todo apoyo interno, el régimen se aferraba al ancla de la protección norteamericana haciendo más ostensible la subordinación política. La Alianza devino en factor alienante de la conciencia nacional, creando un complejo de dependencia en los gobernantes. Lo más significativo de este instrumento fue lo que se hizo con el monto de los fondos y recursos económicos allegados a un régimen tambaleante. Sus cifras en dólares se perdieron en el manejo de la burocracia y en el beneficio privado de pocos comerciantes. El signo más visible de sometimiento a la nueva

política neocolonial, concertada entre el gobierno norteamericano y la cúpula populista en agonía, fue el retorno de la “ayuda” a la metrópoli: mediante el decreto del 22 de agosto de 1963, el gobierno boliviano se obligó a emplear esos fondos en las compras nacionales que debían hacerse exclusivamente, a los consorcios norteamericanos.

El régimen llegó a un estado de inopia política perdiendo todo poder de decisión, inclusive el que la metrópoli le asignaba para que cumpliera sus acuerdos subordinadores. El derrumbe estuvo inseparablemente unido a la ejecución de otro instrumento contractual denominado “Plan Triangular”, suscrito en 1961 entre un consorcio germano-occidental, el Departamento de Estado y el Banco Interamericano de Desarrollo, para financiar una ayuda económica destinada a sanear y a hacer rentable la minería nacionalizada. Esta operación incluía medidas represivas de gran magnitud, tales como la reducción de la fuerza de trabajo en las minas, la disminución del salario en un 45 por ciento y el establecimiento de un nuevo estatuto sindical. Por otra parte, en esos años, se habilitó el camino de los consorcios petroleros. El reingreso de las compañías extranjeras se amparaba en el denominado Código del Petróleo, cuya elaboración estuvo a cargo del bufete norteamericano Davenport y su aprobación bajo la responsabilidad del gobierno de Paz Estenssoro.

El avasallamiento extranjero y la reinstalación de los consorcios reflejaban el avance del contraproceso acelerado con la reconstrucción material e ideológica de las fuerzas armadas. El Pentágono las reorganizó y las incorporó como un batallón más de la “defensa continental” (Paz Estenssoro, V., 1965). Las fuerzas armadas tomaron iniciativas propias en el plano de sus perspectivas políticas. Se organizaron como organismo partidario, como célula del MNR, e iniciaron una pertinaz labor de control nacional dentro de un plan denominado “acción cívica”. Estos dos aspectos, organizarse como célula partidaria y ejercer una acción contralora, le hizo suponer al gobierno que contaba con un ejército propio. “el ejército de la revolución nacional”, a semejanza de la oligarquía que contaba con el suyo.

Sin embargo, el estamento castrense no acataba las órdenes del partido ni se identificaba con la revolución nacional. Su pensamiento, sus acciones y propósitos, estaban dirigidos a detener la “marea roja”, conjurar la anarquía, realizar la operación triangular y erigirse en garante de las inversiones petroleras. Los militares estaban ocupados en preparar la toma del poder. Pero no se trataba de proyectar un golpe corriente y pasajero, sino de abrir, por ese medio, una era de militarismo que sostenga su dominación social sobre las bases y la nueva realidad que había creado el populismo, ya despojado de toda su capacidad para maniobrar con las contradicciones interclasistas.

Al MNR le quedaban sólo dos bases de sustentación, las masas campesinas y una burocracia sostenida por fuerzas paramilitares que, con el nombre de milicianos, constituían una degeneración de las milicias populares con que la insurrección de abril había sustituido al ejército oligárqui-

co. Grupos campesinos armados por el gobierno y coordinados por el ejército habían intervenido en el aplastamiento de una huelga minera a fines de 1963 y se movilizaron con propósitos similares durante la última semana de octubre de 1964. Los “milicianos”, además de ser una fuerza represiva, eran considerados como un soporte efectivo del régimen ante un presunto golpe militar. Las masas campesinas, acostumbradas a un paternalismo suicida, fueron atrapadas en un “pacto militar campesino”, en tanto que los milicianos no ofrecieron resistencia al alzamiento de Barrientos, y Paz Estenssoro abandonó el gobierno y el país. Con el golpe militar del 4 de noviembre de 1964 acabó el ciclo del populismo en Bolivia, pero no su historia, porque hay situaciones que todavía deben analizarse.

8. Derivaciones y caminos imprevistos

Con la dictadura de Barrientos (1964-1969) se inició la etapa de gobiernos militares, todos surgidos de golpes de Estado. A Barrientos, después de un paréntesis civil de cinco meses, le sucedió Ovando. El golpe militar fallido del 4 de octubre de 1970, debido a situaciones no previstas por Ovando ni por los golpistas, dio paso a la presidencia de Torres. Estos tres gobiernos, aunque totalmente distintos, son el desdoblamiento histórico del régimen populista de 1952. Los tres generales fueron formados en la escuela política del populismo del MNR, o “nacionalismo revolucionario”, y se los había exaltado como a “militares de la revolución nacional”

Barrientos, como derivación y producto del populismo de 1952, sustituyó el nombre de “revolución nacional” por el de “revolución boliviana”. Al principio gobernó solo; después de las masacres de mayo de 1965 compartió el poder con Ovando y legitimó su gobierno con las elecciones de 1966, denunciadas como ilegales por el uso fraudulento que hizo del voto campesino. Pretendió restaurar viejas relaciones de dominación y ciertas figuras olvidadas de la oligarquía tomaron su lugar al lado de Barrientos, que denominó al golpe de Estado que lo llevó al poder como “revolución restauradora”. Creó su propio partido, el Movimiento Popular Cristiano (MPC), con los grupos y sectores más oportunistas del MNR y formó el Frente de la Revolución Boliviana, instrumento de gobierno integrado por los partidos populistas MPC, PRA y PIR, más el Partido Social Demócrata. Sus métodos de manipulación fueron efectivos para estimular el odio campesino contra la clase obrera, ganar la confianza de las capas medias y asegurar los intereses monopólicos y de la burguesía dependiente. Gobernó a la manera de un procónsul estadounidense, en sólido entendimiento con la CIA.

Las masacres de 1965, dirigidas por Barrientos y Ovando, fueron instancias de sangre con que se impuso el Plan Triangular; en tanto que la de San Juan (1967) le sirvió al ejército para escarnecer aún más al proletariado minero y asegurar el dominio de la compañía petrolera Gulf Oil, en momentos en que se desarrollaba la lucha guerrillera del sudeste. Estos genocidios, unidos a la opresión y corrupción generalizada, acabaron con

los resabios populistas y con el “prestigio” de las fuerzas armadas que, después de cinco años de dictadura barrientista, no podían ostentar impunemente su título de institución “tutelar” de la patria. El imperialismo había utilizado al ejército como a un guardián belicoso de sus intereses, y de su penetración total en el dominio político y económico del país. Lo había empujado a las masacres, a la opresión, y la jerarquía castrense, en cumplimiento de sus compromisos para reforzar la dependencia, prosiguió su guerra no declarada contra el pueblo con el fin de que no surgiera un gobierno nacional y democrático.

La muerte de Barrientos fue una contingencia aprovechada por Ovando que, amparado por un “mandato revolucionario de las fuerzas armadas”, ejecutó el golpe del 26 de septiembre de 1969. El “mandato” era todo un programa político dirigido a rectificar la política de sometimiento que había seguido el país desde 1953. Ovando nacionalizó el petróleo, expulsó a la Gulf Oil Co. y estableció el monopolio estatal del comercio de minerales. Estas medidas, asociadas a la derogatoria de leyes represivas y a la reorganización del movimiento obrero, hicieron suponer que el populismo renacía con una orientación nasserista; sin embargo, el gobierno de Ovando (1969-1970), sustentado en las fuerzas armadas y en una élite civil heterogénea, se caracterizó por un secante verticalismo que impedía toda participación de las masas. Estos rasgos de la presidencia de Ovando dificultan su definición; sin embargo, puede encontrarse cierto paralelo entre su gobierno y los del “socialismo militar” de los años 1937-1939.

Durante el gobierno de Torres (octubre 1970-agosto 1971), que sucedió a Ovando después de que los trabajadores desbarataron el golpe fascista de octubre de 1970, se organizó la Asamblea Popular, considerada como “la fase más alta del proceso populista de las masas bolivianas en lugar de ser el primer órgano de poder de la revolución socialista” (Zavaleta, R., 1972). La Asamblea Popular no fue un órgano de poder en el gobierno de Torres, sino el agrupamiento autónomo y organizado de la clase obrera, de las capas medias asalariadas, de sectores avanzados del campesinado y de los partidos políticos de izquierda. Torres, para no variar el tono de un movimiento cualitativamente distinto que emprendían las masas trabajadoras, propuso la formación de un nuevo frente integrado por militares, campesinos, estudiantes y obreros que serían “los cuatro pilares de la revolución boliviana”. Este planteamiento de esencia populista fue más declarativo que práctico y el gobierno, privado de un instrumento político, se situó en la encrucijada que le costó su caída. Ante la posibilidad de que la correlación de fuerzas y los cambios políticos fueran adversos a los esquemas del militarismo reaccionario y del capital monopólico, se puso en marcha una conspiración internacional. El imperialismo norteamericano, las dictaduras militares de Brasil, Argentina y Paraguay y el empresariado corporativo, principalmente la burguesía agraria de Santa Cruz, desencadenaron el golpe preventivo del 21 de agosto de 1971, con que Bánzer inau-

guró el fascismo en Bolivia para jalonarse intermitentemente con Pereda, Natusch y García Meza.

La dictadura banzerista (1971-1978) fue relevada por Pereda (20 de julio de 1978) y éste fue depuesto por Padilla (24 de noviembre de 1978). La procesión de generales se interrumpió por pocos meses con el gobierno de Guevara Arce (8 de agosto a 1 de noviembre de 1979), depuesto por Natusch que abusó del poder por 15 días (hasta el 16 de noviembre), para dejarlo en manos de Lidia Gueiler, quien fue derrocada por García Meza (17 de julio de 1980). En esta impresionante sucesión de golpes y golpistas, la tendencia populista no fue ajena a las contingencias que tuvo que enfrentar el pueblo boliviano. Ha estado detrás de cada golpe alentando una suerte de "doctrina del poder". En algunos casos, como el de Barrientos, se ha expresado a través de la manipulación campesina; en otros, como los de Ovando y Torres, inspirando sus programas de gobierno y llenando huecos en la burocracia política; o a la caída de Torres, formando el Frente Nacional Popular, coalición política de Paz Estenssoro, Falange Socialista Boliviana y las Fuerzas Armadas que sustentó a la dictadura de Bánzer en los primeros tres años. En el gobierno de Padilla jugó el papel de un vasto sector de presión popular para impulsar el proceso democrático. Esta persistencia del populismo se hizo más acentuada en el golpe de Natusch. A través de sus más conspicuos dirigentes esbozó un esquema político más sofisticado al proponer una estructura de poder integrada por el Parlamento, la COB y las Fuerzas Armadas para institucionalizar un Estado corporativo, fascista, con todos sus componentes económicos, sociales e ideológicos.

La perspectiva fue distinta a partir del momento en que la lucha democrática de masas ablandó a la dictadura militar e impuso una solución electoral. En esa conyuntura (1978), el populismo se dividió en dos grandes nucleamientos: el MNRH (histórico) de Paz Estenssoro y el MNRI (de izquierda) de Siles Zuazo. El primero persiste en su esquema conciliador y subalterno del imperialismo; el segundo, con diferencias de grado mas no de esencia, aliado con otras fuerzas, constituye la Unión Democrática Popular. En el proceso de democratización intermitentemente cortado, el populismo bifurcado ha obtenido claras victorias electorales y en las elecciones de 1980 ha mostrado la alternativa de su renovación con la presencia de una fuerza nueva, el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), aliada del MNRI que, por su ubicación ideológica, sus métodos de lucha y el reclutamiento de su élite, por sus objetivos y su intransigencia, se perfila como un partido neopopulista.

Es tarea de la historia, y no exclusivamente de la sociología ni de la ciencia política, evaluar las proyecciones del populismo en Bolivia. La crítica agota su objeto en el momento en que cierra un periodo definido, pero no definitivo. La misma crítica, analizando los componentes populistas que actúan en el presente, puede prever otro periodo en el que los acontecimientos no tendrán la originalidad ni la profundidad del

pasado, sino la superficialidad y el cálculo que emergen de aquello que en la lógica del sentido común podría llamarse enmienda de los errores cometidos. Pero esa anticipación de la experiencia tiende a mostrar que no ha de tratarse de un populismo de masas, “a la antigua”, no obstante que su dirección actual conserva cuadros y hombres de ayer, sino de otro, formado en el marco rígido y nuevo de la política global del imperialismo, sin otra esperanza, descarnadamente oportunista, que promover el Estado burgués, burocrático y autoritario que requiere el capital monopólico. Tal es la opción del neopopulismo asociado al antiguo.

A pesar de sus limitaciones, el populismo en Bolivia ha abierto caminos que no tenían diseño previo. Expliquemos. Si decimos que los caminos abiertos no estaban previstos, quiere decir que se cumplieron determinados objetivos ajenos a la estrategia de ese proyecto político. No se ha logrado crear una burguesía nacional que juegue su papel no subordinado al imperialismo, ni se ha formado un mercado interno controlado por esa fracción burguesa, como tampoco la economía estatizada ha quebrado la dependencia del extranjero. Estas frustraciones son concomitancias del proceso analizado y se traducen como un resultado, en el sentido de que el populismo no es el proyecto que requería Bolivia. Sin embargo, no puede ignorarse que en doce años que duró el régimen se ha iniciado un proceso de cohesión nacional y social. Las clases explotadas se sienten nacionales; participan de los problemas del país poniendo en juego sus propios intereses; cuestionan los problemas de Bolivia con una conciencia crítica que ha dejado de ser monopolio de las élites. Por otra parte, este proceso no radica sólo en la dinámica social, sino también en la vertebración física de las regiones geográficas y económicas y en la incorporación de las etnias mayoritarias. De estos hechos deriva una consecuencia: lo que no se pudo realizar con el desarrollo espontáneo del modelo liberal ha comenzado a lograrse a través del populismo, no obstante su autolimitación estructural y su supeditación al imperialismo. Este es un camino que carecía de diseño: la política hizo lo que la economía no pudo hacer.

La movilización social, concepto teórico y operativo del populismo, invalidó la falacia de una revolución policlasista y desvaneció el espejismo de una supuesta coincidencia de intereses. Los sesgos del proceso se corresponden con el desarrollo de las formas que ha tomado el populismo. Inicialmente, en 1952, se vivió la movilización de masas radicalizadas que impusieron tareas antifeudales y antiimperialistas. Cuando las masas retrocedieron debido al enfrentamiento o la manipulación, el proceso se hizo incoherente y contradictorio. Las clases populares, en lo fundamental, sustituyeron la supuesta coincidencia de intereses con una categórica afirmación de su conciencia de clase. Este es otro camino imprevisto por la estrategia populista y significa que la participación de las masas, quieran o no los que la manipulan, deja sedimentos de una lucha de clases que modifica la situación preexistente y altera el *statu quo*. En tal sentido, el proceso populista, a pesar de sus desviaciones y claudicaciones, le dio una

nueva perspectiva al *continuum* de la historia boliviana. A partir de 1952, en Bolivia se vive una conciente lucha de clases, en cuyo desarrollo aparecen los golpes militares como coincidencia de intereses de los sectores dominantes de la burguesía dependiente, con los del militarismo reaccionario y del imperialismo.

Los movimientos populistas generan un modo típico de producción ideológica, entendiendo por ideología aquel conjunto de representaciones que no sólo justifican y explican una realidad, sino que definen el cambio que se proponen las clases y fuerzas sociales comprometidas. En doce años se ha estimulado una producción ideológica basada en el ejercicio del poder que tiende, en lo general, a conciliar los intereses de clases supuestamente iguales. Esta ideología del poder, obviamente, no ha sido elaborada para guiar transformaciones profundas, sino como una estratagema para prolongar la estructura de dominación que ha surgido en el proceso populista. Desde este punto de vista, la experiencia boliviana ha generado una fuente de ideas que sólo sirven para justificar el atraso y el subdesarrollo. Desde otro punto de vista, las clases que han pagado altos costos sociales y sufren nuevas formas opresivas vinculadas a la reformulación populista de las relaciones externas de la dependencia, crean otra fuente de ideología. Esta ideología contribuye a que tomen conciencia de su papel en la perspectiva de ganar el poder, defender los recursos naturales y hacer efectiva la soberanía nacional. En tal sentido, también se ha abierto otro camino no previsto por el populismo. Su producción ideológica corre por dos vertientes: una ideología de élite, conciliadora y claudicante y, otra, que refleja los intereses populares y democráticos, orientada a la autodeterminación nacional.

Cohesión nacional, movilización social y producción ideológica, desembocan en la formación de nuevos denominadores comunes. El más importante de ellos es la identificación de un proyecto histórico que no se detenga en el cumplimiento de una revolución política. Su ejecución dependerá de la autodeterminación nacional que no es fin sino medio para realizar tareas verazmente revolucionarias, precauteladas por una clase fundamental, no subalterna. La pequeña burguesía es subalterna e irresponsable en los enfrentamientos de clase en los Estados capitalistas contemporáneos, al menos no lleva la responsabilidad de la clase obrera o de la burguesía genérica. El proceso de 1952 tuvo a esta clase como directora y el proyecto histórico de los bolivianos fue meta frustrada por el Estado populista, en un tiempo en que la dominación imperialista tomaba un nuevo giro al consolidar su poderío mediante el capitalismo monopolista de Estado y dentro de un sistema panamericano que subordina economías, ejércitos y gobiernos. Distinta será la alianza de clases populares, otra su dirección política y también la coyuntura será diferente para que el pueblo boliviano realice su proyecto histórico sin repetir la experiencia populista. Este es otro camino no diseñado por el populismo civil o militar, en el poder o fuera de él, pero sí es el camino previsto en la lucha liberadora del pueblo.

BIBLIOGRAFÍA

- ALBARRACIN, Juan *El poder minero*; Editora Urquizo Ltda., La Paz, 1972.
- AYALA Mercado, Ernesto “La Revolución Boliviana”, en Rolón Anaya, Mario, *Política y partidos en Bolivia*; Ed. Juventud, La Paz, 1956, 1966.
- BELZU, Manuel Isidoro: “Las masas populares hacen oír su voz”, en Lora, G., *Documentos políticos de Bolivia*; Ed. Los Amigos del Libro, La Paz, 1855, 1970.
- BURKE, M. y Malloy, J.: “Del populismo al corporativismo nacional. El caso de Bolivia”, en *Aportes*, Revista Trimestral de Ciencias Sociales, Núm. 26; Instituto Lationamericano de Relaciones Internacionales, París, 1972.
- CAVAROZZI, M.: “Conflicto político y dependencia económica en Chile”, en Petras, J. (comp.). *América Latina: Economía y Política*; Ed. Periferia, Buenos Aires, 1972.
- CEPEDES, Augusto: *El dictador suicida*; Ed. Juventud, La Paz, 1968.
- FELLMAN Velarde, José: *Historia de Bolivia*; Ed. Los Amigos del Libro, La Paz, 1970.
- FRONTAURA Argandoña, Manuel: *La Revolución Boliviana*; Ed. Los Amigos del Libro, La Paz, 1974.
- GERMANI, Gino: “Democracia representativa y clases populares”, en *Populismo y contradicciones en Latinoamérica*; Ed. Era, México, 1973.
- GUEVARA Arze, Walter: “La realidad que ha creado la Revolución Nacional”, en Lora, G. *Documentos políticos de Bolivia*; Ed. Los Amigos del Libro, La Paz, 1960, 1970.
- GUZMAN, Augusto: *Breve historia de Bolivia*; Ed. Los Amigos del Libro, La Paz, 1969.
- HENNESSY, Alistair: En Ionescu, G., *Populismo*; Ed. Amorrortu, Buenos Aires, 1970.
- IANNI, Octavio: *La formación del Estado populista en América Latina*; Ed. Era, México, 1975.
- LORA, Guillermo: *La Revolución Boliviana*; Ed. Difusión, La Paz, 1964.
- MENDEZ, Cándido: *Después del populismo*; Fondo de Cultura Económica; Buenos Aires, 1974.
- MONTENEGRO, Carlos: “Nacionalismo revolucionario” en Lora, G., *Documentos políticos de Bolivia*; Ed. Los Amigos del Libro, La Paz, 1952, 1970.
- MNR: “Bases y principios del MNR”, en Rolón Anaya, Mario, *Política y partidos en Bolivia*; Ed. Juventud, La Paz, 1966.
- PAZ Estenssoro, Víctor: “Programa del Movimiento Nacionalista Revolu-

- cionario”, en Lora, G., *Documentos políticos de Bolivia*; Ed. Los Amigos del Libro, La Paz, 1970, 1953.
- Contra la restauración por la Revolución Nacional*, s.l.d.e., 1965.
- PEÑALOZA, Luis: *Historia del Movimiento Nacionalista Revolucionario 1941-1952*; Ed. Juventud, La Paz, 1963.
- PRIN: Partido de la Izquierda Revolucionaria “Programa de principios”, en Lora, G., *Documentos políticos de Bolivia*; Ed. Los Amigos del Libro, La Paz, 1964, 1970.
- ROLON A., Mario: *Política y partidos en Bolivia*; Ed. Juventud, La Paz, 1966.
- STEWART, Angus: en Ionescu, G., *Populismo*; Ed. Amorrortu, Buenos Aires, 1970.
- ZAVALETA, René: “La revolución democrática de 1952 y las tendencias sociológicas emergentes”, en *Debates sobre la teoría de la dependencia y la sociología latinoamericana*; Editorial Universitaria Centroamericana (EDUCA): Costa Rica, 1979, 1974.
- “De la asamblea popular al combate de agosto”, en Petras, J., (comp.). *América Latina: Economía y política*; Ed. Periferia, Buenos Aires, 1972.

ÍNDICE

Introducción		5
Algunas reflexiones sobre el populismo en América Latina		
	LUCÍA SALA DE TOURON	7
El populismo en América Latina		
	MARCOS WINOCUR	31
Cárdenas, Vargas y Perón, una confluencia populista		
	WERNER ALTMAN	43
El populismo en Bolivia		
	MARIO MIRANDA PACHECO	97
Bibliografía		133

El populismo en América Latina, editado por la Dirección General de Publicaciones, se terminó de imprimir en Profesional Tipográfica, S. de R.L., el día 30 de julio de 1983. Su composición se hizo en tipo Press Roman de 10:11, 10:10 y 8:9 puntos. La edición consta de 1300 ejemplares.

De los fenómenos socio-políticos más estudiados y discutidos entre los científicos sociales se encuentra, sin lugar a duda, el populismo, al que se ha etiquetado de muchas y muy variadas maneras, que van desde el análisis meramente descriptivo hasta la más elaborada concepción teórica, que crea categorías e intenta universalizarlas.

Será tal vez por las diferencias, abismales muchas veces, que se presentan entre cada uno de los casos, que la teoría social no ha podido, hasta hoy, ponerse de acuerdo sobre los elementos, referencias y características sustanciales que conforman el fenómeno populista.

Lo que sí es seguro es que antes de poder decir con fundamento *cómo* es el populismo debemos saber *qué es* y cómo es posible. ¿Es un trágico y absurdo fenómeno social?; ¿se realiza mediante plan providencial o está sujeto a leyes inminentes?; ¿es escenario de la arbitrariedad, o campo del determinismo? A cada una de estas preguntas, y a todas ellas en conjunto, sólo podemos responder satisfactoriamente si sabemos *qué es* el populismo. A ello han de cooperar, conjuntamente, en un esfuerzo común, historiadores y sociólogos.

El volumen que ahora presentamos contiene ensayos de cuatro eminentes intelectuales latinoamericanos que por su experiencia académica y por su conocimiento de la realidad de este continente proporcionan una visión amplia del fenómeno, tanto como elementos de juicio y conceptualización que, seguramente, convertirán este libro en un elemento de consulta indispensable.

fotografía de la portada

Enrique Bostelmann

Cortesía de Siglo XXI